

El fin justifica los medios



TENIENTE  
NAVARRO

THRILLER POSTBÉLICO

FELIPE OJEDA

TENIENTE  
NAVARRO

FELIPE OJEDA

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Título original: Teniente Navarro

Felipe Ojeda©, febrero 2020

Portada y maquetación: Nina Minina.

# 1

## Madrid 1950

Certeros disparos impactaron sobre el cuerpo del magistrado, que ya estaba muerto cuando cayó al suelo. Su cuerpo inerte quedó tirado sobre un gran charco de sangre.

La alarma se extendió por el señorial, céntrico y congestionado barrio de Salamanca. Un distrito habitado por gente de alto nivel económico. La comisaría de Policía del distrito de Buenavista entró en ebullición y la noticia corrió por todo el país como la pólvora.

La investigación pasó a las manos directoras de una brigada central especial, la Regional de Información, donde el teniente Ángel Navarro estaba a cargo de la investigación. Se presentaba un reto para la comisaría dado los escasos medios que disponían. Hacer frente a un delito de ese calibre requería de una gran experiencia y unos nervios de acero. Además, sumado al volumen de los casos que entraban diariamente en la comisaría, la resolución de ese caso, lo hacía más complejo todavía, si eso era posible.

Quince minutos más tarde del asesinato del magistrado, el teniente Navarro se presentó en la escena del crimen acompañado por el sargento Felipe García.

La zona se encontraba acordonada por la policía, y la multitud se acercaba curiosa por saber qué había sucedido.

—Felipe, pide a los agentes que pregunten a la gente si alguien ha visto algo de lo sucedido.

Observó el cuerpo inerte del magistrado. No tardó en reconocerlo, se trataba del juez Santiago López. Le dolió verle en medio de ese charco de sangre, ya que lo conocía por haber colaborado en algunos casos complejos y delicados. Se fijó en los impactos de bala, y no le pasó desapercibido lo centrados que estaban y lo calculado de su trayectoria. Tuvo la seguridad de que no se trataba de un siempre asesinato, más bien era una ejecución pública. Era notorio que el magistrado se había ganado algunos enemigos poderosos.

En España se estaban viviendo momentos complicados; en plena postguerra, con un Gobierno corrupto por los cuatros costados, incluidas las rencillas entre los mandos del Ejército por repartirse el pastel. La represión era insostenible y el estraperlo campaba a sus anchas. Jueces, policías y altos cargos, pese a lucha de cara al país, eran quienes controlaban el contrabando. Lo que Navarro pensaba se lo tenía que guardar y tener mucho cuidado, no estaba conforme con la dictadura ni, mucho menos, con los mandos policiales, pero, a su pesar, no podía hacer otra cosa que obedecer. En Madrid, como capital de España, se centraba el eje del tráfico ilegal de mercancías. A nadie le extrañaba encontrar cadáveres tirados en las cunetas como ajustes de cuentas. Era sabedor de que algunos mandos policiales estaban detrás de los últimos asesinatos; si bien, no se podían imaginar que se atreviesen a asesinar a un juez.

—Teniente, hay una persona que dice haber visto lo sucedido.

—Llévalo a la comisaría para que preste declaración y, sobre todo, que no hable con nadie. — Navarro tenía el sombrero en las manos mientras maldecía a los asesinos de su amigo.

El teniente se incorporó y esperó a la llegada del médico forense, que no tardó en acudir al

lugar y examinar el cuerpo. Dando por concluida su labor, dio permiso para levantar el cadáver del magistrado y llevarlo a la morgue.

—Doctor, soy el teniente Navarro, estoy a cargo de la investigación. No hace falta ser un genio para ver lo que le produjo la muerte. Si encuentra algo relevante para la investigación hágamelo saber, por favor.

Navarro se puso el sombrero; aunque, antes de abandonar la plaza de Callao con dirección a la comisaría, se dio cuenta de que habían elegido una buena zona para cometer el asesinato del magistrado. Contaba con varias salidas para escapar. Sin duda, los asesinos no eran unos delincuentes cualesquiera y sabían muy bien lo que se hacían.

Su aplomo y seguridad en sí mismo conseguían que cualquier persona retrocediera a su paso. Con un metro ochenta de altura y su cuerpo atlético intimidaba hasta el más pintado.

En la comisaría, estaba todo patas arribas debido al asesinato del magistrado. Eran conscientes de la repercusión de lo sucedido y más por ser una persona cercana a los poderes políticos.

El teniente, durante la guerra luchó al lado de los franquistas, sin que ello significara que estuviera de acuerdo con toda la represión que se estaba ejerciendo con las personas del bando contrario.

—Sargento, ¿dónde se encuentra el testigo?

—Lo he tenido que meter en una celda. Había demasiados curiosos que no hacían otra cosa más que preguntarle y no quería que la información saliera de aquí.

—Hiciste bien. Ahora, sácalo de la celda y llévalo a mi despacho.

Navarro se encontraba en el despacho cuando recibió la llamada de su superior.

—Navarro, soy Cifuentes.

—Dígame, señor. —Un semblante serio se le dibujó en el rostro.

—Teniente. No quiero pérdidas de tiempo y quiero a los responsables delante de mí lo más rápido posible.

—Haré todo lo que esté en mi mano; sin embargo, tengo la sensación de que este caso no es lo que aparenta.

Navarro, reclinado sobre el sillón y con los ojos cerrados, pensaba en todo lo que se le vendría encima. La presión, la angustia y, sobre todo, los nervios, no iban a ser nada fáciles de digerir. El sargento Felipe, acompañado por el testigo del asesinato del magistrado, entró en el despacho.

—¿Cómo se llama? —preguntó Navarro.

—Agustín —contestó el hombre con voz temblorosa.

—Muy bien, Agustín. Según me dice el sargento, usted presencié el asesinato del juez.

—Sí, señor. Estaba sentado en la terraza de la cafetería cuando vi un coche que se detuvo enfrente mío. Aprovecharon el momento en el que el hombre se disponía a cruzar la plaza para dispararle.

—¿Cómo era el coche? —preguntó el sargento Felipe.

—Era un coche negro, con los cristales oscuros, aunque tenía el cristal de la ventanilla trasera bajado.

—¿Qué hizo usted cuando sonaron los disparos? —interrogó el sargento.

—Me tiré al suelo y cuando levanté la vista, el coche ya no estaba. Entonces vi al hombre en suelo sobre un gran charco de sangre.

—¿Qué hacía usted en la cafetería? —Inquirió Navarro.

—Como todos los días, antes de entrar a trabajar, me tomaba un café ahí.

—Sargento, tome nota de la dirección de su vivienda y del trabajo, por si necesitamos

ponernos en contacto con él.

Era obvio que el asesinato del magistrado no fue por azar, sino que fue premeditado. No era normal que se ejecutara a un juez en plena plaza de Callao, uno de los lugares más concurridos de la capital y a la vista de todo los que allí estuvieran. El teniente se planteaba dos cuestiones: «¿Fue una ejecución para darle un aviso a terceras personas, o las prisas les hicieron actuar de esa manera?».

Navarro quería saber en qué casos se encontraba trabajando el magistrado, tenía la esperanza de encontrar alguna pista sobre cómo encauzar la investigación.

Todo fue en vano, después de varios días esperando la autorización por el Ministerio de Justicia, la respuesta fue negativa. Se la denegaron eludiendo que no era relevante para la investigación. En ese momento Navarro entendió que no iba a ser un camino de rosas y que se encontraría muchas trabas por el camino.

El teniente no era consciente de los nubarrones negros que se le venían encima. No podía entender la falta de colaboración por parte del Ministerio de Justicia. Era necesario saber en qué asunto se encontraba trabajando el juez para descartar que no fuese un asunto relacionado con algún caso que tuviera asignado en esos momentos.

Todo lo que se encontró fueron impedimentos: no podía revisar los procesos en los que se encontraba trabajando el magistrado en la actualidad. El enfado del teniente fue mayúsculo. No podía comprender su forma de proceder. ¿Cómo querían que resolviese el asesinato del juez si la propia dirección para la que trabajaba le cerraba las puertas?

## Plaza de Tirso de Molina nº 5

En la vivienda situada en el número cinco de la plaza de Tirso de Molina se encontraban los asesinos del magistrado. Todo parecía desarrollarse según estaba previsto. Sin embargo, debía esperar nuevas órdenes para poder abandonar Madrid.

—¿Cuánto tiempo tenemos que permanecer encerrados? —cuestionó José.

—Hasta que recibamos nuevas órdenes —contestó Emilio.

—En estos momentos, Madrid es un hervidero de policías y no podemos cometer ningún error, si no lo pagaremos muy caro.

—Las órdenes que tenemos es de permanecer aquí hasta el domingo. Hoy es martes, así que hay que armarse de paciencia —comentó Emilio, el cabecilla del grupo.

Emilio era quien recibía las órdenes para transmitir las a sus subordinados. Era un mercenario con un alto currículum en delincuencia y asesinatos. Tanto José, Jesús como Emilio pertenecieron a la Brigada de la Investigación Social de la Falange, donde los presos republicanos los conocían muy bien por sus técnicas de torturas.

Era evidente que las rencillas que existían entre la Falange y algunos miembros del propio régimen, ansiosos de poder, propiciaba que la convivencia entre los mandos policiales y militares no fuera buena; no se fiaban los unos de los otros.

Las órdenes que recibió Emilio fueron claras y explícitas: «Ejecutar al magistrado Santiago López, de la audiencia nacional».

El juez sabía que la documentación que había recibido era muy peligrosa y no se podía fiar de nadie excepto del teniente Navarro. Era consciente de donde estaba metido y que su vida corría peligro.

### 3

Navarro, desde la separación de su mujer se hospedaba en el hotel Florida, en la plaza de Callao, a pocos metros de donde se había cometido el asesinato del magistrado Santiago López.

Desde que se produjo el homicidio apenas tuvo un instante para pasarse por el hotel y darse una ducha, ya que la mayoría del tiempo lo pasaba en la comisaría. Durante varios días su despacho se había convertido en su residencia y sentía la necesidad de ducharse y cambiarse de ropa. Tras permanecer tres días en la comisaría, ciertos aromas empezaban a fluir, cosa que le provocaba incomodidad.

Salió de las dependencias policiales camino al hotel. No podía evitar olerse a sí mismo, y era un maniático de los olores, el sudor sobre la ropa le pedía un baño lo antes posible. Con el abrigo puesto, y gracias al frío que hacía en las calles gélidas de Madrid, consiguió que el aroma se quedara en su intimidad.

Cuando el recepcionista del hotel vio entrar a Navarro, dudó en llamarlo. El aspecto serio de su cara lo hizo dudar; no obstante, en el momento en el que el teniente se disponía a entrar en el ascensor, se armó de valor y lo llamó.

—Teniente.

—¿SÍ? —contestó quitándose el sombrero y girándose, mostrando un rostro serio con una mirada desafiante.

—El otro día vino un caballero preguntado por usted. Cuando le dije que ya había salido, me dejó un sobre para usted.

—¿Dónde lo tienes?

—Lo guardé en el cajón cerrado con llave. Me dijo que era muy importante que se lo entregara.

El recepcionista, sin perder más tiempo, le entregó un sobre de color marrón. Navarro lo cogió y se volvió hacia el ascensor, con el sombrero en una mano y en la otra el sobre. En un principio no dio mayor importancia a la carta y al llegar a la habitación la dejó encima de la mesa. Lo primero que necesitaba era darse esa deseada ducha. Se enjabonó varias veces todo el cuerpo y permaneció largo tiempo bajo la ducha. A pesar de estar relajándose, recordó el sobre; algo en su interior le hizo pensar en él.

Salió de la ducha sin apenas quitarse la espuma del jabón, se secó simplemente las manos y cogió el sobre. Al abrirlo y ver su contenido se sentó en la cama aún mojado.

La misiva pertenecía al magistrado Santiago López. La había llevado antes de ser asesinado.

El teniente se vistió con lo primero que pilló y bajó a la recepción del hotel. Buscó con desesperación al muchacho que le había entregado el misterioso sobre. Al no encontrarlo buscó por todos los departamentos hasta que, por fin, lo encontró.

—Joven.

—Dígame, teniente.

—¿Cómo te llamas?

—Javi, Javier —respondió sorprendido el muchacho.

—Muy bien, Javi. Cuéntame, paso a paso, todo lo que te dijo el hombre que te entregó el sobre

sin omitir ningún detalle.

—Como ya le he dicho, el caballero llegó al hotel sobre las ocho y media de la mañana. Usted ya se había marchado. Me insistió varias veces en lo importante que era que le entregara el sobre.

—¿No observaste nada raro? ¿Algo que te llamara la atención?

—Ahora que lo dice, teniente, se asomó varias veces por la puerta, como si esperase a alguien.

—Gracias, Javi. Me has sido de mucha ayuda.

Navarro volvió a su habitación. Mientras andaba, con la mano derecha se rascaba la cabeza. Una vez en la habitación cogió una libreta y un bolígrafo y empezó a tomar algunas notas hablando en silencio. Se preguntaba si el juez fue consciente de que lo estaban siguiendo. Lo que no entendía era por qué no pidió protección si sabía que su vida corría peligro. Había algo que se le escapaba de las manos y no lo acababa de ver.

Cogió de nuevo el sobre y sacó unas hojas donde aparecían fechas, letras y números entrelazados. El contenido estaba cifrado y para complicar más el asunto, estaba escrito en inglés. Por mucho que los miraba, no entendía nada. Pero tenía claro que esa misiva era lo suficiente importante como para necesitar ponerla a buen recaudo.

## 4

### Comisaría Buenavista

El sargento Felipe tenía identificado el coche que había utilizado el asesino del magistrado, era un Seat 1400. Un vehículo nuevo que hacía pocas semanas que había salido de la fábrica de Barcelona, y que pocas personas poseían por su elevado coste.

El teniente entró en la comisaría pegando una patada a una caja que había delante de la puerta.

—¿Cuántas veces tengo que decir que no quiero cajas por el medio? ¡hostias!

Esa pregunta fue todo lo que dijo por buenos días. El sargento, al ver la entrada de Navarro sabía que tenía que ir con mucho tacto, no sería la primera vez que se encarara con un compañero.

—Teniente, tenemos identificado el coche que utilizaron los asesinos del magistrado: es un Seat 1 400 de color negro.

—Déjame la foto. —El teniente arqueó las cejas al ver la fotografía, ya que en cierta manera no le sorprendió.

—¿Qué ocurre, teniente?

—Por la pinta que tiene, seguro que es un coche del Ministerio.

El sargento García, sorprendido por la firmeza de su respuesta, se pasó las manos por la cabeza rascándose la incipiente calva.

—¿Los asesinos del magistrado fueron agentes del Gobierno? —preguntó incrédulo Felipe.

—No lo sé, sargento. No puedo afirmar si fueron policías o mercenarios contratados por algún miembro del Gobierno. Lo único que sé es que estamos cogidos por huevos.

—¿Qué vamos hacer?

—Haz copias de la foto del coche y repártelas entre nuestros informadores. Que lo busquen por todo Madrid. Hablaré con el coronel, necesitamos más agentes; no somos suficientes ahora mismo en la comisaría.

Horas más tarde, Navarro se encontraba en su despacho. Encima de su mesa estaban las carpetas que contenían los casos que había investigado bajo las órdenes del magistrado; algunos resueltos y otros aún abiertos. Repasó los que consideró más interesantes; aunque, después de comprobarlos no vio relación ni motivo para que alguien deseara su muerte y llevara a cabo tal deseo. Tenía la seguridad de que iba a ser un caso muy complicado, pues su instinto le decía que personas muy influyentes estarían implicadas. La comisaría se dividió en tres secciones, cada una se encargaría de un cometido. No quería tener a los policías mezclados en todos los casos de investigación que se llevaban a cabo. El sargento Felipe García irrumpió en el despacho.

—Teniente, ha llamado un informador diciendo que ha visto el coche en el mercado central del pescado.

—Prepara unos hombres y nos vemos allí. Asegúrate de que ninguno lleve las sirenas puestas; yo me adelantaré para controlar la zona.

Navarro cogió su sombrero y su abrigo y salió con rapidez, quería ser el primero en llegar al mercado. No desconfiaba de sus hombres; no obstante, conocía a alguno que tenía la lengua

demasiado larga.

Cuando el teniente llegó al mercado, el informador, al verlo, levantó el brazo para llamar su atención. Después de estar hablando con él durante unos minutos, le confirmó que había visto el vehículo que estaban buscando. Le indicó la zona en la que lo hizo y le aseguró que iban dos hombres en su interior. El mercado, en ese momento, se encontraba en pleno apogeo con la entrada y salida de camiones.

Era una zona difícil de controlar por su amplitud, pero Navarro era zorro viejo y después conocer la información se podía imaginar por qué sector podían estar ocultos.

A los pocos minutos llegó el sargento acompañado de un grupo de policías vestidos de paisano. Navarro habló con ellos, les indicó las zonas en las que debían buscar. Irían en pareja procurando no llamar la atención. Necesitaba que fueran precavidos y estuvieran atentos a cualquier movimiento sospechoso que se pudiese producir.

Navarro y el sargento se quedaron en las puertas de un pequeño almacén esperando noticias.

—Teniente, ¿qué pasa si los detenemos y resultan ser policías? —Navarro se quitó el sombrero y con la mano se echó el pelo hacia atrás.

—No lo sé, sargento, pero de lo que estoy seguro es de que llegaré hasta el final, sea cual sea su resultado, si antes no nos matan por el camino.

El sargento observó a un hombre que se dirigía a uno de los almacenes que tenían vigilados. Por su aspecto y por la forma de andar, sospecharon que pudiera ser uno de los delincuentes que estaban buscando.

Navarro y el sargento lo siguieron a una distancia prudente para no ser descubiertos. El sospechoso, al llegar cerca de un almacén donde destacaba un cartel que anunciaba pescados del norte con letras mayúsculas, se percató de su presencia y se quedó parado por unos segundos. Después, empezó a retroceder, aunque, cuando quiso darse la vuelta, los dos policías estaban a menos de cinco metros de él. Al verlos empezó a correr saltando entre las cajas de pescado. Los hombres, sin dudar, salieron tras él. Persecución a la que se sumaron dos policías más que se encontraban en la zona.

El sospechoso corría como el diablo, tanto, que la distancia entre Navarro y él se iba ampliando. El teniente temía que se pudiese mezclar entre la multitud que trabajaba en el lugar, lo cual conseguiría que poder encontrarlo fuera una tarea difícil.

El sospechoso no paraba su carrera. En un momento, giró la cabeza para comprobar la distancia que lo separaba de sus perseguidores, perdiendo de vista de lo que tenía enfrente, por lo que le fue imposible esquivar a un trabajador con una carretilla llena de cajas de pescados. Sin poder evitarlo, se golpeó contra la mercancía, lo que provocó que perdiera el equilibrio y cayera al suelo junto con la mercancía.

Navarro y el sargento, al llegar a su altura, se encontraban exhaustos por el esfuerzo; si bien, al ver al sospechoso en el suelo cubierto de pescados, una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro de Felipe.

Navarro, agachado y con las manos apoyadas sobre sus rodillas para recuperarse del esfuerzo, posó la vista sobre el hombre que se encontraba en el suelo. En ese instante le fue imposible que su mente retrocediera en el tiempo.

*En el año 1940, después de terminar la Guerra Civil, Navarro acababa de cumplir treinta años. Pertenecía al cuerpo de la Guardia Civil y estaba destinado en la casa cuartel de Intxaurrondo, población que había pertenecido al municipio de Alza hasta un año atrás, y que más tarde fue anexionada a San Sebastián. Su padre, que también perteneció al mismo cuerpo,*

*murió pocos meses antes del comienzo de la guerra; fue asesinado a las afueras del pueblo. Era hijo único, y se quedó huérfano con veinticuatro años, por lo que, para proteger a su madre, se alistó en el mismo cuerpo de la Guardia Civil al que había pertenecido su progenitor. Al ser hijo de un agente, no tuvo problemas en conseguir su objetivo, y en poco tiempo ya estaba realizando controles de vigilancia por la carretera. Durante la guerra participó en varias incursiones en la parte republicana, finalizando con éxito todas sus misiones y, por ello, se ganó el grado de sargento.*

*Un viernes recibieron una llamada en la casa cuartel denunciando un robo en un almacén de alimentos. El sargento Navarro y el agente Ramírez se presentaron en ese lugar. A las pocas horas habían detenido a los ladrones, dos jóvenes de apenas catorce años. Fueron trasladados a la casa cuartel. Navarro empezó a rellenar el atestado del robo con una máquina de escribir de los años cuarenta, una continental que estaba ya en sus últimos días y que hacía interminable la hora de realizar los informes. Entre los lloros de los detenidos y la máquina de escribir que se enganchaba cada vez que apretaba la letra «a» se sumió en un estado de ansiedad. Los dos jóvenes ladronzuelos, sentados en unas sillas, prestaban declaración. Asustados, no paraban de gimotear lamentándose por lo que se les venía encima. En ese momento, el capitán del cuartel, medio borracho, se acercó a ellos, y sin mediar palabra desenfundó su pistola para disparar a los muchachos en la cabeza, matándolos al instante. Navarro, salpicado por la sangre de los detenidos no podía levantar la vista de los cuerpos inertes que descansaban sobre un gran charco de sangre.*

—Teniente, ¿te encuentras bien? —La voz de Felipe le devolvió al presente.

—Sí, sargento. Solo ha sido un mareo por el esfuerzo.

—¿Qué hacemos con el sospechoso? —preguntó el sargento, más recuperado de la carrera.

—Que lo lleven a la comisaría y que lo encierren en el calabozo hasta que lleguemos y, sobre todo, que nadie comente nada. No quiero dar pistas hasta que comprobemos su implicación en el asesinato.

—Te has vuelto muy desconfiado

—No me fio ni de mi propia sombra, sargento. Vamos a echar un vistazo al almacén, a ver si encontramos el coche.

Navarro había reconocido al detenido, se trataba de Jesús, el hijo del capitán de la Guardia Civil y el asesino de los dos detenidos en Intxaurreondo diez años atrás.

Jesús, al que llamaban «Cara Cortada» por la cicatriz que le cruzaba el rostro, ocasionada por un trozo de metralla durante la guerra, era muy conocido por su crueldad entre los republicanos que fueron encarcelados. Fue la herencia que le había dejado el asesino de su padre.

Navarro se preguntaba cómo un hombre así aun podía seguir vivo. En la guerra todo estaba permitido en cierta manera; pero una vez terminada esta, a los que lucharon en el bando contrario había que tratarlos como personas y no como desechos humanos.

Cuando llegaron al almacén, observaron que todas las ventanas se encontraban tapadas con papel que impedía ver su interior. La puerta se estaba cerrada con un candado que no impidió la entrada a los agentes, que descubrieron que estaba vacía; no había ni rastro del vehículo que estaban buscando.

—Sargento, hemos acertado con el sitio; hay marcas de neumáticos y restos de comida.

—Teniente, aquí hay varias botellas de vino y tres vasos. Me los llevaré para sacar las huellas y a ver si alguna coincide con las del detenido.

—No hace mucho tiempo que el coche se encontraba aquí. Sé que estos automóviles han salido

con un problema de fabricación y pierden aceite. Fíjate, hay manchas de aceite en el suelo y aún está algo caliente. Si hubiésemos llegado media hora antes, seguro que los hubiésemos encontrado aquí.

—Teniente, ¿ponemos controles? Es posible que aún los podamos detener.

—No, no perdamos más tiempo, es demasiado tarde. En estos momentos estarán demasiado lejos de aquí. Además, si saben que hemos detenido a su compañero no se irán de Madrid sin hacer nada por liberarlo. Mejor será que nos vayamos a la comisaría. No quisiera tener alguna sorpresa tan pronto.

Navarro era veterano en estos temas y muy desconfiado cuando se tiene la certeza de que hay gente del Gobierno de por medio en un caso de asesinato de esa magnitud.

Al llegar a la comisaría, algunos compañeros le dieron la enhorabuena por la detención del presunto implicado en el asesinato del magistrado; sin embargo, en esos momentos, tuvo la sensación de que algo no iba bien.

—Sargento, comprueba cómo el estado del detenido y coteja las huellas mientras, voy a llamar al coronel.

Navarro entró en el despacho, dejó su gabardina de color marrón en la percha y pasó el dedo por el contorno del sombrero. No tardó ni un minuto en quitarse los zapatos y se dio un pequeño masaje en los pies. La carrera en el mercado le había dejado pequeñas rozaduras en los tobillos. Más relajado llamó por teléfono; sin embargo, esa llamada no iba dirigida al coronel Cifuentes. Primero, quería saber si contaba con el apoyo del General Guzmán, el padre de la que fue mi esposa.

—Navarro, ¡enhorabuena por la detención!

—¿Cómo se ha podido enterar tan pronto si hace apenas unas horas de eso? —Ángel no se equivocaba, había gente que tenía la lengua muy larga y de ahí su desconfianza.

—Las buenas y las malas noticias corren como la pólvora ¿Ha declarado el detenido?

—Todavía no, estamos comprobando unas huellas que hemos encontrado. —Navarro no entendía tanta prisa.

—¿Qué es lo que necesitas?

—Señor, necesito personal en la comisaría. Si puede ser que no sean Madrid. Deben de ser desconocidos; también necesito un lugar desde donde pueda llevar la investigación.

—¿Tienes problemas en la comisaría?

—De momento no, general, pero no me fío de nadie.

—Cuando me llamas general es porque algo te preocupa, ¿qué es lo que no me has contado? Navarro, te recuerdo que somos familia.

—Ya veo que me conoce bien, señor. Tengo la sospecha de que los asesinos del juez pueden ser policías.

—¡Por Dios, Navarro!, ¿qué locura estás diciendo? Sabes que puedes contar conmigo para lo que creas conveniente, pero lo que estás insinuando es muy grave.

—Lo sé, y por eso te estoy pidiendo agentes que no sean de Madrid y un lugar desde donde pueda llevar a cabo la investigación sin que nadie se entrometa en ella.

—Está bien, déjame que hable con Cifuentes y que lo prepare. Ten mucho cuidado, hay muchos ojos observándote, por cierto, no me has preguntado por Eva.

—Esto es muy duro para mí, no hay momento del día que no me acuerde de ella, pero fue decisión suya.

—Lo sé, Ángel, efectivamente, fue decisión de ella y te doy las gracias por respetarla, dale tiempo que pueda rectificar.

—Gracias, señor. Perdóneme, pero no me encuentro a gusto hablando de Eva.

—Lo entiendo, Navarro.

El teniente bajó a los calabozos, que se encontraban en el sótano de la comisaría. Al lado de las celdas había una habitación que fue habilitada para las torturas y que fue utilizada durante los primeros años tras terminar la Guerra Civil. Entre sus paredes muchos inocentes murieron a manos de miembros de la falange y sus muros recordaban los gritos desgarradores de los presos.

Navarro era un hombre duro y sabía hasta dónde podía apretar las tuercas a los detenidos para que hablasen. Su principal arma era la intimidación sin sobrepasar ciertos límites.

El sótano estaba custodiado por un policía acostumbrado a su trabajo. La mayor parte de su vida había transcurrido entre esas cuatro paredes y su lema era: «ver, oír y callar».

—Ernesto, abra la celda. Si el preso se levanta o se mueve del sitio no dude en vaciar el cargador en su cabeza.

—No lo dude, teniente.

Ernesto no dudó en desenfundar la pistola. Se apoyó en las rejas para tenerle a tiro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Navarro al mismo tiempo que se encendía un cigarro.

—Jesús.

—Muy bien, Jesús, ¿dónde podemos encontrar a tus compañeros?

—No sé a qué compañeros se refiere. —El teniente lo miraba fijamente y le exhalaba el humo a la cara.

—Esa cicatriz que tienes en la cara, ¿cómo te la hiciste? —Navarro arqueó las cejas.

—¿Por qué lo quiere saber?

—Contesta a lo que te pregunte el teniente si no quieres que te haga otra cicatriz más grande, pero en el culo —le amenazó el guardia sin dejar de apuntarle con la pistola.

—Por lo que veo, eres un tipo duro y estás acostumbrado a estos ámbitos. O te decides a colaborar o te pasamos a la sala de los valientes.

—Más bien, a la sala de los cagones y de los meones, no conozco a ninguno que haya pasado por ella y no se lo haya hecho encima—se burló el guardia con una pequeña sonrisa.

El sargento García se presentó en los calabozos con la identificación de las huellas dactilares. Vio a Navarro dentro de la celda y a Ernesto con la pistola desenfundada vigilando desde el exterior de esta.

—Teniente, tenemos los resultados de las huellas. Podemos confirmar que el detenido estuvo en el almacén.

—Muy bien, Jesús. O empiezas a colaborar o te hacemos hablar como a las cotorras. —El detenido comenzó a mover la pierna derecha, los nervios lo delataban.

—Reconozco que estuve en el almacén con unos compañeros tomado unas copas de vino, no hice nada más —explicó el detenido con voz temblorosa.

—Sargento, prepara un cubo de agua y una toalla, que este es un tipo duro, como me gustan a mí... —ordenó Navarro al mismo tiempo que desenfundaba su pistola.

—No podéis torturarme. Soy agente del Gobierno —argumentó el detenido medio llorando.

—Hombre, haber empezado por ahí y nos hubiéramos evitado todo esto. ¡Me suda los cojones quién seas, asesino de mierda! Vas a pagar por ello.

El teniente Navarro se colocó detrás del detenido y le puso la pistola en la nuca. Comenzó a susurrarle en el oído. El hombre, al notar el cañón de la pistola empezó a temblar al pensar que eran sus últimos minutos de vida.

—Eres un asesino, como lo fue el hijo de puta de tu padre. Mató a dos jóvenes delante de mí con dos tiros en la cabeza mientras les estaba tomando declaración. Ese hijo de puta se pasaba el

día borracho.

—¿Fuiste tú quién lo denunció? —Jesús escupía saliva por la boca como los perros rabiosos.

—¡Quieto, fiera! Sí, fui yo quien lo denunció y fui yo quien hizo que se pudriese en la cárcel, de la misma forma me gustaría volarte la tapa de los sesos; si bien, no soy un asesino como tu padre.

Navarro cogió al detenido del cuello con la mano izquierda mientras con la derecha mantenía la pistola sobre su sien. Le obligó a levantarse y le pasaron a la sala de los valientes.

Esa sala, habilitada en los últimos años, estaba equipada con todo tipo de artilugios destinados a torturar a los detenidos que no colaboraban con la policía.

Colocaron a Jesús tumbado sobre una mesa. Le ataron las manos y le sujetaron la cabeza con una correa de cuero, después prepararon un cubo de agua y una toalla.

—Sabes lo que te espera, ¿para qué sufrir? Sé que al final terminarás por hablar. Solo quiero saber quién os dio la orden de asesinar al juez. —La mirada del teniente intimidaba a cualquiera que se cruzara en su camino ahora mismo.

—No lo sé —repuso el detenido con las pulsaciones por las nubes.

—¿Qué es lo que no sabes? —continuó el sargento.

—No sé nada de lo que me estáis preguntando.

—Teniente, este va de listo y se está burlando de nosotros —comentó Ernesto.

—Sargento, ponle la toalla sobre la cara. Vamos a refrescar un poco la memoria al señor Jesús.

Cuando el detenido se vio con el paño sobre el rostro, y sabiendo lo que le esperaba, tensó el cuerpo. En el momento en el que le cayeron las primeras gotas de agua decidió confesar.

—Parad, cabrones. Os diré lo que queráis.

## Masía la Romana

A las afueras de Madrid se encontraba una masía medio abandonada que sirvió de refugio a ambos bandos durante la guerra, y una vez terminada sirvió de almacén para guardar el contrabando. En sus paredes se describían los días gloriosos de la Guerra Civil: los impactos de las balas decoraban las paredes, y en el suelo aún se apreciaban las manchas de sangre que hablaban por sí mismas. En ese lugar, para algunos tildado como maldito, mantenían una reunión el cabecilla del grupo, Emilio, acompañado de Francisco y José Antonio, el secretario de Gobernación.

—Señor.

—¿Qué mierda ha pasado? Emilio, te avisé de que no quería fallos y, a la primera de cambio, la jodéis.

—No se preocupe, señor. Jesús no hablará tan fácilmente.

—No me cuentes cuentos chinos. Mandaré al capitán Gutiérrez para que se ocupe del asunto. Toma estos billetes de tren; son para que cojáis el tren que sale de Atocha dentro de dos días con dirección a Zaragoza. Os estarán esperando en la estación cuando lleguéis allí. Os llevarán a un sitio seguro.

—¿Qué hacemos con el coche? —preguntó Francisco.

—Del coche ya me encargo yo. Ahora os llevarán a Madrid, una vez allí quedaos en el piso, y no quiero que salgáis hasta la hora de coger el tren, ¿lo tenéis claro?

—Sí, señor —contestó Emilio con cara de resignación.

Emilio y Francisco subieron en el coche que los llevaría al número cinco de la Plaza de Tirso de Molina.

—Si no queréis aparecer en la cuneta con un tiro en la cabeza, mejor será que no cometáis más errores —les comentó el policía que los acompañaba.

Hubo un momento en el que Emilio temió por su vida, conocía bien al secretario de Gobernación, fue un falangista de mucho cuidado. Era de esas personas que primero dispara y luego pregunta.

Una hora más tarde en el piso, tanto Emilio como Francisco, comentaban que estaban en una situación complicada. Francisco no tenía claro que saliesen con vida, estaba convencido de que les quedaban pocas horas en este mundo.

—Emilio, ¿de verdad piensas que vamos a salir con vida de esta situación?

—Tengo mis dudas, pero si no cogemos el tren dentro de dos días no tardaremos en aparecer en una cuneta. Si te asomas por la ventana verás el coche que se encuentra al lado de la farola con dos individuos en su interior.

—¿Nos han descubierto? —Inquirió Francisco mientras se asomaba por la ventana sin mover la cortina.

—No, es un coche de la Comandancia con dos matones; los habrá mandado José Antonio.

—Esperarán hasta que llegemos a Zaragoza. Una vez allí se desharán de nosotros.

—No creo, seguro que nos tienen preparada otra misión si nos quisiesen muertos ya lo estaríamos.

## 6

### Comisaría Buenavista

Mientras el teniente Navarro se encontraba en la celda de los valientes con el prisionero, en la comisaría se presentaron tres policías preguntando por él.

El capitán Gutiérrez, acompañado por dos de sus sabuesos, se presentó en las dependencias. No era casualidad su presencia y su visita no era de cortesía precisamente.

Por el telefonillo que conectaba con las celdas avisaron al teniente. El hombre maldijo su suerte ya que el detenido estaba a punto de soltarlo todo. Subió los escalones de dos en dos mientras Felipe y Ernesto se quedaron con el detenido.

Entre Navarro y el capitán Gutiérrez no tardaron en saltar las primeras chispas. El teniente era un hombre tozudo que no se dejaba achantar a la primera de cambio ni aunque la persona que tuviese delante fuese un cargo superior.

—Teniente, tengo la orden de llevarme al detenido.

—¿De quién parte la orden, si se puede saber? —Navarro se apoyó en una mesa y con toda la tranquilidad del mundo se encendió un cigarrillo.

—Le estoy pidiendo que me entregue al detenido si no quiere tener un serio problema.

—Con todos mis respetos, capitán. No recibo órdenes de usted y, por supuesto, no le entregaré al detenido. Si me disculpa tengo mucho trabajo. —Navarro, tozudo como él solo, se dio la vuelta y dejó al capitán con la palabra en la boca.

—¡Teniente! ¿Cómo se atreve a darle la espalda a un superior?

—Capitán, le repito que no recibo órdenes de usted. Mi superior es el coronel Cifuentes y mientras no reciba la orden directamente de él no obedeceré otro mandato. Así que le aseguro que estamos perdiendo el tiempo.

En la comisaría se formó un pequeño revuelo. El capitán Gutiérrez, enojado, salió de la comisaría soltando exabruptos por su boca.

Ángel se quedó sentado en el sillón de su despacho tenía el presentimiento de que no tardaría en recibir alguna llamada. Reconocía que su comportamiento hacia el capitán Gutiérrez le iba a traer problemas.

Cuando se disponía a bajar a los calabozos para seguir con el interrogatorio de Jesús recibió la llamada esperada.

Se lo pensó dos veces antes de coger el teléfono, sabía que las noticias que recibiera estarían relacionadas con el pequeño rifirrafe que acababa de mantener con el capitán.

—Navarro, tengo que felicitarte por el buen trabajo que has hecho, aunque, de momento, tendrás que abandonar la investigación del homicidio del magistrado López. A partir de ahora la investigación la llevará el capitán Gutiérrez.

—Coronel, sabe, igual que yo, que si dejo que se lleven al detenido no lo volveremos a ver.

—Teniente, no me toques las narices y deja que se lleven al preso, ese tal Jesús.

—Señor, ¿cómo sabe su nombre?

—Teniente, no siga con sus paranoias, y deje que el capitán Gutiérrez haga su trabajo. Ya hablaremos más tarde.

El teniente no tardó en darse cuenta de que su superior no se encontraba solo y que lo estaban presionando.

El capitán Gutiérrez no tardó en aparecer por la comisaría con una sonrisa de oreja a oreja. Navarro, al verlo desvió la vista y se dirigió a los calabozos para entregarle al preso.

—Ernesto, dé una toalla al detenido y que se seque. Han venido a recogerlo.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo? —preguntó el sargento sorprendido.

El detenido cometió un error, miró a Navarro y se le escapó una pequeña sonrisa de triunfo que molestó a Navarro.

—¿Tú de qué te ríes gilipollas? ¿Te crees que te has librado de mí? No sabes lo que te espera, a la mínima que te descuides me tendrás detrás tuyo.

—Lo estaré esperando, teniente. Lo que le hizo a mi padre no se me va a olvidar. —El detenido estaba eufórico por librarse de las manos del policía.

—Eso espero, que no se te olvide. —contestó Ángel acompañado sus palabras con un guantazo en la cara, que hizo sangrar por la nariz a Jesús.

El detenido subió por la escalera tapándose la nariz, intentando cortar la hemorragia. Navarro estaba muy cabreado por tener que entregarlo. El sargento lo miraba sin separarse de él. Tenía miedo de que se metiera en más problemas, y conociéndolo sabía que lo haría.

Antes de entregar al detenido, Ángel se acercó tanto al capitán que podía oír los latidos de su corazón.

—Sabe que esto no va acabar aquí, ¿verdad capitán?

El capitán Gutiérrez viendo la mirada del Navarro se limitó a coger al detenido y salir de allí lo antes posible. Sabía muy bien la procedencia del teniente, y el estar a cargo de la Brigada de Investigación decía mucho de él.

Gutiérrez quería alejarse lo antes posible de la comisaría. Jesús suspiraba de alegría por estar fuera, sabía muy bien de lo que se había librado. No conocía a la persona que le había liberado de las manos del teniente, y en señal de agradecimiento por lo que había hecho por él, le tendió la mano como de agradecimiento.

El capitán ni se molestó en tender la suya. Con un gesto de desaprobación le dirigió una mirada de intimidación.

—No tan rápido, amigo. Aún no hemos terminado contigo, nos has creado muchos problemas Tengo que pensar qué hacer

Subieron a un coche y se alejaron por la Gran Vía. Jesús se iba sentado en la parte de atrás entre dos gorilas que ocupaban dos veces lo que él, por lo que estaba tan apretado que apenas podía respirar.

Lo llevaron a un piso franco situado en la calle de Carretas, en un barrio muy modesto y en el cual pasarían desapercibidos. Ese piso fue utilizado como oficina de información por la falange una vez terminada la Guerra Civil. Registraban a las personas sospechosas de ser republicanas para más tarde enviarlas a la cárcel. Durante esos días de represión y de asesinatos, algunas personas querían hacerse sitio en el nuevo régimen y no dudaban en torturar y asesinar como era el caso de Jesús.

Algunos mandos del Ejército usaban a estos asesinos para que se encargaran del trabajo sucio, como el teniente coronel Agustín Flandes que, poco a poco, se fue haciendo dueño de algunos negocios y de varias vivienda y locales comerciales.

En el primer piso del número cinco de la calle de Carretas, el capitán Gutiérrez se dirigió a

Jesús:

—Jesús, esta será tu habitación hasta que sepamos qué vamos hacer contigo. Tus compañeros parten mañana para Zaragoza y no sé si tú los acompañarás o te quedarás en Madrid

## Comisaría Buenavista

Habían pasado unos días y Navarro se encontraba molesto por lo ocurrido y, sobre todo, por las formas con la que se habían desarrollado los hechos. Ahora, ya no le quedaba ninguna duda sobre quién ordenó el asesinato de magistrado. Era evidente que formaba parte del Gobierno.

En los planes del teniente no entraba, para nada, dejar la investigación. Tenía los informes que le había dejado el juez. De momento no le eran de mucha ayuda porque no entendía lo que ponía en ellos. Era una documentación cifrada. Se le pasó por la cabeza llevarlo a la Fiscalía de Madrid, no obstante, reflexionó y llegó a la conclusión de que si el magistrado murió por esos documentos que había sacado de los juzgados, era evidente que la confianza depositada en sus compañeros era mínima.

Era una época difícil, aunque habían transcurrido varios años desde que finalizó la Guerra Civil, existían rencillas entre los dirigentes del Gobierno. El ansia de poder era evidente y no todos parecían luchar en el mismo bando. Mientras algunos intentaban poner orden en una nueva España, otros solos pensaban en ellos mismos y lo único que les movía era el interés económico.

La corrupción era evidente entre los altos cargos del Gobierno que se acusaban mutuamente de corruptos. No eran pocos los funcionarios que utilizaban su cargo para aprovechar cualquier situación que les resultara beneficiosa.

Navarro era consciente de lo complicado que eran los tiempos que corrían, y si a eso le sumaba las destituciones de algunos mandos policiales, las cosas eran más complejas aún.

El teniente no estaba dispuesto a permanecer sentado en su sillón de la comisaría esperando alguna llamada. Estaba dispuesto a mover su ficha y no dudó en telefonar a su superior, al coronel Cifuentes.

—Coronel, ¿qué es lo que está pasando?

—Ya me parecía que tardabas mucho en llamar. Navarro perdona por la forma de hablarte, pero tenía delante al secretario de Gobernación.

—Me di cuenta de que no estaba solo en el momento que mencionó el nombre del detenido.

—Navarro, la muerte del magistrado Santiago López se ha convertido en un caso de Estado, y quieren que nos olvidemos del tema. Supongo me conoces lo suficiente como para saber que si viene un perro flauta a decirme que dejemos el caso, es suficiente aliciente para que ponga más empeño en solucionarlo. Me llamó el general, y me confirmó el presentimiento que tenías; no te equivocabas. En cuanto al tema de los agentes que me pides, creo tener a la persona que necesitas, y lo del local, en unos días te confirmaré si puedo conseguir uno adecuado. Tómate unos días de vacaciones hasta que yo te llame y, sobre todo, no aparezcas por la comisaría.

Ángel hizo caso a su superior y se cogió unos días de vacaciones, aunque, antes de abandonar la comisaría se despidió de Felipe.

—Sargento, me voy a coger unas vacaciones. Necesito olvidarme de todo esto. Estaremos en contacto.

Felipe conocía muy bien a Navarro y lo del permiso le sonaba a un cuento chino, estaba convencido de que algo se estaba cociendo, aunque aún no quisiera informarle de qué se trataba.

Navarro salió de la comisaría convencido de que tardaría mucho tiempo en volver. Se levantó la solapa del cuello del abrigo para protegerse del frío; los termómetros apenas rozaban los tres grados. Caminaba en dirección al hotel Florida. Los adoquines de la calle mantenían la humedad consiguiendo que los pies se le quedaran congelados.

Una vez en el hotel, se dirigió a la cafetería. Miró a izquierda y derecha, y después, se sentó en un taburete situado en el otro extremo de la barra desde donde podía controlar la puerta.

Llamó al camarero y le pidió un café tocado con brandi. Sacó el paquete de tabaco y se encendió un cigarro. Mientras se consumía el pitillo no paraba de observar la silueta de una mujer que se encontraba a pie del piano.

El recuerdo de su mujer aún estaba latente y no tenía la cabeza para nuevos romances. Se terminó el café y cuando se disponía a marcharse de la cafetería observó que la mujer en la que se había fijado se le acercaba con un movimiento algo coqueto.

Era raro ver a Navarro ponerse nervioso, pero la cercanía de la desconocida lo estaba consiguiendo.

La señorita le preguntó que, si quería compañía y Ángel, sin atreverse a mirarla a la cara, la rechazó, pagó el café dejando algo de propina y se fue a su habitación.

Ordenaba unos papeles que tenía encima de la mesita cuando se le cayó la fotografía de su exmujer. A pesar del tiempo que llevaba separado, en un rincón de su corazón, la echaba de menos.

Navarro era una persona reservada, y esa ruptura le hizo mucho daño. Su mujer, después de ocho meses de gestación perdió a su hijo, nunca llegó a superarlo y se sumió en una gran depresión. Comenzó a beber, tanto, que era raro el día que no estaba ebria.

Ángel intentó por todos los medios poner remedio al calvario que estaban viviendo. Durante un largo periodo tiempo estuvo retirado de su trabajo para ayudar a su esposa; sin embargo, el resultado fue todo lo contrario, empeoró la situación. Eva, su esposa, al sentirse controlada e incapaz de beber, se volvió agresiva, intentando golpearle de forma continua.

Después de varias visitas al médico, y no encontrando mejoría en su mujer, el médico aconsejó a Navarro que la llevara a la consulta de un psiquiatra que la pudiese ayudar. Ángel buscó al mejor especialista de Madrid. No repararía en gastos, lo único que le preocupaba era la salud de su esposa.

Eva no estaba por la labor de visitar a un especialista. Aseguraba que no estaba loca, y que lo único que pretendía su marido era encerrarla en un psiquiátrico para deshacerse de ella. No obstante, al final, consiguieron que la visitara el catedrático en psiquiatría, el doctor Rufinos.

En la primera visita el doctor Rufinos pudo hacer su diagnóstico: la pérdida de su hijo consiguió que entrara en un estado de esquizofrenia que le hacía odiar a la persona más cercana tenía ella, o sea, a su marido.

Después de varias visitas, y sin poder controlar el estado de agresividad de Eva, el psiquiatra aconsejó su ingreso en el hospital por unas semanas para su recuperación y su propia seguridad.

Habían pasado dos días desde la última conversación con su superior. El teniente se encontraba incómodo por la nueva situación. Acostumbrado a pasar días completos en la comisaría, ahora debía dedicar su tiempo a pasear en soledad por la Gran Vía y a tomar café en los bares de la zona.

De regreso al hotel, se percató de que un hombre lo estaba siguiendo, por eso se detuvo frente a un escaparate. El reflejo del desconocido sobre el cristal confirmó su sospecha.

Un hombre de aproximadamente un metro setenta centímetros de altura, con un abrigo gris oscuro y un sombrero algo llamativo para querer pasar desapercibido se situaba a escasos metros de él. Había algo en esa persona que lo desconcertaba, tal vez, su manera de andar.

El teniente continuó andando por la Gran Vía, que a esas horas se encontraba repleta de personas, con las terrazas de las cafeterías al completo, a pesar del frío.

Navarro interrumpió nuevamente su marcha y esperó a que el desconocido estuviese a su altura; cuando llegó a su lado, lo cogió del brazo con fuerza. El quejido del desconocido lo desconcertó, una voz de mujer se escuchó debajo del sombrero.

Ángel, sorprendido, le pidió una explicación.

—¿Por qué me estás siguiendo?

—¿Qué yo le estoy siguiendo? ¡Déjeme en paz o llamo a la policía! —amenazó la mujer con un marcado acento francés, sorprendida por la acción del hombre.

—La he estado observando. Viene siguiéndome desde hace un buen rato.

—¿*Tu n'as pas raison dans la tête?* Me dirijo al hotel Florida. Tengo una reserva, ni que fuera usted el último hombre de la tierra. ¡*Merde!* Si no tienes otra gilipollez que preguntarme, me están esperando.

Navarro, confuso, dejó que la joven siguiese su camino. Se quedó rascándose la nuca, le desconcertaba el fallo que había tenido, cosa rara en él.

«¡Por todos los demonios! ¿Cómo he podido cometer este error?» se preguntaba de camino al hotel.

Agobiado por la situación y aburrido por no tener nada que hacer, pensó que si echaba otro vistazo a los expedientes que había dejado el magistrado antes de su asesinato, podría entender algo de su contenido.

Aceleró el paso con la intuición de que esta vez la conclusión sería distinta. Pocos minutos después, había llegado a su habitación. Abrió la puerta y la sorpresa que se llevó fue mayúscula.

—¡Por todos los demonios!, ¿Qué cojones ha pasado? —exclamó en voz alta

La habitación había sido registrada hasta el último rincón. Todo estaba tirado por el suelo; la cama estaba destrozada con el colchón rajado por numerosos cortes de navaja. Su cabreo iba en aumento; de repente, una idea le vino a la cabeza, recordó el sobre del magistrado. Un impropio salió de su boca:

—¡Hijos de puta!

Navarro, como un loco, empezó a buscar el sobre. Conforme pasaban los minutos sin éxito, los impropios iban saliendo de su boca cada vez con más fuerza.

No podía evitar el pensar que se había descuidado y eso lo cabreaba más aún. ¿Cómo podía ser que un hombre tan metódico como él hubiera cometido un error de ese calibre?

Se sentó en la cama, o lo que quedaba de ella, y recordó todo lo que había hecho con la carta antes de salir de la habitación.

Se levantó y empezó a recorrer la habitación de un lado a otro. Al pasar por el escritorio se detuvo, recordó que lo había metido en un cajón. Observó que los cajones se encontraban medio abiertos menos uno que estaba completamente abierto del todo. Los cerró hasta llegar al que se encontraba totalmente abierto. Al intentar cerrarlo comprobó que no podía. Cogió una navaja que tenía en el bolsillo y hurgando, al final, pudo sacar el sobre. Este se cayó sobre la madera de abajo.

Un gran suspiro salió de su interior. A causa de los nervios contenidos las piernas se le aflojaron.

Ese sobre era más importante de lo que se pensaba, alguien se había tomado muchas molestias

en hurgar por la habitación poniéndola patas arriba, lo que consiguió que su cara adquiriera un semblante serio. ¿Qué personas sabían de la existencia de los expedientes? y ¿cómo podían saber que se encontraba en poder de Navarro?

El teniente tomó la carta y la depositó encima de la cama, ahí podría verla mientras se duchaba.

Se había hecho tarde y los nervios acumulados le abrieron las ganas de comer. Cogió la chaqueta y la descosió por la costura de un lateral lo suficiente grande para guardar los documentos. Tardó cinco minutos en ordenar un poco la habitación. Después, bajó al salón del hotel a cenar.

Cuando salió del ascensor se dirigió a la recepción:

—Buenas noches.

—Buenas noches, teniente, ¿en qué le puedo ayudar?

—He extraviado las llaves de la comisaría. Me he puesto nervioso y he revuelto un poco la habitación.

—No se preocupe. Ahora mismo mando a una persona para que la arreglen.

—Gracias —respondió Ángel con una pequeña sonrisa.

Navarro, más tranquilo, se dispuso a cenar, para luego pasar a la cafetería a degustar un café tocado de brandi. Dado su carácter, un poco desconfiado, al entrar al lugar se dirigió al final de la barra desde donde podía controlar la puerta de acceso.

Mientras se tomaba su bebida, vio a la mujer con la que había tenido el malentendido esa misma tarde. Apuró el café y se dirigió a su mesa. Quería disculparse.

La mujer de cabello rojizo observó al teniente desde el primer momento en el que entró allí. A pesar de ello, se hacía la despistada mientras el hombre se le acercaba. Cuando estuvo a su lado, levantó la vista.

—Usted otra vez —pronunció con su acento francés.

—Señorita, quería disculparme por lo sucedido esta tarde. —Navarro se encontraba algo avergonzado.

—No se preocupe, ya me había olvidado de usted.

—Si puedo hacer algo por usted, no dude en decírmelo.

—No es necesario, pero gracias de todas formas, ¿de verdad llegó a pensar que le seguía?

—Esa fue la sensación que me dio.

—Usted necesita la ayuda de un psiquiatra —contestó ella buscando provocarle.

El teniente fue consciente de su actitud y prefirió darse la vuelta para irse. No tenía el cuerpo para aguantar a una francesa arisca.

—¿Eso es todo lo que me va a decir, teniente?

Navarro se quedó paralizado; se giró y dirigió una mirada de intimidación a la pelirroja. Antes de que se diera cuenta lo tenía sentado enfrente con las manos sobre la mesa. La actitud de Navarro no era nada amigable, detestaba las sorpresas y más viniendo de una desconocida.

—¿Sorprendido, teniente?

—¿Cómo sabes quién soy? ¿Para quién trabaja?

—Sé muchas cosas de usted: su nombre es Navarro y es teniente de la Brigada de Investigación. En estos momentos se encuentra investigando el homicidio del magistrado Santiago López.

Ángel no atinaba articular palabra. La desconocida de pelo anaranjado le había pillado con la guardia bajada. Se quedó sin saber reaccionar.

—Teniente, ¿le ha comido la lengua el gato?

—Señorita, o señora, o quien coño seas. O me dices quién eres o te arresto por prostitución.

—Tranquilo, teniente, que estoy de su lado. Me llamo Charlotte y trabajo para la contrainteligencia francesa. Me envían para que le ayude en la investigación del asesinato del juez. Su superior se puso en contacto con el mío, el comisario Jean Dides. Le pidió ayuda en una investigación que se estaba llevando a cabo en Madrid.

Navarro, contrariado e incómodo, se pasaba la mano por la barba de tres días.

—Tengo que reconocer que estoy sorprendido. Solicité al coronel colaboración de agentes que fueran desconocidos por el ámbito policial de Madrid. Pero nunca llegué a pensar que me enviase a una espía francesa.

—¿Tiene algo en contra de las mujeres? Para su información, soy la mejor en mi trabajo y se defenderme muy bien sola. No necesito un armario empotrado como usted para protegerme, sin ofender. Le he estado observando durante unos días y, la verdad, me ha dado la sensación de ser una persona muy rutinaria, hasta el punto de que me ha dado pena y he dejado que me viese.

—¿Sabes dónde te estás metiendo? —preguntó Navarro con las cejas fruncidas.

—Lo sé muy bien, teniente, pero tengo la intuición de que el que no lo sabe es usted.

Navarro permaneció sentado, dirigiéndole una mirada desafiante. Parecía que Charlotte tenía respuesta para todo y sabía más que él mismo.

La espía no paraba de hablar, a pesar de que el teniente apenas le prestaba atención. Estaba concentrado en todo lo que había ocurrido y no acababa de entender cómo, para postre, le enviaban a una mujer para que lo ayudara. Por un momento ignoró la presencia de la francesa y se pronunció en voz alta:

—¡Maldita sea mi suerte!

Charlotte se sintió molesta por el comentario machista e inapropiado de Navarro. Se levantó furiosa para irse, sin embargo, antes le dio un ultimátum.

—Teniente, no es usted como le habían descrito. No estoy aquí de turismo y menos para perder el tiempo. Permaneceré en el hotel hasta las doce del mediodía y espero que reflexione. Piense bien su comportamiento. Espero que lo que me pueda decir me haga cambiar de idea; de lo contrario, se quedará lamentándose para el resto de su vida.

Navarro se quedó como un cuerpo inerte sentado en la silla, sin pronunciar palabra. Permaneció, como si estuviera en trance, procesando lo que le había dicho Charlotte.

Pasaron unos minutos hasta que reaccionó. Entonces, se levantó como un resorte y se dirigió a su habitación. Allí, cogió el sombrero y el abrigo y salió del hotel.

El reloj marcaba las once y media de la noche. Caminó hasta la parada de taxis. Veinte minutos después llegó uno, y sin dejar que el taxista parase completamente, se subió en él.

Su destino era el complejo residencial que se encontraba en el barrio de Salamanca que, ya por entonces, era un distrito acomodado habitado por la población de gran nivel económico. Era el lugar de residencia de policías y militares de alto rango, custodiado por militares del Ejército de Tierra, que portaban armas en las manos y estaban dispuestos a utilizarlas en cualquier momento.

Nadie podía salir ni entrar del recinto sin primero identificarse en el control de seguridad.

Al llegar a la puerta central del recinto donde se encontraba la garita de vigilancia, el taxi se detuvo. Era un acto muy peligroso intentar entrar en ese lugar en plena noche. Antes de que se dieran cuenta ya estaban rodeados por soldados, que les apuntaban con sus fusiles.

El teniente, viendo la situación instó al taxista a que permaneciera con las manos sobre el volante y que no hiciese ningún movimiento extraño.

Navarro, con los nervios de plomo, bajó del coche muy despacio con los brazos en alto, sabía muy bien lo que se jugaba si realizaba un movimiento sospechoso. Con la mano derecha, muy

despacio, se levantó la solapa de su abrigo y lentamente sacó la cartera con su identificación.

El sargento de guardia al ver el rango del teniente se cuadró y ordenó bajar las armas. La Brigada de Investigación en esos momentos tenía mucho poder.

—A la orden, teniente.

—Descanse, sargento. ¿Puede avisar al coronel Cifuentes y decirle que el teniente Navarro precisa verle?

El sargento dudó por un momento en acatar su orden; si bien, la mirada de intimidación que le dirigió Navarro hizo que se metiese en la garita para llamar al coronel. No tardó ni un minuto en volver a salir.

—Teniente, el coronel le espera. Le acompañará el cabo de guardia para indicarle cuál es su residencia. El taxista deberá esperar aquí hasta que usted regrese.

—Gracias, sargento —respondió Navarro dándole una palmada en el brazo.

El coronel Cifuentes lo esperaba en la puerta de su residencia. No era una persona a la que le gustasen las visitas por sorpresa y menos a esas horas de la noche. Cifuentes sentía una gran estima por Navarro, y eso le hacía tener ciertos privilegios.

Navarro sabía que al coronel no le agradaría su presencia en esos momentos; no obstante, era algo obligado a pesar de la intempestiva hora.

El teniente y el cabo de guardia, después de unos minutos andando, llegaron a la puerta de la residencia del coronel, que les esperaba con el ceño fruncido. El cabo de guardia, conocedor del genio del hombre, se paró y le saludó desde una distancia prudente. Sin perder tiempo, se dio la vuelta para regresar al puesto de control dejando a Navarro solo en el frío intenso de la noche.

—Buenas noches, coronel. Le pido que perdone mi insistencia por verle a estas horas de la noche.

—Espero que lo que tengas que decir sea lo suficiente importante y que no pueda esperar hasta mañana.

—Es importante, créame, y mi vida va en ello; de lo contrario, no estaría aquí ¿Qué sabe usted de una mujer que se hace llamar Charlotte?

—¿Ya se ha puesto en contacto contigo?

—Sí, después de estar dos días controlando todos mis movimientos.

—No seas iluso, teniente, y no desprecies la ayuda de Charlotte. Es la mejor en su trabajo. No sabes lo que es capaz de hacer. Tras varias charlas con mi homólogo francés, pude convencerle de que nos enviara a esa agente para que te ayude con la investigación.

—Me habla de ella como si la conociese personalmente.

—Sí, así es. Nos fue de mucha ayuda hace dos años en el País Vasco francés. Se infiltró con los maquis y pudimos desarticular una red de contrabando de armas.

»Navarro, le daré un consejo, si hay una persona en la que puedas confiar esa es Charlotte. Fíate de ella y déjate aconsejar. Esta mujer dirige una red de Inteligencia del Gobierno francés que dispone de pisos francos. Te puedo asegurar que está más al día de todo lo que se está cocinando en el Gobierno que nosotros mismos.

»La muerte del magistrado no fue casual, descubrió algo que ha puesto nerviosos a varios mandos de Gobierno; de hecho, si sigues en libertad es gracias a la mediación del general. Él es consciente del peligro que corre tu propia vida. Según se comenta, al magistrado le llegaron unos documentos que incriminaban a ciertas personas y, se supone, que esa fue la causa de su muerte.

—¿Qué me quiere decir, que estoy solo en este asunto?

—Desgraciadamente, así es. No puedes confiar en nadie excepto en Charlotte. Tanto al general como a mí, nos tienen controlados, nunca pude imaginar que un día nuestras vidas estarían en tus

manos.

Ángel se quedó unos minutos en silencio. Su preocupación y nerviosismo lo delataban. Se encendió un cigarro y le dio dos caladas profundas; al expulsar el humo de sus pulmones, se creó una pequeña nube en el aire gélido de la noche.

## 8

Al día siguiente, Charlotte se encontraba en las oficinas de importación y exportación de maquinaria industrial que, en realidad, era la tapadera perfecta de la inteligencia francesa.

Había madrugado para encontrarse con François un agente encubierto, encargado de controlar los pisos francos.

No era la única agencia de espionaje con la que contaban en la ciudad. En esos días, a Madrid se la conocía como la capital de los espías de medio mundo: rusos, ingleses, italianos, franceses, americanos y algunos más. Todos acampaban a sus anchas, y eran muchos los intereses que se crearon una vez hubo terminado la guerra.

—Buenos días, François.

—Buenos días, Charlotte. ¿Qué haces tú por aquí a estas horas de la mañana? ¿Qué necesitas?

—Un piso para unos días. No estaré sola, tengo un invitado español.

—¿Órdenes directas?

Charlotte lo confirmó con un movimiento de cabeza.

—Hay un piso en la calle de los Mártires de Paracuellos.

—¿Supongo que estará en un lugar seguro? —preguntó Charlotte con gesto irónico.

—En su día perteneció a la Inteligencia americana, ahora, justo enfrente, tienes a tus amigos los rusos.

—Un piso que perteneció a los americanos y enfrente de los rusos ¿te has vuelto loco? —contestó Charlotte.

—No estarás más segura si lo que quieres es estar lejos de la policía española.

Charlotte cogió las llaves del piso franco y regresó al hotel. Al pasar por el paseo la Castellana, pudo observar un movimiento de coches de policía, algo inusual a esas horas de la mañana.

Minutos más tarde, el taxi llegó al hotel, donde el ambiente se encontraba un poco crispado.

Charlotte pasó directamente a la cafetería y se tomó un café bien cargado antes de subir a la habitación. No estaba convencida de si Navarro cumpliría con su palabra y se presentaría a la hora señalada.

## 9

El teniente, en la habitación, preparaba la única maleta que tenía. No había pegado ojo en toda la noche. Tras la conversación con el coronel poco margen le quedaba para eludir su trabajo. Le había dejado claro que estaba delante de la mayor encrucijada que se le podría presentar y, para remate, únicamente podía confiar en una mujer que había conocido unas horas antes. Miró su reloj, eran las once y media. Faltaban pocos minutos para su cita con Charlotte.

Se sentía muy confuso. Pensaba en cómo se había complicado todo. Había pasado de ser el policía más admirado en la comisaría a ser un fugitivo perseguido por sus subordinados.

Se encendió un cigarro y quiso echar un último vistazo por la ventana pensando que podría ser la última vez que lo hiciera. Desde la ventana podía apreciar la plaza de Callao en su totalidad. Observó cómo dos coches de policía se detenían delante del hotel. No se lo pensó dos veces y decidió actuar rápido. Con un movimiento brusco, cerró la maleta y salió de la habitación como alma que lleva el diablo. En apenas pocos segundos se encontraba delante la habitación de Charlotte. Aporreó la puerta, lo que hizo que Charlotte la abriese sin preguntar siquiera quién era.

—Teniente, ¿qué son esas prisas?

—Mira por la ventana y lo comprenderás. —La mujer, con cara de sorpresa, le miraba sin hablar. A medio vestir, dejó a la vista una pierna que el teniente no pudo evitar admirar. La mujer, al ver a la policía salir de los coches se quitó el albornoz y se puso la falda quedándose en ropa interior por unos segundos, sin importarle la presencia del teniente. Después, cogió su maleta, y abandonaron con celeridad la habitación.

—Charlotte, si bajamos por las escaleras nos detendrán.

—Sígueme, teniente. Conozco otra salida.

Como una buena espía, desde el primer día en el que se alojó en el hotel, planificó una vía de escape por si fuese necesario recurrir a ella. Navarro parecía un galgo corriendo detrás de su presa, en este caso, una mujer francesa.

Se notaba que no era la primera vez que ella se encontraba en una situación semejante. Corrían por un pasillo estrecho que finalizaba en una puerta con un cartel que rezaba: «prohibido entrar». La abrieron de un empujón y llegaron a la escalera de emergencia.

Bajaron los escalones de dos en dos. Su respiración delataba el esfuerzo que tuvieron que hacer en tan pocos segundos. Una vez, más tranquilos en el callejón que desembocaba en la calle Gran Vía, esperaron para recuperarse unos minutos. Luego, hicieron una seña a un taxi para que se detuviera.

—¿Dónde les llevo? —preguntó el taxista.

Charlotte, sin mediar palabra, le entregó al taxista un papel con la dirección a la que les debía conducir.

# 10

En el hotel Florida se presentó la Brigada de Investigación. Al mando se encontraba el capitán Gutiérrez, que había asumido su dirección por orden directa del secretario de Gobernación.

Llegó a recepción y con voz de mando se dirigió al recepcionista.

—Llame al director del hotel.

El empleado corrió a buscar al director. Las piernas le temblaban y no atinaba a articular palabra. Hubo un tiempo que estuvo detenido en los calabozos y esa experiencia no le dejó buenos recuerdos.

—Perdone, señor Fernández, la policía pregunta por usted.

El hombre se levantó de un salto del sillón, dejando el café a medio tomar. Le faltaron piernas para acudir al encuentro con el jefe de la Brigada de Investigación.

—Buenos días, señores. Soy Manuel Fernández, director del hotel. ¿En qué les puedo ayudar?

—¿En qué habitación se aloja el teniente Navarro? —preguntó el capitán Gutiérrez con su voz de mando.

—En el segundo piso, en la habitación doscientos cuatro—contestó el director del hotel con voz temblorosa.

Sin perder tiempo, cuatro miembros de la Brigada subieron al segundo piso, dos por las escaleras y dos por el ascensor. De una patada abrieron la puerta de la habitación, entraron como una manada de lobos en busca de su presa.

En pocos segundos comprobaron que esta había desaparecido. La habitación se encontraba vacía y no mostraba rastro de Navarro. Aun así, la registraron sin dejar ningún recoveco por comprobar. Poco después, llegó el capitán Gutiérrez.

—Señor, el teniente ha huido y no hace mucho de ello. Hay un cigarro en el cenicero que aún está caliente.

—Registren todo el hotel por si estuviese escondido en otra habitación.

—Sí, señor.

En pocos minutos, más miembros se unieron al registro del hotel, incluido el sargento García, amigo de Navarro. La amistad con este era conocida en la Brigada, y el capitán fue puesto al tanto de ese hecho y las órdenes que le dieron eran claras y concisas, debía detener al sospechoso a toda costa; incluso eliminarlo si fuera necesario. No podía olvidar el enfrentamiento que habían mantenido en la comisaría y su odio crecía por momentos.

—Sargento.

—¿Sí, capitán?

—Soy consciente de la amistad que le une al teniente, creo que no tengo que recordarle quién está al mando de la investigación ahora, ¿verdad?

Felipe agachó la cabeza con resignación sabiendo perfectamente que no podría hacer nada para impedir la detención de su amigo. Se encontraba bajo el mando del capitán y, simplemente, debía obedecer si no quería tener problemas.

El capitán Gutiérrez dio un paso al frente, colocándose a pocos centímetros del rostro del sargento, y le habló con voz baja.

—Sargento, a la mínima sospecha que tenga sobre usted, le encerraré junto a toda su familia para que se pudran en la cárcel.

Al sargento García se le cortó la respiración por unos segundos. La amistad que le unía a Navarro no era lo suficientemente fuerte como para anteponerla a su familia. Si por una casualidad se encontrara delante de él tendría muchas dudas de cómo actuar.

# 11

El taxi en el que viajaban Charlotte y Navarro llegó a su destino. La mujer pagó al taxista añadiendo una buena propina para que se olvidase de ellos.

Navarro cogió las maletas y siguió a su nueva compañera. Cuando se disponía a entrar al interior del edificio, le llamó la atención el nombre de la calle: Mártires de Paracuellos, una pequeña sonrisa se le dibujó en el rostro.

Subieron a la primera planta y pasaron al interior de la vivienda, un piso pequeño de apenas sesenta metros cuadrados; disponía de salón, una habitación con dos camas, una cocina y un baño.

Dejaron las maletas en el salón e inspeccionaron la nueva vivienda que compartirían.

—¿De dónde has sacado este piso? —preguntó Navarro.

—¿No te gusta? —contestó Charlotte.

—No me puedo quejar, he estado en sitios peores.

—Hay dos camas en la habitación, no te importará compartir la habitación con una mujer.

—Para nada, es un orgullo compartirla contigo —contestó Ángel, mirándola como un corderito inocente.

—En la habitación está prohibido fumar, y espero que no ronques; de lo contrario, dormirás en el sofá.

Era la primera vez que compartía una vivienda con una mujer desde su separación. El recuerdo que le había dejado la convivencia con su esposa no era nada agradable.

Charlotte era una mujer de armas tomar, muy segura de sí misma y con un carácter muy fuerte. Desde la ocupación de Francia por el Ejército alemán, en junio del 1940, cambió por completo su vida. Pasó de estar estudiando en la universidad de Lion, a ser una colaboradora acérrima de la resistencia francesa.

Al principio, sus padres se opusieron, pero, después de la muerte de su hijo en manos de los alemanes, cambiaron de opinión. Pronto destacó por encima de sus compañeros y las habladoras no tardaron en llegar.

Los alemanes llegaron a poner una recompensa por la captura de Charlotte. A pesar de su juventud, participó en varias emboscadas provocando muchas bajas en el bando alemán.

Los enemigos capturaron a algunos de sus compañeros a los que torturaron hasta conseguir la dirección de la mujer.

Dos días más tarde, Charlotte andaba hacia su casa. Cuando se encontraba a escasos metros del edificio, observó cómo la Gestapo sacaba a sus padres de su vivienda para fusilarlos en plena calle delante de sus ojos. Era una represalia por los alemanes muertos a manos de la resistencia. Un frío intenso corrió por su cuerpo, con las manos se tapó la boca para que los nazis no oyeran su llanto de dolor. Se acurrucó detrás de unas cajas mientras las lágrimas no paraban de fluir de sus ojos enrojecidos.

Permaneció escondida hasta que los asesinos de sus padres abandonaron en lugar. Los vecinos salieron a la calle y, en pocos segundos, se formó un corrillo alrededor de los cuerpos. Una anciana se dio cuenta de la presencia de Charlotte, y le dio paso. La joven se postró delante de los cuerpos inertes de sus padres. Con manos temblorosas les cerró los ojos y clamó venganza. Sabía

que no podía permanecer mucho tiempo allí, por lo que levantó la vista y preguntó a sus vecinos qué era lo que había sucedido y el porqué de su muerte. La anciana le explicó que esos hombres llegaron al edificio preguntando por ella para, luego, dirigirse a su casa. Allí, preguntaron a sus padres por su paradero, al no conseguir una respuesta por su parte los mataron.

—Charlotte, no puedes permanecer más tiempo aquí, podrían volver de nuevo —la previno la anciana llorando.

—¿Qué será de sus cuerpos? —preguntó la joven.

—No te preocupes, nosotros les daremos sepultura. —respondió la anciana.

No tardaría mucho tiempo en ser conocida entre sus compañeros de la resistencia como la pelirroja de la muerte.

Su corazón carecía de sentimientos, la muerte de sus padres y de su hermano a manos de los nazis consiguió que su corazón se transformase en un bloque de hielo.

En varias ocasiones estuvo a punto de morir o, peor aún, de ser arrestada por la Gestapo, aunque fueron los propios alemanes los que consiguieron que no tuviese miedo en caso de que tuviese que enfrentarse a ese dramático día. Lo único que tenía en mente en esos momentos era matar alemanes para vengar a su familia y, siempre que podía, los miraba a los ojos antes de apagar sus vidas.

Su sangre fría y su valentía hicieron que los mandos de la resistencia francesa y la inteligencia inglesa se fijaran en ella. Decidieron que sería de mayor utilidad en el mundo de los espías. En muchas ocasiones las mujeres podían llegar donde los hombres no llegarían jamás.

En octubre de 1942 fue trasladada en un pesquero francés a Inglaterra, donde el MI6 o SIS se encargaría de prepararla para su nuevo cometido. Al principio, puso impedimentos para ingresar en la inteligencia inglesa, lo único que tenía en mente era matar a los asesinos de su familia.

Pelirroja y algo pecosa, era una mujer muy atractiva. Con tan solo veinticuatro años se convirtió en una experta de la seducción, en descifrar mensajes y una especialista en matar. Con un metro setenta centímetros de altura, de complexión delgada y bien proporcionada, se convirtió en una mujer irresistible.

Al principio de 1943 tuvo su primera misión. Con una documentación falsa y algo dinero la enviaron a París, donde se alojó en el hotel Le Meurice.

El 23 de febrero de 1943, un preocupadísimo Hermanan se hallaba en su despacho del hotel Le Meurice, en la céntrica *Rue de Rivoli*, que bordeaba el lado norte del Palacio del Louvre y se extendía hasta la Plaza de la Concordia, donde se hallaba su cuartel general.

Su misión consistía en seducir al general de campo Hermanan y robarle la lista con los nombres más relevantes de la resistencia francesa. Cumplió con su misión en tan solo cinco días.

## 12

En el piso franco situado en el número cinco de la plaza de Tirso de Molina, los responsables de la muerte del magistrado, el secretario de Gobernación y miembro de la falange, José Antonio Forment; el capitán de la Policía Gutiérrez y los miembros del grupo de ejecución del Estado, mantuvieron una reunión.

El ambiente se tensó al conocerse que Navarro contaba con la ayuda de una mujer desconocida.

José Antonio se dirigió al capitán Gutiérrez con semblante serio.

—Capitán, debemos averiguar quién es la mujer y por qué lo está ayudando. Es urgente averiguar su nombre y dónde se encuentra. Necesitamos recuperar los documentos a toda costa, cueste lo cueste. Si esa documentación se llegase a conocer, sería un escándalo, estamos en plena transición y sería muy perjudicial para el Gobierno. Las consecuencias serían terribles y vuestras vidas serían las primeras en pasar factura.

El capitán Gutiérrez puso en conocimiento a José Antonio de que el teniente Navarro contaba con el beneplácito del general Guzmán.

—No te preocupes, capitán. Tenemos al coronel Cifuentes y al general vigilados. Al mínimo movimiento de ayuda hacia Navarro serán arrestados. Pon a toda la comisaría en pie y haz que busquen al teniente y a su acompañante. Me importa un bledo si tienes que remover Madrid entero. Quiero resultados y no más excusas baratas —exigió José Antonio, echando espuma por la boca.

En menos de una hora toda la comisaría de Buenavista se encontraba en pie de guerra. Se llegó a ofrecer una pequeña bonificación a la persona que diera con una pista fiable del paradero del teniente.

El sargento Felipe García, a su pesar, tenía que obedecer al capitán Gutiérrez si no quería dar con sus huesos en el calabozo.

A cargo de cinco hombres de la Brigada de Investigación salieron de las dependencias con el objetivo encontrar a Navarro. Lo buscaron por todos los lugares que solía frecuentar.

El sargento Felipe, acompañado por un miembro de la Brigada, se personó en la cafetería Iruña situada en la esquina de las calles Gran Vía y Silva.

El encargado de la cafetería al ver al sargento le hizo una la señal con las cejas para que pasara dentro del almacén. Felipe, que no quería moscones cerca, mandó a su compañero a buscar por los alrededores, a sabiendas de que no encontraría nada.

El sargento entró en el almacén donde le esperaba Fulgencio.

—Sargento, ayer vinieron dos policías en busca del teniente.

—Fulgencio, el teniente se encuentra en un serio problema. Tengo que hablar con él lo antes posible.

—El otro día lo vi cogiendo un taxi en compañía de una mujer pelirroja.

—¿Conoces al taxista?

—No, pero con tiempo si lo requiere podría averiguar su identidad.

—En dos días pasaré a ver si has descubierto algo —le informó el sargento.

La busca del teniente Ángel Navarro se había convertido en una misión de Estado. El general Guzmán había sido una pieza fundamental en la Guerra Civil. Era notorio el desapego que existía con Franco y algunos miembros del Gobierno, lo que le ocasionó un arresto domiciliario. El general sabía a ciencia cierta que Navarro era inocente de todos los cargos que se le atribuían. Al coronel Cifuentes le habían retirado de su cargo y lo habían pasado a la reserva, en un despacho al que no se acercaban ni los buitres en busca de comida.

Al general Guzmán y a Franco les unía una amistad que provenía de la academia militar de Toledo. Sus destinos coincidieron en Marruecos donde participaron juntos en la guerra por la soberanía del territorio español.

Franco era sabedor de que sin el apoyo del general Guzmán el levantamiento militar que desembocó en la Guerra Civil pudo haber fracasado.

Los tiempos habían cambiado, y la contienda hacía años que había terminado, y los que un día fueron compañero de armas luchando por unos valores y unos ideales comunes, ahora, se habían convertido en enemigos por los intereses económicos de Franco y por su corrupto Gobierno.

Navarro estaba tumbado en la cama debatiendo si debería confiarle a Charlotte la existencia de los documentos que tanto revuelo habían creado.

La mujer se encontraba en el baño dándose una ducha bien caliente, tanto fue la acumulación de vapor que tuvo que abrir un poco la puerta para que se despejase sin reparar en la presencia de Navarro.

El teniente tenía la mirada perdida en el techo, aunque un afortunado ruido hizo que desviase la vista hacia el espejo del aseo y, a través de él, observara el cuerpo desnudo de la mujer mientras se secaba. Su mirada se quedó hipnotizada por silueta perfecta de Charlotte, sus pechos parecían estar en formación, preparados para pasar revista; sus largas piernas y sus curvas dibujaban la perfección. Esa imagen bloqueó a Ángel, incapaz de moverse o emitir cualquier sonido que lo delatara.

Charlotte, se percató de lo que estaba sucediendo. Fue consciente de que a través del espejo del baño su cuerpo desnudo se encontraba en el ángulo de visión del teniente. Muy sutilmente dio un paso hacia atrás y se refugió de la mirada de su compañero.

No pudo evitar sonreír y quiso incomodarlo; le pidió que le acercara la ropa interior que había dejado preparada encima de cama.

—Navarro, por favor, ¿me puedes acercar la ropa interior? Se me ha olvidado cogerla.

—¿Dónde la tienes?

—Encima de la cama, al lado de mi vestido.

Ángel no era un experto en lencería, pero sabía distinguir la calidad de la ropa de los mercadillos y esa no había salido de ninguno de ellos.

—Si necesitas ayuda, dímelo —sugirió irónicamente.

—No te preocupes. Si la necesito, serás el primero en saberlo.

Se acercó al baño con las prendas y la esperanza de que la puerta se abriese por completo para poder apreciar el cuerpo desnudo de su compañera, pero, lamentablemente, eso no sucedió.

Habían pasado unas horas desde que llegaron al piso. Navarro, un hombre acostumbrado a la total libertad de movimientos en todos los conceptos, se encontraba limitado bajo la supervisión de su compañera, y a la espera de noticias.

Se dirigió a la ventana del comedor y separó la cortina apenas unos centímetros para observar los movimientos de los agentes de la Embajada rusa.

Charlotte, se le acercó por detrás y pudo observar la intranquilidad y el nerviosismo de su compañero; era evidente que la vida del espía no estaba hecha para él.

—Navarro, ¿sabes cuál es la primera virtud de los espías?

—Supongo que será la paciencia.

—Efectivamente, y por eso te pido que tengas paciencia, de lo contrario, darás un paso en falso que nos perjudicará a los dos.

—Reconozco que sería un mal espía. Mi inquietud me delataría en pocos segundos, espero no permanecer mucho tiempo encerrado entre estas cuatro paredes.

—Entre nosotros tiene que haber plena confianza y no guardar información; de lo contrario, estaremos dando pasos de ciego. Algo me tendrás que contar de lo que ha sucedido en el hotel y el motivo por el que han solicitado mi ayuda.

Ángel se dio la vuelta y la miró de forma penetrante. Se sentó en el viejo sillón del comedor mientras ella miraba a través de las cortinas.

—La muerte del magistrado Santiago López y todo este revuelo es por unos documentos que no puedo entender, he pasado de ser el teniente de la Brigada de Investigación a ser un perseguido por mi propia gente. Quizás tenían razón, y debí dejar pasar este asunto. Por mi cabezonería he puesto en peligro la vida de algunas personas. He mirado veinte veces los putos documentos y no consigo entender nada, cuanto más los miro menos los entiendo. Esos números entrelazados junto a fechas sin sentido..., ¡no entiendo nada!

Charlotte, al escuchar el relato del teniente se sentó delante de él. Se encendió un cigarro, inspiró profundamente y exhaló el humo en su cara.

—¿Qué haces? —protestó Navarro quitándose el humo de la cara con la mano.

—¿Tienes esos documentos aquí? —preguntó la mujer al mismo tiempo que se recogía el pelo —. ¿Cuándo pensabas decírmelo? Ya hemos hablado de la confianza, así que, ¿a qué esperas para sacarlos? ¡Vamos, levántate!

El hombre obedeció sorprendido por la reacción de su compañera. Su actitud le recordó a los días de colegio y su profesora le echaba la bronca por hacer algo mal. Sus gestos serios demostraban enfado mientras pensaba como un niño pequeño: «Pero ¿qué he hecho?». Cogió la maleta y sacó el sobre que había envuelto entre su ropa.

—¡Aquí tienes el maldito sobre!

Charlotte sacó su contenido y examinó los papeles varias veces. Después, lo dejó encima de la mesa. El teniente no le quitaba ojo para no perderse ningún detalle.

—¿Sabes lo que pone en estas hojas? —preguntó finalmente.

—Ni puta idea —contestó Navarro.

—Son códigos cifrados, es una forma de modificar un mensaje para ocultar su significado original. Para poder descifrarlo necesitamos un libro de códigos o una palabra clave, y supongo que la palabra clave no la tenemos. ¿Llegaste a hablar con el magistrado?

—No. Él fue al hotel para entregarme el sobre y, supongo, que para decirme algo. Cuando llegué a la plaza de Callao ya estaba muerto.

—Necesitamos un libro de códigos para conocer la información y creo que sé dónde encontrarlo. ¿Tenías confianza con el magistrado?

—Era un buen hombre. Habíamos trabajado juntos en varios casos. Era una persona en la que se podía confiar. La última vez que hable con él, me dijo que el Gobierno se parecía mucho a una caja de manzanas podridas.

—Navarro, tengo que salir durante unas horas. Necesito tener la tranquilidad de que no harás ninguna tontería y que no saldrás del piso. ¿Podrás hacerlo?

—No te preocupes, mientras estés fuera me ducharé y aprovecharé para dormir un poco.

Charlotte salió del piso en busca del libro de códigos. Conocía el cifrado de los documentos, era el mismo que utilizaron los espías durante la ocupación nazi en Francia. Aquellos tiempos ya quedaron atrás, pero aún se seguían utilizando.

Charlotte se alejó, recorrió dos calles antes de parar un taxi al que le pidió que la llevase a visitar a una antigua compañera. Dirigía una agencia de modelos. La casualidad quiso que la agencia se encontrara en la plaza de Tirso de Molina, a pocos metros de distancia del piso franco donde se escondían los asesinos del magistrado Santiago López.

El taxista la dejó en la misma puerta. No le sorprendió el pequeño movimiento de entrada y salida de jóvenes en busca de trabajo. En una época complicada, ella también utilizó la misma tapadera para pasar desapercibida. Sin perder más tiempo, entró en su interior y vio a Manuela, su antigua compañera, la que le ayudó a ocultarse durante algún tiempo en España cuando la Gestapo la buscaba por toda Francia. Se fundieron en un fuerte abrazo y no pudieron evitar derramar algunas lágrimas.

—¡Qué sorpresa, Charlotte! Cuánto tiempo sin saber nada de ti.

—Apenas he tenido tiempo para nada. He tenido mucho trabajo. —Su rostro aparentaba nostalgia.

—Te veo algo cansada, ¿te apetece tomar un café?

—Me vendrá bien para despejarme.

—Vamos a una cafetería que está aquí en frente. Estaremos más tranquilas.

Anduvieron unos minutos en una mañana gélida antes de llegar a las puertas de la cafetería. Charlotte observó un coche negro aparcado apenas a unos metros de la cafetería. Le llamó la atención porque era el tipo de coche que usaban los miembros de la Brigada de Investigación. Cuando trabajó con ellos subió en algún vehículo similar.

—Manuela, me ha llamado la atención un coche negro aparcado a unos metros de aquí, ¿por casualidad lo has visto antes?

—Ahora que lo dices, lleva unos días dando vueltas por aquí. Tú nunca desconectas, siempre estás alerta, ¿verdad?

—El día que no esté alerta será porque estaré muerta.

—Sentémonos en esa mesa del rincón. Estaremos más tranquilas.

Pasaron los minutos y Charlotte y Manuela recordaron viejos tiempos, cuando se jugaron la vida bajo el fuego de las balas de ambos bandos y de la Gestapo nazi.

—Si te estás preguntado cómo te he podido encontrar, la verdad es que fue por casualidad; mientras estaba realizando un seguimiento un poco complicado, te vi entrar en la agencia.

—Charlotte, ¿necesitas algo? Sabes que puedes confiar en mí a pesar del tiempo transcurrido.

—Lo sé, Manuela y por eso estoy aquí. Necesitaré tu ayuda y de tu agencia en un momento dado.

—Lo que necesites. Empezaré por averiguar a quién pertenece el vehículo que se encuentra aparcado en frente de la agencia. Tú sabes muy bien que no hay nada que se le pueda resistir a una hermosa mujer.

—Lo sé perfectamente, y te lo agradezco.

—Como en los viejos tiempos Charlotte.

Las dos salieron de la cafetería; Manuela, de vuelta a la agencia de modelos y Charlotte, con destino a su tapadera.

Se dio un largo paseo por las calles gélidas de Madrid. Los recuerdos de su última estancia en la ciudad quedaban muy lejos, en abril del 1943, durante la Segunda Guerra Mundial. Entonces fue cuando conoció a Manuela en un lugar poco apropiado para dos bellas mujeres, pero al mismo tiempo muy seguro por aquellos tiempos.

Charlotte llegó a la tienda de máquinas de coser, la tapadera de la agencia francesa de espías en Madrid. Le sorprendió en encontrar clientes en el local preguntando por los precios de las máquinas. Normalmente se encontraba vacía, esperó a quedarse a solas con su compañero François.

—¿Qué necesitas Charlotte?

—El libro de descifrado de códigos.

—¿En qué misión te encuentras que llevas con tanto secretismo?

—Ya sabes que no puedo revelar información—contestó Charlotte con una sonrisa de oreja a oreja. Por cierto, François necesitaré documentación a nombre de Patrice Saint-Clair.

—Necesitare fotografías y dirección

—Las fotografías ya se las pondré yo. En cuanto a la dirección pon la de la gendarmería de París.

—Dame dos días y lo tendrás

—*Merçi*, François —contestó Charlotte al mismo tiempo que le enviaba un beso con la mano.

Las calles de Madrid se convirtieron en un enjambre de policías. No existía vía que no tuviese un control de policía, y todos con el mismo propósito: dar captura al prófugo, al teniente Ángel Navarro.

La Brigada de Investigación contaba con muchos informadores. Ellos colaboraban a cambio de algún favor en un momento dado.

Los ciudadanos, se sentían angustiados ante ese despliegue policial. Sentían verdadero temor, pues la represión era tan grande que cualquier comentario que hicieses en un mal momento era un motivo para que te arrestaran sin darte explicaciones. La tortura y los malos tratos estaban a la orden del día. Las violaciones en las cárceles de mujeres eran consentidas por sus gobernantes. Las presas eran consideradas como restrojos humanos, a las mujeres que consentían esos abusos las dejaban tranquilas por algún tiempo mientras las que se negaban, eran violadas y maltratadas. Era raro la semana que no se producía algún fallecimiento.

En las cárceles de hombres la situación era tres veces peor, los tratos vejatorios sobre los presos hacían que las cárceles pareciesen campos de concentración y de exterminio. Había una funeraria que suministraba ataúdes a la prisión de Madrid. Hubo semanas que no daban abastos por las muertes sufridas. Solucionaron la escasez de ataúdes metiendo dos cuerpos por caja. El respeto por los fallecidos era inexistente. Ese era el modelo de vida de la dictadura.

## 16

Las presiones al capitán Gutiérrez no se hicieron esperar, el secretario de Gobernación le exigía la detención inmediata del teniente Navarro. Los nervios de algunos ministros iban en aumento por si salían a la palestra los comprometedores documentos.

En la comisaría el capitán Gutiérrez les hizo saber a todos los miembros de la Brigada que la investigación se encontraba en un punto complicado. Habían acordonado todo Madrid sin un resultado positivo.

Los miembros del equipo se miraron unos a los otros, justificándose de que estaban haciendo todo lo posible por arrestar al teniente. El sargento García se encontraba apoyado sobre una mesa con los brazos entrecruzados y pensativo cuando la mirada del capitán se fijó en él. Felipe tuvo la sensación de sentirse observado y, al levantar la vista, se dio cuenta de que el capitán lo estaba observando. Con un gesto con los dedos el capitán lo llamó a su despacho. El sargento tenía la impresión de que nada bueno sucedería y sin apenas hacer ruido entró en el despacho y cerró la puerta.

—Sargento, me da la sensación de que no eres sincero y que me estás ocultando información del paradero del teniente.

—Capitán, le juro por mi familia que no sé nada del teniente.

—Justamente por su familia, si no tengo noticias del teniente redactaré una orden de arresto contra su mujer y la enviaré una temporada a la cárcel. Ya sabes lo que sucede en esos sitios, y a ti te apartaré de la investigación. Verás cómo tu esposa se pudre en la cárcel. El capitán salió del despacho dejando al sargento solo con sus pensamientos.

Felipe salió con mucha prisa de la comisaría. Quería ir a su casa y alejar a su mujer y a su hija de las manos del capitán. Cuando llegó a su domicilio ya era demasiado tarde, descubrió un coche de la Brigada vigilando su hogar. Al sargento se le congeló la sangre. Se dirigió hacia el vehículo y preguntó a su ocupante.

—Rafael, ¿qué hacéis aquí?

—Lo siento, sargento. Son órdenes del capitán.

—¿Órdenes?, ¡qué cojones me estás diciendo!

—Debemos vigilar que no abandones el domicilio. Lo siento, sargento, ya sabes cómo se las gasta el capitán.

—De acuerdo — contestó el sargento con voz de resignación.

—Sargento, ¿por qué desconfía el capitán de usted?

—Está convencido de que conozco el paradero del teniente.

—¡Joder sargento! ¡Qué putada!

Felipe, con la moral por los suelos, entró en su vivienda. Vio a su esposa y su hija. Las abrazó como si fuese la última vez que fuera a hacerlo. La mujer, sorprendida por su acción, supo de inmediato que algo fuera de lo normal estaba sucediendo.

Felipe las cogió de las manos y se sentaron en el sofá. Su mujer, nerviosa, y viendo en el estado en el que se encontraba su marido, empezó con una batería de preguntas.

—Felipe, ¿qué te pasa?

Felipe no contestaba, se limitaba en abrazar a su hija.

—No permitiré que os hagan daño. —Fue la respuesta a la pregunta de su mujer.

Tras unos minutos se tranquilizó y se sintió con la suficiente fuerza para contarle a su mujer el problema que le agobiaba. Ella sabía muy bien las consecuencias que eso iba a tener, y más con los tiempos que corrían, que no era nada benévolo.

Camila, su esposa, se levantó y preparó una cafetera lo suficiente grande para varias personas. Preparó dos tazas de café y salió a la calle para dárselas a los compañeros de su marido. Eran días de mucho frío y un café bien caliente siempre viene bien.

Sus guardianes agradecieron su gesto, y le hicieron entender a Camila que no tenían nada en su contra, que solo se limitaban a cumplir órdenes.

La mujer, ya en el interior de la casa, se dirigió al salón donde su marido seguía abrazado a su hija.

—Felipe, déjate de abrazos y hablemos de lo que podemos hacer.

Ese día los termómetros apenas alcanzaban los dos grados, y un café bien caliente descongelaba las arterias y conseguía que se pensara mejor. Camila era una mujer valiente y no se achicaba tan pronto. No quería pensar que sus próximos días los podía pasar entre rejas.

—Felipe, ¿sabes algo de Navarro?

—No sé nada. Es como si se lo hubiese comido la tierra.

—No tienes que demostrar tu lealtad hacia Navarro. La gente sabe todo lo que habéis pasado juntos, y eso no se olvida tan pronto. Creo que puede haber una manera para que Ángel sea consciente de la presión que tienes.

—¿Qué puedo hacer?

—Hablar con el capitán y hacerle ver que no sabes su paradero.

—¿Y cómo lo hago? Si ya se lo he dicho de todas las maneras.

—Habla con el capitán. Proponle no aparecer unos días por la comisaría. Que corra un rumor que diga que te han arrestado y que a mí me han llevado a prisión por no revelar el paradero del teniente.

—¿Me estás pidiendo que preparemos una emboscada para arrestar a Navarro?

—No. Lo que te estoy diciendo es que Navarro demuestre su amistad sobre ti y ganar tiempo. Será la única manera de que el hijo de puta de tu capitán te quite la vista de encima. De lo contrario daremos con los huesos en la cárcel, incluyendo los de tu hija.

Después de varias horas de sopesar lo que su mujer le había dicho, tomó una decisión. Acertada o no, era la única salida que tenía. Cuando pones en una balanza la amistad o la familia, el resultado quedaba claro.

Felipe tenía la certeza de que en el momento en que Navarro fuese consciente del riesgo que corrían él y su familia, no se lo pensaría dos veces y reaccionaría.

Después de despedirse de su mujer, regresó a la comisaría acompañado por sus compañeros, que, al mismo tiempo, se habían convertido en sus carceleros.

En la comisaría el ambiente que se respiraba era muy tenso. Se encontró caras largas, sin apenas comentarios. El capitán Gutiérrez se había encargado de crear un ambiente endurecido, típico de una dictadura.

Gutiérrez, estaba sentado en su sillón desde donde dominaba toda la comisaría, y no se le escapaba ni el mínimo detalle. Él era sabedor de que su presencia en la comisaría no era bien recibida por los agentes que antes estaban a las órdenes de Navarro. Esa situación no le hacía sentirse cohibido, todo lo contrario, sentado en su sillón se sentía dominador. Había conquistado un castillo reprimiendo a sus habitantes. Él era consciente del arresto del teniente Navarro, con la

recuperación de los documentos que tanto dolor de cabeza estaban dando a algunos miembros del Gobierno. Si resolvía este caso, tendría asegurado su ascenso.

El capitán Gutiérrez firmaba las órdenes que se tendrían que llevar a cabo cuando levantó la vista y vio al sargento García en la puerta esperando a que le diera su autorización para poder entrar. Una sonrisa malvada se dibujó en su cara.

—Sargento, no te esperaba tan pronto —comentó el capitán al mismo tiempo que se arreglaba el nudo de la corbata—. Espero que me traigas buenas noticias.

—Capitán, creo tener la manera de que el teniente se entregue. —El sargento no podía disimular el estado de nerviosismo en el que se encontraba.

—Soy todo oídos, espero que no sea una de tus triquiñuelas para hacerme quedar mal; de lo contrario, seré yo mismo quien te pegue un tiro entre ceja y ceja.

El sargento explicó detalle a detalle cómo podían arrestar al teniente.

El capitán, sorprendido por el plan del sargento, pensó que era una buena idea y que podría funcionar. Al sargento y a su familia los tendría controlados a todas horas y no perdería nada por intentarlo.

—De acuerdo, sargento. Puedes irte a tu casa y quedarte en ella hasta nuevas órdenes. Un coche de la Brigada permanecerá vigilando las veinticuatro horas del día para que no cometas ninguna tontería, del resto ya me encargo yo. Sargento, ¿has pensado en lo que puede suceder en realidad si esto no funciona?

—Soy consciente de ello.

El sargento García salió de la comisaría sabiendo que traicionaba a su amigo, pero no podía hacer otra cosa para resguardar la integridad de su familia. Tenía la esperanza de que Ángel lo entendiera.

Navarro se sentía asqueado por tener que permanecer tanto tiempo encerrado en el piso franco.

Pasaba las horas recordando el tiempo que estuvo al mando de la comisaría, y su nombre era mencionado por sus superiores gracias a su buen hacer en el campo policial. Sus métodos fueron tan efectivos en las investigaciones y consiguió resolver tantos casos que pronto lo propusieron para un ascenso, al que renunció varias veces aludiendo que no valía para estar sentado en un sillón. Ángel siempre decía que era un hombre de campo y que le gustaba pisotear las calles. Sin pensárselo dos veces, cogió el abrigo y el sombrero y salió de la vivienda, a pesar de la recomendación de Charlotte. Necesitaba llenar de aire fresco sus pulmones. No podía alejarse mucho del piso sin correr peligro, ya que esos días había cuarenta mil ojos buscándolo.

Se apoyó sobre la pared del edificio y encendió un cigarro. Lo disfrutaba como si fuese el último que fuera a fumar en su vida. Una vez en el exterior, pensó que podría dar un paseo por los alrededores. Quería conocer la zona y buscar una vía de salida por si fuese necesario huir. Su confianza iba en aumento; primero, salir del piso; segundo; dar un paseo por los alrededores y tercero, tomarse un café en el bar de la esquina. Habían pasado dos días desde su llegada al piso franco. Tomar un café en la terraza era un privilegio que no estaba dispuesto a perder.

Charlotte llegó en un taxi. Cuando se disponía a entrar en el edificio escuchó que la llamaban, por unos segundos dudó en girarse. Por su mente se cruzó la idea de que la hubieran descubierto; aunque pensó que si así era por qué la llamaban por su nombre. Dirigió la vista hacia el lugar de donde procedía la voz y vio a un hombre haciéndole gestos con el brazo.

—Este hombre es un inconsciente —murmuró al mismo tiempo que se ajustaba el sombrero.

Charlotte se dirigió hacia donde se encontraba el teniente, enfurecida; con paso firme y rápido. Su rostro de enfado y la mirada desafiante le hacían parecer una mujer airada.

Navarro a verla llegar se levantó para ofrecerle un café. La joven no podía permitir montar un escándalo en plena calle, así que, de mala gana, aceptó la invitación de su compañero.

—Navarro, ¿no es consciente al peligro al que nos estamos exponiendo? —Charlotte se encontraba fuera de sí.

—Relájate, mujer. No pasa nada por tomar un café al aire libre, ¿hay algún problema?

—¿Te parece poco el que tenemos encima? Medio Madrid nos está buscando.

—Por la expresión de tu cara, aparte de tu cabreo, me da la sensación de que me estás ocultando algo.

Navarro se encendió un cigarro y expulsando el aire recordó a Charlotte sus propias palabras

—No tenemos que tener secretos entre nosotros.

Charlotte lo observó con una mirada desafiante, sabía que el teniente tenía razón. No podía ocultarle el rumor que se estaba corriendo por la comisaría; de lo contrario, si le llegara la noticia de la detención de su amigo y su familia por medio de una tercera persona, las consecuencias serían inimaginables.

—Navarro, hay un rumor que está corriendo por las comisarías de Madrid que te atañe, y no te va a gustar.

—Sabes que de todas formas me enteraré, así que no te preocupes, a estas alturas ya no me

sorprende nada.

—Según dicen, han detenido al sargento Felipe García junto a su familia por no facilitar tu detención.

Navarro ni se inmutó por la noticia, se la esperaba de un momento a otro. Era una manera más de presionarlo para que se entregara. Terminó de tomarse el café. Aspiró la última calada antes de apagar el cigarro y la miró a de forma cómplice.

—No me sorprende nada la noticia, lo raro sería que no presionaran a Felipe y a su familia para obligarle a que me entregue, aunque, de momento y a mi pesar, no puedo hacer nada.

—Me dejas helada, para nada me esperaba esta respuesta. —Charlotte se sorprendió por su frialdad.

—No estoy diciendo que me vaya a quedar con los brazos cruzados sin hacer nada. Dejaré pasar unos días y buscaré la manera de acercarme a la casa del sargento evitando correr el mínimo peligro.

Dos días más tarde, la espía tuvo una reunión con el coronel Cifuentes. La persona que había solicitado su ayuda a su homólogo francés. Cifuentes se encontraba bajo arresto domiciliario, por lo que. Charlotte tuvo que tirar de su ingenio para poder burlar la vigilancia que se apostaba en los exteriores de la residencia. No era la primera vez que la mujer colaboraba con el coronel. Lo hicieron varias veces y siempre con resultado positivo. Por parte del militar, Charlotte era una persona que contaba con toda su confianza, por eso estaba seguro de que, con su ayuda, Navarro tendría más opciones de salir airoso de esta situación. El coronel la puso al día de la situación que se estaba viviendo en España. Había malestar entre algunos mandos militares, y Franco, temiendo un golpe de estado, muy sutilmente los apartaba de la primera línea del poder. Entre ellos se encontraba el propio coronel Cifuentes y el general Guzmán. El hombre hizo saber a la espía que, en cierta manera, dependían del teniente Navarro. Su situación podía empeorar en el caso de que fuera detenido.

Charlotte preguntó por el general Guzmán y cuál era la relación que mantenía en ese caso. El militar se hizo el desentendido sobre la pregunta de Charlotte, si bien, debido a su insistencia tuvo que decirle la verdad.

—Charlotte, el general Guzmán es el padre de Eva, la exmujer de Navarro. Al principio, el general protegió a Navarro, cosa que no debía hacer.

Horas más tarde, Charlotte regresó al piso franco. Antes de entrar al edificio se aseguró de que nadie la siguiese. Al pasar a la vivienda un fuerte olor la hizo retroceder.

—¡Por Dios, Navarro! ¿Qué es este olor tan repugnante?

—Me asomé por la ventana y vi a un vagabundo rebuscando entre la basura; me dio la idea de cómo me puedo acercar a la casa del sargento sin despertar sospechas. Por cierto, el olor proviene de la habitación: le he cambiado la ropa a ese vagabundo.

Charlotte se tapó la nariz y la boca con un pañuelo perfumado y abrió las ventanas para que se orea la vivienda.

—Por favor, saca la ropa de la habitación y tírala a la basura.

—No, la necesito tal cual está —contestó Navarro con una sonrisa de oreja a oreja.

Charlotte lo miraba y sentía que se la llevaban los demonios. Ella era una mujer bien vestida y utilizaba los mejores perfumes de la época. Su aroma dejaba rastro por donde pasaba, no podía estar en un lugar donde oliese a putrefacción.

—Coge la ropa y métela en una bolsa, por lo menos evitaremos que huelga tan mal. ¿Tienes pensado disfrazarte de vagabundo?

—Sí, me pondré la ropa y estaré unos días por los alrededores de la casa donde vive el

sargento. Buscaré la manera de ponerme en contacto con él sin llamar la atención. Solo me hace falta una peluca y una barba para que no me reconozcan.

El secretario de Gobernación, el refinado José Antonio se encontraba sentado en su despacho fumándose un puro habano mientras se jactaba de su mando con una subordinada.

Su poder era notorio y así lo hacía saber. Mucha gente le tenía miedo y le obedecían sin rechistar si no querían dar con sus huesos en la cárcel.

Se levantó de su sillón de piel y se acercó por detrás a su secretaria que trabajaba sentada. Sin mediar palabra empezó acariciarle el cuello. Mercedes, así se llamaba la mujer, permanecía totalmente inmóvil. Poco a poco, la mano del hombre fue bajando hasta la altura de sus pechos y empezó a acariciarlos por encima de la camisa. Le desabrochó unos botones y metió la mano por el interior, donde no tenía ningún impedimento para acariciar sus pezones.

Mercedes respiraba profundamente con la respiración entrecortada, inmóvil, aguantando los abusos de su jefe. No podía decir nada, ni podía quejarse porque, de lo contrario, tendría consecuencias.

Francisco continuó con los tocamientos, cada vez más excitado. Se acercó más y empezó a rozar con su miembro por el brazo de la mujer. La secretaria, paralizada, se veía obligada a obedecer a su violador.

Después de aguantar varios minutos sus tocamientos, tuvo que sufrir una vejación aún mayor: José Antonio se puso delante de ella y le separó las piernas con su rodilla. Cogió sus manos y la obligó a acariciarle su miembro por encima del pantalón, a continuación se bajó la cremallera y sacó el pene erecto y la forzó a hacerle una felación. Francisco gemía como un cerdo mientras Mercedes apenas podía respirar.

Pasados unos minutos, y con su satisfacción cumplida, se volvió a sentar en su sillón.

—Mercedes, puede retirarse y no olvide arreglarse antes de salir del despacho.

Sentado, y recuperándose del esfuerzo, llamó por teléfono al capitán Gutiérrez para dale nuevas órdenes.

—Capitán, quiero que registre la casa y el despacho del magistrado, a ver si por una casualidad los informes se encontraran guardados ahí.

—De acuerdo, señor. Ahora mismo mando a unos agentes a su vivienda.

El capitán Gutiérrez, sin perder tiempo puso en marcha la operación del registro.

Mandó a dos hombres a la casa del juez Santiago López. Llamaron a la puerta y entraron sin dar explicaciones. La viuda se quedó sorprendida por la agresividad de los policías. Intentó quejarse, pero, de un empujón, la quitaron del medio. Estuvieron registrando la vivienda durante una hora, y a pesar de poner todo patas arriba no encontraron nada.

Los policías actuaron de la misma manera en su despacho de los Juzgados de Primera Instancia, donde trabajaba antes de su asesinato, dejándolo destrozado tras su paso. Tras varias horas de registro, y sin dejar ni un recoveco por mirar, volvieron con las manos vacías a la comisaría.

El capitán Gutiérrez aguardaba en la comisaría con la esperanza de sacar algo positivo de los registros.

Cuando sus hombres entraron en el despacho y le comunicaron el resultado negativo de la

operación, enloqueció. Tiró con rabia todo lo que se encontraba encima de su mesa.

—¡Sois todos unos inútiles! —Esa fue la respuesta a sus hombres, al mismo tiempo que golpeaba en la espalda a uno de ellos.

Gutiérrez no podía llamar al secretario de Gobernación para informarle del resultado de operativo. No quería recibir los reproches de su superior, necesitaba ganar tiempo. Además, seguía sin tener noticias del paradero del teniente Navarro. El capitán Gutiérrez hizo que trasladaran al sargento García a su oficina.

El mañana amaneció algo crispada; los resultados de todos los días de búsqueda del paradero del teniente habían fracasado. Por lo que decidió vengarse y la primera víctima sería el sargento. El capitán volcó toda su frustración sobre Felipe y, no solo eso, lo hizo responsable de su fuga.

—Sargento, si en unos días no tenemos noticias del teniente, usted será el responsable de su fuga y lo arrestaré junto a su familia.

—¡Capitán! Le juro que no sé nada del teniente. Si supiese algo ya se lo habría dicho. ¡No me puede hacer responsable de su fuga!

Los carceleros del sargento García, encargados de custodiar su vivienda, observaron como un vagabundo aparecía por los alrededores. No era extraño encontrárselos por las calles; la falta de comida hacía que algunas personas la buscaran entre la basura. No todos tenían el privilegio de tener un trabajo que les diera de comer y menos en un Madrid frío y gris, donde la represión del estado policial hacía mella en sus habitantes, y les hacía desconfiar de sus propios vecinos. A pesar de que ya había transcurrido una década desde el final de la Guerra Civil, las venganzas estaban a la orden día. Los que lucharon en el lado republicano, eran señalados como indeseables o arrestados y encarcelados.

Un vagabundo bastante mal oliente y harapiento, con una barba que le llegaba al pecho y el cabello cubriéndole casi toda la cara, por lo que apenas podía ver, pasaba desapercibido por el resto de transeúntes

La casa del sargento se encontraba vigilada por los miembros de la Brigada. Nadie podía pasar sin que los policías que la custodiaban los viesan.

El vagabundo, con el transcurso de los días se hizo familiar por la zona, no causaba problemas y si podía ayudar en algo, lo hacía. Muy rara vez, los propios policías le daban comida y el vagabundo se lo agradecía haciéndoles reverencias.

Navarro, disfrazado de mendigo permanecía frente a la vivienda de Felipe, y se refugiaba entre cartones que le protegían del aire frío de la mañana.

Al día siguiente, Madrid amaneció con el cielo cubierto por nubes, que amenazaban llovias. Hacía mucho frío y las temperaturas eran tan bajas que no era de extrañar que en cualquier momento empezara a nevar.

Sobre las cinco de la tarde, después caer las primeras gotas de aguanieve comenzó a nevar. Ángel se resguardaba con los cartones de los primeros copos. Sabía que no podría aguantar mucho tiempo en esas condiciones si no quería morir de una hipotermia.

Cuando se disponía abandonar su refugio de cartón observó como la puerta de la vivienda se abrió. Vio salir a su amigo y dirigirse al coche en el que se encontraban los agentes. Después de unos minutos hablando con ellos se dirigió hacia él.

—Venga dentro y tómese un caldo caliente. Si se queda aquí fuera, morirá de frío.

—Gracias, no quiero molestar, de todas formas, ya me iba.

—Insisto, venga dentro, se toma el caldo caliente y después se va.

A Navarro se le presentaba la oportunidad que durante estos días había estado buscando. Estaba claro que su amigo no lo había reconocido, pasaron al lado del coche. El teniente observó que había dos policías dentro del vehículo, se quedó mirándolos y los saludó con una reverencia.

Navarro entró a la vivienda de su amigo y no levantó la mirada del suelo hasta llegar a la cocina.

La hija de Felipe a verle se refugió detrás de la falda de su madre. El mendigo seguía sin pronunciar palabra. Felipe le ofreció una taza de caldo bien caliente, que Navarro no dudó en tomar.

Esperó a que la mujer de Felipe saliese de la cocina para darle las gracias por la taza de

caldo.

—Gracias, sargento, el caldo estaba muy bueno.

Felipe se encontraba de espaldas a él y al escuchar su voz se quedó, por unos segundos, paralizado.

Al girarse no daba crédito a lo que estaba viendo, no reconoció a su amigo entre la barba el pelo caído sobre la cara y esos andrajos.

—¿Teniente?

—Sí, soy yo. Me retiraré el pelo de la cara para que me veas.

Cuando Navarro se descubrió, el sargento sonrió de forma nerviosa. Se tapó la boca con las dos manos, a la vez que se ponía las manos sobre la cabeza. No convencido de lo que estaba viendo, se acercó lo suficiente para mirarle bien los ojos.

—No me lo puedo creer. ¿Te has vuelto loco? Por cierto, hueles fatal.

—Es parte del camuflaje. Perdona por no haberme puesto en contacto antes. No quería ponerte más en peligro de lo que ya estás. —Navarro se quitaba los pelos de la boca.

—El hijo de puta del capitán me está presionando mucho. No sé cuánto podré aguantar.

—Felipe, escúchame bien; no puedo quedarme más tiempo, no sea que los que están ahí fuera empiecen a sospechar. —El teniente cogió a su amigo de los hombros y se los apretó con fuerza. —Mañana estaré todo el día enfrente de tu casa. Al atardecer te acercarás y me ofrecerás un café. En ese mismo momento, te daré un somnífero para que se lo pongas en el café que ofrecerás a los te vigilan. En unos diez minutos se quedarán dormidos, y aprovecharemos para que podáis salir y marcharos a un lugar seguro.

—De acuerdo —contestó el sargento—. Hablaré con mi mujer para estar preparados.

Navarro salió de la casa acompañado por Felipe. En el portal se despidió de él dándole una palmadita en la espalda. Ángel le devolvió el saludo agachando la cabeza. Al pasar al lado del coche de los policías, los saludó con la mano, sin levantar la cabeza.

La calle estaba totalmente cubierta por la nieve. El paso se hacía pesado y lento; había dejado de nevar, pero el frío era insoportable. Fue alejándose lentamente, y cuando comprobó que estaba lo suficiente alejado del vehículo policial, aceleró el paso. Giró por la primera calle y su paso fue más rápido aún; necesitaba llegar lo antes posible al piso franco si no quería morir congelado.

Cuando llegó a la casa, sus dientes parecían unas castañuelas por el ruido que hacían. Le separaban los diecisiete escalones hasta llegar a la puerta. Los subió agarrándose a donde podía. El frío le había hecho mella hasta el extremo de que apenas se podía mover. Sacó las llaves del bolsillo, pero no atinaba a ponerlas en la cerradura a causa de los temblores de sus manos. Unos golpes en la puerta alertaron a Charlotte, que se encontraba en el interior de la casa, ajena de lo que estaba pasando. Abrió la puerta y se encontró a Navarro de rodillas tiritando de frío y con las llaves en las manos.

Lo entró como pudo y cerró la puerta. Al ver el estado en el que se encontraba, no dudó ni un segundo en quitarle la ropa dejándole completamente desnudo. Cogió un manta y se la puso por encima. El teniente, al notar el calor de la casa y el de la manta, empezó a reaccionar.

—Gracias Charlotte, llegué a pensar que no llegaría vivo. Tenía los minutos contados.

—No me extraña. Entre la nieve, el frío y los harapos que llevabas puestos, ¿qué esperabas?

Charlotte abrió el grifo del agua hasta que estuvo lo suficiente caliente. Llenó la bañera para que el hombre se metiera en ella. Navarro se levantó y con la ayuda de su compañera fue al baño. Dejó caer la manta que llevaba por encima sin reparar que Charlotte se encontraba a su lado. La mujer observó su cuerpo al completo, sin dejarse ningún detalle.

Ángel, sin perder tiempo, se metió en la bañera y permaneció con la cabeza sumergida bajo el

agua durante unos segundos.

Permaneció dentro en el agua cerca de cuarenta y cinco minutos. Cuando se encontraba con las suficientes fuerzas, salió y se puso un albornoz. Charlotte lo esperaba sentada en el sillón fumándose un cigarro.

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, se me habían congelado hasta las ideas.

—¿Te das cuenta que has estado a punto de morir congelado? —preguntó Charlotte enfadada.

—Soy consciente del riesgo que he corrido, pero ha valido la pena. He quedado con el sargento en que mañana lo ayudaremos a salir de su domicilio y poner a su familia a salvo.

—¿Cómo lo vas hacer? —preguntó Charlotte al mismo tiempo que se recogía el pelo.

—Mejor dicho, ¿cómo lo vamos hacer? Necesito que me traigas las pastillas del sueño. Drogaremos a los policías el suficiente tiempo para poder sacar a Felipe y a su familia. Tienes que facilitarle un alojamiento seguro donde los brazos del Estado no puedan llegar hasta ellos.

—Habrà que sàcalos fuera de Madrid. Tenemos una casa en los Pirineos franceses que perteneciò a la resistencia de mi paìs. Serà un lugar seguro.

Navarro se encontraba bastante recuperado; sin embargo, el frío había hecho mella en sus huesos y se encontraba algo cansado. Se hizo tarde y decidió que lo mejor que podían hacer era descansar y dormir. Al día siguiente les esperaba una jornada bastante tensa.

Se tapó con las mantas que tenía para intentar quitarse el frío de los huesos. Charlotte lo observaba desde el sillón mientras anotaba las cosas que debía preparar para que todo saliese bien y no tener que improvisar.

Desde el salón, la mujer escuchaba el rechinar de los dientes del teniente. A pesar todas las mantas con las que se había cubierto, seguía tiritando.

Charlotte se acercó a los pies de la cama y lo observó. En su interior reconocía que no solo los unía un objetivo, había algo más profundo. Se acercó y le puso la mano en la cara; pudo comprobar que la tenía helada.

Navarro se encontraba en un sueño profundo y no se enteró de que la chica retiró las mantas con las que se tapaba y le quitó el albornoz que llevaba puesto. Charlotte se desnudó y se acostó junto a él. Lo abrazó para transmitirle el calor de su cuerpo. Permaneció junto a él toda la noche.

Sobre las seis de la mañana, Navarro se despertó y vio que Charlotte dormía a su lado. Se levantó sigilosamente para no despertarla. Se hizo un café bien caliente y se lo tomó. Al regresar a la cama Charlotte había cambiado de posición. Se acostó muy despacio a su lado y pasó el brazo sobre su cuerpo acercándose a ella. Una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro de la espía.

El ruido de la calle despertó al teniente. Se dio cuenta de que aún seguía abrazado a la mujer. No se movió ni hizo ningún ruido. Lo único que quería en ese instante, era seguir junto a Charlotte. Al cabo de unos minutos, la mujer despertó y notó que Navarro la tenía abrazada, se giró y se quedaron mirando fijamente. Una sonrisa cómplice fue el saludo de buenos días que se dieron. Permanecieron sin moverse durante unos minutos.

Los dos se encontraban totalmente desnudos, cuerpo contra cuerpo. Podían sentir el latir de sus corazones.

—¿Aún tienes frío? —Quiso saber Charlotte.

—La verdad es que un poquito sí. Si permanecemos así durante unos minutos, seguro que me encontraré mejor.

Navarro la abrazó tan fuerte que apenas la dejaba respirar. El gesto humanitario de Charlotte había provocado que el sentimiento que tan bien habían estado ocultando saliese a la luz repentinamente.

¿Quién sería el primero en romper la cadena que los unía? A partir de ese momento, las cosas serían diferentes. Un trabajo de espías se iba a convertir en un romance peligroso. Tenían una misión muy importante entre manos y no se podían relajar. La vida de otras personas dependía de ellos.

Al cabo de unos minutos, Charlotte se levantó. Ángel permaneció en la cama unos minutos más. Con las manos entrelazadas y puestas por detrás de la cabeza, recordó a mujer.

Desde su ruptura no había estado con otra mujer, y esa pelirroja arrogante, estresante, fría y algo antipática que conoció por primera vez en la cafetería del hotel, le había concedido, por segunda vez, la posibilidad de enamorarse.

Aunque la nueva relación que había surgido en esos tiempos revueltos, no les podía cambiar la forma de actuar. Como bien dijo Charlotte: «No podemos luchar en contra de nuestros sentimientos; no los podemos ocultar, pero sí podemos hacer que lo que sentimos no sea un impedimento para conseguir nuestro objetivo».

A partir de ese momento, cualquier detalle sería muy importante; cualquier riesgo innecesario tendría que ser meditado entre los dos.

Dos horas más tarde, la operación de sacar al sargento y a su familia de casa estaba en marcha. Tanto Navarro como Charlotte sabían perfectamente el papel que jugaban, si uno fallaba arrastraría al otro con él.

El teniente se puso los harapos. Para no llamar la atención de la gente con la que se encontrara hasta llegar al barrio del sargento, se puso una gabardina que más tarde dejaría en algún lugar. Anduvo durante cuarenta minutos hasta llegar a su objetivo.

La casa del sargento se encontraba vigilada por la Brigada de Investigación. Los restos de la nieve que quedaban por la calle conseguían que fuese una mañana bastante gélida.

El teniente se refugió en un patio desde donde podía observar todos los movimientos. Las horas se hicieron eternas, pero por fin llegó el momento de actuar.

Navarro se colocó enfrente de la vivienda de Felipe para que lo viera. Minutos después la puerta se abrió. Felipe salió con una taza de café; primero pidió permiso a los agentes que los custodiaban para poder ofrecérsela al mendigo.

—Navarro, te traigo un café bien caliente.

—Gracias, sargento. Todo sigue tal y como teníamos planeado. Este frasco contiene un somnífero muy potente. Echa cinco gotas en cada café, será suficiente para duerman varias horas. Asegúrate que se lo beban para no sufrir un imprevisto.

—Nosotros estaremos preparados para cuándo tú nos avises. —le dijo Felipe.

—Golpearé tres veces la puerta para que salgáis.

El sargento volvió a su casa. Lo primero que hizo según llegó fue preparar el café para sus guardianes. Navarro observaba que todo saliese bien. De momento solo podía esperar a que Charlotte llegase con el coche.

## 20

La patrulla seguía con la vigilancia del sargento y su familia. Los policías que se encontraban en el interior del coche, desde donde llevaban a cabo su misión, estaban pasando un frío de mil demonios. Tenían la sensación de encontrarse dentro de un iglú de hielo.

—Buenas tardes, os traigo un café bien caliente y un poco de brandi.

—Gracias, sargento. La verdad es que se agradece, hace un frío del carajo.

Felipe permaneció con sus compañeros de la comisaría durante el tiempo que tardaron en tomarse el café. Se aseguró que no se dejaran ni una gota.

Tras pasar los diez minutos estimados, el teniente se acercó al coche lo suficiente para asegurarse de que el somnífero había hecho efecto. Comprobó que los dos agentes se encontraban totalmente dormidos.

En ese momento, escuchó el ruido del motor de un coche acercándose. Se percató de que era un vehículo que utilizaba la Brigada de Investigación. De su boca empezaron a salir toda clase de improperios. Dedujo que habían fallado; pues el relevo se realizaba a las diez de la noche y aún faltaban cuatro horas.

Se escondió entre los coches estacionados a su lado, preparándose para atacar al conductor. Cuando se abrió la puerta del coche y se disponía abalanzarse sobre él, se dio cuenta de que era Charlotte.

—¡La madre que te parió! ¿No tenías otro coche que coger? Ha faltado un pelo para que te diera un puñetazo —exclamó el hombre aún alterado.

—Yo también te quiero —contestó ella con una sonrisa.

Navarro dio tres golpes en la puerta. Era la señal que estaba esperando Felipe. Le abrió, y en un abrir y cerrar de ojos, ya estaban todos metidos en el coche con la espía conduciendo. Ella había planificado la ruta de escape.

—Sargento, te presento a Charlotte, la mujer que me está ayudando —les presentó Navarro.

—¿Dónde vamos? —Quiso saber Camila, la mujer del sargento.

—Nos dirigimos al piso franco que tenemos en Madrid, allí nos espera François. Él os llevará a una casa en un pueblo de los Pirineos franceses; allí estaréis totalmente seguros.

—Cuando se quieran dar cuenta estaréis muy lejos de aquí —explicó Navarro.

—Madrid se convertirá en un hervidero de policías. ¿Por qué no venís con nosotros? —sugirió Felipe.

—No podemos. Tenemos un caso que resolver —se justificó Charlotte.

Llegaron al piso franco donde François los esperaba. Charlotte y Navarro salieron del vehículo para que este ocupara el asiento del conductor y los llevara lejos de Madrid.

—François, aquí tienes marcada la ruta que debes seguir y dónde debes repostar. No podréis descansar hasta llegar al Valle de Aspe.

—No te preocupes, Charlotte. Cuando llegemos te lo haré saber.

## 21

Los agentes que se suponía vigilaban la vivienda de Felipe, se encontraban sumidos en un sueño profundo. Cuando llegó la patrulla para realizar el relevo se dieron cuenta de que algo no iba bien. Bajaron de vehículo y, al acercarse, pudieron comprobar que sus compañeros estaban inconscientes. A pesar de intentar reanimarlos, no lo consiguieron.

Un agente permaneció junto a sus compañeros mientras que el otro intentó entrar en la vivienda; sin embargo, la puerta estaba cerrada con llave. No lo pensó dos veces y de una patada rompió la cerradura y pudo pasar. Buscó por toda la casa sin encontrar rastro del sargento ni de su familia. Dio la voz de alarma, y en menos de quince minutos se presentaron varias unidades de apoyo junto con una ambulancia.

Un sanitario comprobó el estado de los agentes. Explicó que estaban drogados y que necesitaban trasladarlos al hospital.

El capitán Gutiérrez estaba enfurecido, había sido engañado por un subordinado. Esto complicaba mucho más la investigación.

Tenía la seguridad de que el sargento había contado con ayuda, y no dudaba de que Navarro tendría mucho que decir de ello.

Dio la orden de poner controles en todas las carreteras secundarias y en las vías principales para que no saliesen de Madrid. Tenía la esperanza de poder detenerlos en algún control al intentar abandonar la capital. Lo que no sabía era que ya se encontraban muy lejos, cerca de los Pirineos franceses.

Al día siguiente, el capitán Gutiérrez no tuvo más remedio que presentarse en el despacho del secretario de Gobernación para explicar lo que había sucedido. Sabía que el reproche lo tenía asegurado. Prefería que la bronca se la echase en privado; de lo contrario, se presentaría en la comisaría y lo dejaría en evidencia delante de sus hombres.

—¿Qué sucede, capitán? Le he dicho varias veces que no puede aparecer por mi despacho sin avisarme primero.

—Lo sé, señor. Sin embargo, lo que le tengo que decirle, pensé que sería mejor hacerlo en persona y no por teléfono. —La timidez del capitán era tal que se encontraba como corderito antes de ser sacrificado—. El sargento y su familia consiguieron huir ayer por la noche.

José Antonio se levantó de su sillón enfurecido pegando un puñetazo en la mesa. Parecía que sus ojos se le iban a salir de las órbitas.

—¡Es usted un completo inútil! La última noticia que tuve era que se encontraba custodiado por una patrulla.

—Así era, señor. Ayer, a la hora de hacer el relevo encontraron a los agentes que lo custodiaban inconscientes. Los drogaron con un potente somnífero; estoy seguro de que contó con la ayuda de Navarro.

—Ya no es solo que no pueda detener al teniente, sino que, además, lo humilla llevándose al sargento junto a su familia delante de sus hombres. Lo que está claro es que es más inteligente que usted.

José Antonio se dio la vuelta y se quedó mirando al exterior. Podía apreciar los jardines que

rodeaban el edificio de Gobernación. Se encendió un puro y permaneció en silencio por varios segundos. El cigarro se consumía lentamente entre sus dedos. Con la mano derecha golpeaba la mesa como si estuviese escribiendo un mensaje en morse. Algún pensamiento malicioso corría por su cabeza. El capitán observaba y escuchaba el sonido que producía el golpeteo de los dedos sobre la mesa; permanecía inquieto y en silencio.

—Es hora actuar duro —comentó José Antonio mientras expulsaba el humo de los pulmones. ¿Se encuentra en Madrid el comando que asesinó al magistrado?

—Sí, aún están en el piso franco. Tenían que haber partido hacia Zaragoza, pero retrasé su salida por si nos eran necesarios, y a Jesús, que se encontraba en otro piso, hice que lo trasladaran allí para que estuviesen los tres juntos.

Salieron del despacho y se dirigieron al número cinco de la plaza de Tirso de Molina, donde se encontraba el comando a espera de nuevas órdenes. El capitán Gutiérrez observó que un coche lo seguía a muy poca distancia. Esa situación lo ponía nervioso.

José Antonio realizó varias señales al coche que los seguía. Entonces el capitán se dio cuenta de que contaban con escolta.

Minutos más tarde, llegaron a su destino. Detuvieron los vehículos y los escoltas bajaron para ponerse en posición de vigilancia. A continuación, José Antonio y el capitán bajaron del coche.

Emilio no esperó a que llamaran, abrió la puerta y volvió al salón junto a sus compañeros. El trío permaneció callado, esperando su nuevo destino.

José Antonio, posiblemente la persona más corrupta del Gobierno franquista, explicó con todo detalle la operación que tenía preparada para la detención de Navarro y la recuperación de los documentos.

—Atended bien: el día diecisiete de marzo se celebra una cena en Gobernación, a la cual asistirán todos los miembros del Gobierno. A esta cena está invitado el exgeneral Guzmán y su hija Eva. Desde la residencia del exgeneral hasta Gobernación hay tres kilómetros. Durante el trayecto detendremos al vehículo y los desviaremos por una calle secundaria. En ese momento, cuando el coche se desvíe, entrará en una calle sin salida. Ahí deberéis secuestrar al general y a su hija y llevarlos a la masía. En ella encontraréis comida y bebida para pasar unos días.

El trío se miró desconcertado. Habían asesinado sin pestañear, habían torturado; no obstante, lo que le estaba pidiendo el secretario se salía de lo habitual para ellos; se trataba de un general y su hija.

Antes de que ninguno de ellos pronunciara una palabra, José Antonio dijo algo les quitaría las dudas.

—Es notorio que una vez realizado el secuestro del general y su hija tendréis que salir de España. Como pago por vuestros servicios, tendréis un millón de pesetas para cada uno.

La mención del millón de pesetas hizo que cambiaran sus rostros, que pasaron de un semblante serio a dibujar una sonrisa maliciosa.

José Antonio siguió con su relato, repitiendo, una y otra vez, que no se podía cometer ningún error.

—Señor, tendremos que eliminar al escolta y al chófer del general —comentó Emilio.

—No hay que dejar cabos sueltos— afirmó José Antonio.

Era una misión muy arriesgada; si algo saliese mal, el secretario se encargaría personalmente de fusilarlos. El capitán Gutiérrez permaneció callado todo el tiempo. Tenía algunas dudas sobre la misión, pero no se atrevía a decírselo.

Regresaron a los vehículos con dirección a Gobernación. José Antonio observó que algo preocupaba al capitán.

—¿Te encuentra bien? —cuestionó.

Gutiérrez corrió el cristal de la ventanilla del coche, que les separaba del conductor para que no pudiese escuchar la conversación.

—Señor, ¿con el secuestro del general pretende provocar a Navarro y recuperar los documentos?

—Sí. Es la única manera de conseguir que Navarro dé la cara.

—¿Y se fía de estos inútiles?

—No nos queda otro remedio. Habrá unos mercenarios observándolos. Lo peor que puede ocurrir es que resulten todos muertos. No obstante, de una manera u otra, provocaremos a Navarro.

Habían pasado dos días y Navarro seguía sin tener noticia del sargento y su familia, por lo que se encontraba algo inquieto. Temía que algo les pudiese haber ocurrido durante el trayecto. Lo contrario le pasaba a Charlotte, que se encontraba tranquila y tenía la seguridad de que todo transcurría según lo previsto. En ese momento, golpearon tres veces en la puerta, Ángel se quedó mirándola con cara de sorpresa. Charlotte se acercó a la puerta con toda serenidad, eran tres golpes dos seguidos y uno discontinuo. Abrió la puerta unos centímetros. Al descubrir a Manuela, la dejó pasar.

—¿Qué haces aquí y cómo me has encontrado? —preguntó con cara de sorpresa y una pequeña sonrisa.

—Vengo a darte noticias de François. Me llamó ayer por teléfono y me pidió que te dijera que llegaron sin problemas a su destino.

—¿Desde cuándo conoces a François? —cuestionó Charlotte.

—Hace un año aproximadamente. Coincidimos en una cena que organizó un amigo común. Desde entonces hemos salido varias veces. Al comentarle que tenía una amiga francesa, no paró de hablarme de ti, y de lo buena que eres en tu trabajo. Por cierto, he estado observando el piso que te preocupaba y tenías razón. Hace dos días llegó un coche del Gobierno con escolta del que bajaron dos hombres. Estuvieron allí sobre una hora y luego se fueron.

—¿Cómo sabes que era un coche del Gobierno? —preguntó Navarro

—Estaba escrito en un cartelito que llevaba en el cristal delantero —contestó Manuela, al mismo tiempo que lo observaba de arriba abajo—. Charlotte, me tengo que marchar, me está esperando el taxi. Espero verte pronto por la agencia.

—Gracias, Manuela. Dentro de unos días iré a verte y seguiremos recordando viejos tiempos.

Mientras Manuela bajaba por las escaleras. Navarro se acercó a la ventana del salón. Desde allí, vio cómo la mujer se subía al taxi y se alejaba calle abajo.

Ángel se acercó por detrás a Charlotte y la abrazó por la cintura. Se acercó a su oído y le susurró algo que le provocó una sonrisa. Ella se giró y le dio un beso en los labios. Con el dedo índice de la mano derecha le tocó los labios para que se callara.

Charlotte se arreglaba para salir mientras Navarro la observaba sin perder detalle.

—Cómo sois las mujeres, cuando os demuestran el amor que sentimos por vosotras, al día siguiente nos abandonáis. —Fue la segunda sonrisa que provocó en Charlotte.

—Veo que te has levantado muy melancólico.

—La verdad es que sí, y eso es muy raro en mí.

—Voy a acercarme a la agencia a recoger el código para poder descifrar los documentos. En treinta minutos estaré de vuelta.

—No te preocupes por mí. Me portaré bien —contestó él con una sonrisa.

Navarro se sentó en el sillón. Gracias al silencio y la tranquilidad se quedó medio traspuesto. En la radio sonaba la voz de Jorge Sepúlveda entonando la canción *Mirando al mar*, un éxito musical que sonaba varias veces al cabo del día. Entre la calma de la mañana y la melodía no pudo evitar entrar en un trance de recuerdos.

El recuerdo que uno siempre quiere olvidar y que no puede, le hicieron recordar unas imágenes que consiguieron que se estremeciera. Después de testificar en contra del capitán de la casa cuartel de Intxaurreondo por el asesinato de dos jóvenes, el mando mayor de la Guardia Civil consideró que lo mejor para Navarro sería que fuese trasladado a otro cuartel. No tardaron en comunicarle su nuevo destino, dentro de dos días se tenía que presentar en la casa cuartel de Burgos.

Ángel sabía que no podía permanecer mucho tiempo en Intxaurreondo. Su declaración hizo que el capitán ingresase en la prisión, por lo que algunos de sus compañeros no se fiaban de él.

Los primeros días no fueron fáciles en su nuevo destino; observaba la desconfianza que provocaba en sus nuevos compañeros. El haber declarado en contra de un superior le hizo ser una persona señalada.

Se organizó una brigada, cuya misión consistía en capturar a mandos de la república y a personas afines al gobierno republicano.

Veinticinco hombres formaban esa brigada, entre ellos se encontraba Navarro. Tenían que ser hombres sin escrúpulos y con el dedo fácil a la hora de apretar el gatillo; todo lo contrario de lo que él representaba.

Al mando de ese equipo se encontraba el capitán Ortega, un hombre acostumbrado a matar sin preguntar, descendiente de la rama dura de la falange.

El capitán Ortega se reunió con sus hombres y les explicó, con todo detalle, la misión que les habían encomendado

—Estáis aquí para hacer justicia y defender a España, haréis las maletas porque realizaremos un largo viaje. Recorreremos toda España en busca de los traidores de la patria.

Ángel se encontraba en un callejón sin salida; no podía renunciar a esa misión si no quería ser el primero en ser asesinado por los nuevos compañeros. Hay cosas que no se deben hacer en tiempos revueltos sin poder evitar las consecuencias.

En su pensamiento no entraba el asesinar a personas que solo habían luchado por unos ideales. La guerra había terminado y no encontraba sentido alguno la matanza que se le venía encima. Navarro tuvo claro el error que cometió en su antiguo cuartel; sin embargo, estaba dispuesto a cumplir su castigo sin matar a personas inocentes.

Durante varios meses recorrieron parte de España. En su camino tenían que pasar por algunos pueblos, en ellos mantenían presos en las cárceles a hombres que habían luchado en el bando republicano. El hecho de estar en prisión suponía un gasto debido a la comida que tenían que proporcionarles, por eso decidieron que la mejor solución sería asesinarlos sin un juicio previo. Utilizaban las paredes de los cementerios como paredones. Navarro era parte del pelotón de fusilamiento, aunque sus disparos siempre erraron el objetivo, que no era otro que el cuerpo de los presos.

Un año más tarde, Ángel fue trasladado a Madrid, a la Brigada de Investigación donde el coronel Cifuentes estaba a su cargo. Cifuentes no tardó en fijarse en Navarro. Poco a poco, se fue forjando una amistad entre ambos. Navarro era una persona que se hacía de respetar, con mucha personalidad y un pronto muy fuerte; si bien se ganó la confianza de sus superiores, lo que sirvió para que le ascendieran a teniente y jefe de la Brigada de Investigación en la comisaría Buenavista. El coronel Cifuentes lo acogió como a un hijo, y él fue quien le presentó a Eva. Esa mujer se convertiría en su mujer años más tarde.

El sonido de unos disparos lo sacó de su sueño. Reaccionó rápido; primero, se puso a cubierto; y segundo, comprobó de donde salieron esos disparos.

Las cortinas de las ventanas impedían ver lo que sucedía en el exterior. Las recorrió unos

centímetros y pudo comprobar el enjambre de policías que se había esparcido por la calle. Un cuerpo inerte se encontraba en el suelo sobre un gran charco de sangre.

La policía entraba y salía de los inmuebles próximos en busca de alguna persona. El teniente pensó que era él a quien buscaban y no tardarían en encontrarlo si se quedaba en la vivienda.

Abandonó el piso como un rayo; no obstante, no podía salir a la calle si no quería ser detenido. La única opción que le quedaba era huir por la azotea. Subió los escalones de en dos en dos. La puerta de la terraza se encontraba atascada, pero no fue un inconveniente; de un empujón consiguió abrirla.

Comprobó que los edificios colindantes eran más altos y no podía saltar para poder escapar. Empezó a dar vueltas por la terraza sin tener claro qué podía hacer.

Tras observar a su alrededor, descubrió un hueco donde podría esconderse, aunque era demasiado arriesgado; tenía que deslizarse por una tubería que apenas se mantenía en pie. El ruido de los policías subiendo las escaleras y el golpear en las puertas le hizo tomar una decisión.

Se quitó el cinturón y lo pasó a través de un gancho de la tubería para tener algo de sujeción. Sin pensarlo dos veces se deslizó por el conducto y se metió en un pequeño recoveco, que lo ocultó de la vista de la policía.

Segundos más tarde, los agentes hicieron presencia en la terraza en busca del prófugo. Navarro permaneció en silencio, controlando la respiración para no ser descubierto. Los policías permanecieron en la terraza durante unos minutos, y tras comprobar que la persona que estaban buscando no se encontraba allí, bajaron por las escaleras maldiciendo su mala suerte.

Navarro respiró profundamente. Permaneció unos minutos pensando cómo subir a la terraza, entonces se dio cuenta de que no lo podía hacer sin ayuda. Los nervios le jugaron una mala pasada y a punto estuvo de caerse al vacío.

Charlotte regresaba en un taxi ajena a todo lo que estaba sucediendo. Fue el conductor quien la advirtió de que ya no podían seguir en el vehículo.

—Señorita, la tengo que dejar aquí. Ya no puedo seguir; la policía tiene cortada la calle.

Charlotte pensó en lo peor; pagó al taxista si esperar la vuelta y salió del coche con tranquilidad. No quería llamar la atención de la policía que se encontraba unos metros más allá de ellos.

Se abrochó el abrigo, se colocó la pameladeada a la derecha, y con una sonrisa picarona se dirigió al policía que guardaba la zona.

—Buenos días, agente. ¿Qué ha pasado? —preguntó Charlotte pestañeando con coquetería.

—Ha habido un robo en un banco. Los atracadores se han escondido en esta zona y los estamos buscando.

—¿Podría pasar? Vivo en la próxima calle —preguntó Charlotte con una pequeña sonrisa.

—Señorita, en estos momentos la zona es muy peligrosa.

—Pero si me acompaña, seguro que no me pasará nada. —El coqueteo de Charlotte hizo que el agente accediese a acompañarla.

Mientras se acercaban a la esquina, la joven no paraba de darle las gracias. El agente no cabía dentro de su uniforme. La espía lo había camelado en un segundo.

Charlotte se despidió dándole un beso en la mejilla, gesto que consiguió que el policía quedara fascinado. Continuó unos metros, y se dio la vuelta para asegurarse de que el policía no la seguía. Poco a poco, fue acelerando el paso hasta llegar al edificio y empezó a subir los escalones de dos en dos.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando llegó al piso y vio la puerta abierta.

—¡No puede ser! ¿Habrán confundido a Navarro con un atracador?

Charlotte salió de la vivienda y miró hacia la azotea. Se recogió el vestido hasta la rodilla y subió los escalones con rapidez. Al ver la puerta del balcón abierta se tranquilizó. Pensó que en algún sitio estaría escondido Ángel.

Empezó a recorrer la azotea mirando todos los recovecos; al no encontrarlo, lanzó una maldición. Navarro reconoció la voz de Charlotte y comenzó a llamarla hasta que ella se asomó a donde se ocultaba y pudo verla.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Charlotte con la voz entrecortada.

—Tengo las piernas entumecidas. Estaré mejor si me sacas de aquí.

No tardó en encontrar una cuerda. La ató por un extremo a un saliente de la terraza y la dejó caer. Navarro la cogió y subió por ella como si fuese un felino.

No hicieron falta palabras, sus miradas lo decían todo. Se abrazaron y se besaron. Sus manos se entrelazaron por sí solas, y sin soltarse, bajaron las escaleras.

En el piso, consiguieron arreglar la cerradura y tras comprobar su perfecto funcionamiento, cerraron con llave. Lo primero que hicieron fue revisar que no se habían llevado nada y que los documentos secretos continuaban en su sitio.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Cómo han podido dar con nosotros? —comentó Navarro contrariado.

—Charlotte lo rodeó con sus brazos.

—No venían en tu busca. Han atracado un banco y los ladrones se habían refugiado en esta zona. A uno lo mataron en plena calle a pocos metros de aquí, y sus compinches se habían escondido en estos edificios.

Charlotte intentaba bajarse la cremallera del vestido, aunque esta se había atascado, así que, viendo que no podía, se lo pidió a Navarro.

—¿Me puedes ayudar a bajarla?

El hombre no se lo pensó dos veces, y acudió a su lado. La bajó muy despacio y dejó que el vestido cayese al suelo. Charlotte se quedó solo con la ropa interior, Navarro observaba su cuerpo. La cogió en brazos y la llevó a la habitación. La dejó en la cama con mucho cuidado. Acarició todo su cuerpo y le desabrochó el sujetador mientras Charlotte hacía lo mismo con los botones de su camisa. En pocos segundos, sus cuerpos desnudos se entrelazaron. La pasión y el deseo carnal hablaban por sí solos. Las uñas de la mujer se clavaban en la espalda de él mientras la penetraba con fuerza. Charlotte gemía de placer. Ángel, con sus movimientos continuos, conseguía que se estremeciera.

Minutos más tarde, sus cuerpos desnudos permanecían sobre la cama exhaustos.

Charlotte fue la primera en levantarse de la cama y darse una ducha, segundos después, el teniente la siguió.

Mientras la espía se vestía, Navarro se secaba con la toalla. Sus ojos mostraban un brillo distinto; se había enamorado hasta las trancas. Se acercó a la mujer y la abrazó por detrás. Entonces le susurró al oído:

—Me has cambiado la vida por completo. No me imagino sin ti. Has conseguido que de nuevo el amor fluya en mi interior.

Charlotte se quedó por unos segundos sin saber qué decir. Se dio la vuelta y le miró a los ojos. Le pasó la mano por la cara y con el dedo acarició sus labios. Las palabras de Navarro la habían conmovido.

—Yo siento lo mismo por ti. Has conseguido que mi corazón vuelva a latir.

Se abrazaron por unos segundos. Sus miradas se buscaron y sus ojos hablaron por sí solos.

Navarro puso los documentos sobre la mesa, esperando que Charlotte los pudiese descifrar.

La pelirroja sacó un pequeño librito con números y anotaciones. Después de observar por unos minutos los documentos encriptados y colocados por orden, empezó con el descifrado.

—Ángel, subraya la palabra o número que te vaya diciendo.

La espía comenzó a pedir que marcara lo que iba indicando: «primer folio, segunda línea, quinta palabra; séptima línea, primera letra; segundo folio, tercera línea, decimotercera palabra...». Así continuaron durante cuarenta minutos hasta completar la lectura de todas las páginas.

Después, el teniente le iba diciendo por orden las palabras y números que había subrayado y Charlotte los escribía.

—¡Ya lo tenemos! —comentó Charlotte dando una palmada en la mesa.

—¿Qué pone? —preguntó ansioso Navarro.

—La fortuna de Franco y de los generales españoles que fueron sobornados por el Gobierno inglés, está en un banco suizo. Los documentos originales se encuentran en el doble fondo de un cajón en el despacho del magistrado Santiago López.

—¿Sabes lo que significa esto? —preguntó Navarro al mismo tiempo que se pasaba la mano por el cuello.

—Hemos firmado nuestra sentencia de muerte—contestó Charlotte—. Hagamos lo que hagamos estamos jodidos.

—Lo que me extraña es que no esté todo el Ejército buscándonos. La única solución que veo es recuperar los documentos originales y huir con ellos —decidió Navarro al mismo tiempo que lanzaba una serie de palabrotas.

—Quizás, no —contestó Charlotte. Lo mejor que podemos hacer es que se enfrenten entre ellos. Una vez que tengamos los documentos, haremos copias y se las enviaremos a los generales que no estén implicados.

—Eso puede provocar que el Gobierno se rompa —exclamó Navarro.

—Mientras que se maten entre ellos, ¿qué importa? Nosotros estaríamos en Francia cuando saltase el escándalo —explicó la mujer mientras pasaba las manos por el pecho del hombre.

Las caricias de Charlotte hicieron que Navarro desconectase. La mujer le desabrochó los botones de la camisa y ya no le dio tiempo de seguir; el fuego seguía encendido en sus cuerpos. El hombre la cogió y la puso sobre la mesa. Los ojos de ella se cerraron y dejó que el tomara la iniciativa. Ángel, con sus manos grandes, manejaba el cuerpo de la pelirroja como si fuese una muñeca de tela.

Charlotte buscó la manera de entrar en los juzgados y poder registrar el despacho del juez. Para ello utilizó una identificación falsa. Después de solicitar varias veces permiso para realizar una visita a los juzgados; al final, consiguió que el jefe de seguridad accediese a su petición.

Dos días más tarde, tenía concertada una visita en los tribunales con Saturnino, el jefe de seguridad. La espía se presentó como Verónica, periodista del ABC, un periódico afin a la dictadura.

No tardó mucho en camelarse a Saturnino, un hombre calvo, un poco barrigón, de unos sesenta años.

La francesa era una experta en la seducción; una mujer entre mujeres, a la que no le hizo falta sacar todas sus armas para meterse a Saturnino en el bolsillo. Con su acento francés y la sonrisa de oreja a oreja, consiguió que Satur, como él quería que lo llamasen, babease como un perro lazarillo.

Con la excusa de conocer cómo funcionaban los juzgados para escribir un reportaje para el periódico, pidió visitar el tribunal y averiguar su funcionamiento.

—Satur, ¿dónde se encuentran los despachos de los magistrados?

—Verónica, esas dependencias están en el pasillo central; aunque, en este momento se encuentran ocupados y no podemos pasar.

—¡Qué pena! Sería para mí muy importante ver alguno. Saber dónde se toman esas decisiones tan cruciales. —Verónica se le acercó y lo besó en la mejilla y le susurró al oído:

—No te arrepentirás, soy muy agradecida. —Satur reaccionó rápido.

—Espere un momento. Cogeré la llave de un despacho que se encuentra cerrado.

Charlotte aprovechó para sacar una libreta y dibujar un pequeño plano de dónde se situaban los despachos de los jueces, los enumeró para no cometer ningún error. Su interés estaba claro, quería saber cuál había utilizado el magistrado asesinado.

Satur regresó con unas llaves y perfumado, tanto que a dos leguas se le podía oler y se había peinado los cuatros pelos que le quedaban. Charlotte, al verlo caminar con el pecho hacia fuera, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reírse.

—Verónica, le enseñare un despacho que lleva bastante tiempo cerrado.

—Gracias, Satur. No sé cómo pagarle este favor. —Una vez más, el coqueteo y su movimiento de cadera causaron estragos en el hombre.

Satur abrió la puerta del despacho y cogiéndola por la cintura la invitó a pasar a su interior y cerró la puerta.

—Está un poco desordenado por un problema y, de momento, no lo podemos ordenar.

Charlotte se dio cuenta de que se encontraba en el despacho del juez Santiago López, y también se percató de que Satur quería algo a cambio. La espía, experta en dominar estas situaciones. Se le acercó antes de que lo hiciese él. Se encontraba tan cerca de Satur que podía notar el latido acelerado de su corazón.

—Satur, ¿es usted casado?

—No —contestó el hombre con las cejas arqueadas.

—No quisiera causarle ningún problema. —Charlotte le acarició la cara con la mano derecha.  
—¿Le apetece que cenemos mañana? Después podría enseñarme Madrid.  
—Podemos cenar en mi casa; dicen que tengo buenas manos para la cocina.  
—Me parece una idea fenomenal, así estaremos más tranquilos.  
Satur cogió un papel y le apuntó su dirección: «C/Batalla de Belchite nº.5, puerta 3».  
—La espero mañana a las nueve —comentó Satur al mismo tiempo que la cogía de la mano.  
—Espero que me sorprenda con una buena cena; yo llevaré el postre.  
Satur acompañó a la salida a Charlotte y se despidieron. La pelirroja le dio un beso agradeciendo su atención.

El secretario de Gobernación se encontraba por los alrededores de la comisaría y aprovechó para hacerle una visita al capitán Gutiérrez. Sabía que no podía permitirse cometer más errores. El contenido de los documentos podía hacer que todo el Gobierno saltara por los aires. La presión que ejercía Nicolás Franco sobre él conseguía que cada vez le costase más respirar.

Como en todas las familias, siempre hay una cabra descarriada, y la familia Franco no iba a ser una excepción.

De los hermanos Franco, el menor, Ramón Franco Bahamonde, con tendencias republicanas, llegó a formar parte del Gobierno republicano de

No tardó mucho tiempo para que avisaran a José Antonio, secretario de Gobernación, de que habían puesto precio a su cabeza. Si no resolvía el problema de los documentos que se encontraban en manos de Navarro, sus días estaban contados.

Entró en la comisaría acompañado por dos de sus guardaespaldas, tirando todo lo que se encontraba en su camino. Al verlo, el capitán Gutiérrez se levantó de un salto de su sillón.

—Capitán, dentro de dos días tendrá lugar la cena del Gobierno. Nicolás Franco ha dado la orden de que este acto se realice en la Dirección General de Seguridad. Tienes que acordonar todas las entradas para que no haya ningún problema. Recuerda lo que te dije del general y de su hija. Este es el trayecto por donde circulará el vehículo del general. En esta intersección es donde se tiene que intervenir y secuestrarlos. Si cometes algún error ya sabes las consecuencias que tendrás. Nicolás no se anda con tonterías.

—No se preocupe; lo tendré todo controlado —contestó Gutiérrez con cara perro acorralado.

Gutiérrez mandó un coche para recoger a Emilio, el jefe de los asesinos del juez. En menos de una hora se encontraba en las dependencias de la comisaría.

Gutiérrez lo estaba esperando sentado en su sillón. Emilio entró en el despacho. Gutiérrez lo miraba como si quisiera matarlo. Se levantó y se puso frente a él

—Estoy harto de que me dejéis en evidencia. Tenéis solo una oportunidad, si cometéis otro error, yo personalmente os pegaré un tiro entre ceja y ceja.

Emilio permanecía sin apenas moverse, esperando salir lo antes posible de la comisaría.

—Emilio, en dos días se celebra la cena del Gobierno y tenemos que tener todo dispuesto, de lo contrario, después de mataros, tiraré vuestros cuerpos en alguna cuneta. ¿Lo tienes claro?

—Sí —contestó Emilio, consciente de a lo que se arriesgaban.

—En las horas que tenéis por delante, id a la zona donde tenéis que interceptar el vehículo del general; tomad nota de cómo podéis llevar a cabo esa misión.

—Capitán, ¿cuánto tiempo tenemos que permanecer en la masía? Y, sobre todo, ¿cuándo recibiremos el dinero?

—Emilio, centraos primero en lo que tenéis que hacer. Permaneceréis allí dos días como mucho. El dinero ya está disponible para que lo recibáis en el momento que se confirme el secuestro del general.

Horas más tarde, el trío se encontraba en la zona señalada, mirando y comprobando la

intersección donde debían detener el vehículo del general. Tomaron notas de las calles colindantes e, incluso, dibujaron un pequeño plano indicando la vía de escape.

Emilio comentó a sus secuaces que sería importante regresar al atardecer con un coche y comprobar el tiempo real que tardarían en huir una vez secuestrado al general.

Horas más tarde, Emilio detuvo el vehículo en el mismo sitio donde deberían detener el del general. Disimulando una avería bajaron del automóvil y levantaron el capó. Controlaron el tiempo que les podía llevar realizar el secuestro. Al cabo de unos minutos, cerraron el capó y huyeron a toda velocidad del lugar. Hora y media más tarde se encontraban en la masía. Cuando la policía tuviese constancia del secuestro ya estarían refugiados y seguros allí.

## 26

A principios de marzo se celebró una misa conmemorativa por los caídos durante la Guerra Civil y, posteriormente, el Gobierno ofreció una comida a los generales y oficiales que participaron en la contienda.

El general Guzmán y su hija Eva, se disponían asistir como todos los años al acto oficial organizado por el Gobierno. El general, vestido de gala con todas sus medallas colgadas de su pecho, y su hija luciendo un vestido negro de lentejuelas.

El chófer tenía dispuesto el coche, un mercedes de color negro perfectamente revisado.

El general y su hija entraron en el vehículo. El conductor se puso en marcha con dirección al Ministerio de Seguridad.

Todo parecía ir como estaba previsto. Minutos más tarde, el chófer observó cómo un policía le hacía unas señas con el brazo para que se desviarán. El hombre, por orden de general, detuvo el coche y bajó la ventanilla de la puerta trasera.

—¿Qué sucede agente? —preguntó el general con voz de mando.

—Perdone, mi general. Ha habido un accidente y la avenida está cortada. Sigán por esta calle hasta llegar a la intersección, después giren a la izquierda y saldrán de nuevo a la avenida.

El chófer hizo lo que el policía le indicaba, a pesar de que el general se encontraba algo molesto por lo sucedido. De repente, una furgoneta de color negro les cerró el paso. El policía que les había detenido antes, abrió la puerta del chófer y, sin mediar palabra, le disparó en la cabeza, matándolo en el acto. El general pedía explicaciones, mientras Eva, que sufrió un ataque de nervios, no paraba de gritar. Sacaron al general y lo metieron en la furgoneta a empujones. A Eva le dieron un puñetazo para noquearla, fue la única manera de que se callara.

La furgoneta salió como un rayo del centro de Madrid, no querían encontrarse con sorpresas.

Al general y a su hija les taparon la boca y les pusieron una bolsa de tela en la cabeza.

Dos horas más tarde, llegaron a la masía. Los bajaron y los metieron en una pequeña bodega que se encontraba en el subsuelo. El trío se felicitó. Todo había salido a la perfección y lo único que les quedaba por hacer era esperar unas horas hasta que llegaran con el dinero.

La policía acordonó toda la zona, al conocer el suceso. El capitán Gutiérrez, acompañado por medio centenar de hombres empezó la búsqueda del general. Gutiérrez se aseguró de que el chófer estuviese muerto. Observó que en la zona apenas había indicios de lo ocurrido. En su interior se encontraba feliz, los inútiles, como él los llamaba, habían hecho bien su trabajo.

La investigación se estaba llevando en secreto por medio de la Brigada de Investigación y toda interferencia sería calificada como revelación de secretos de estado.

Al día siguiente, el secretario José Antonio y el capitán Gutiérrez acudieron a la masía. Emilio los esperaba como el que espera a Dios. Informó de las novedades a José Antonio.

—Señor, el general y su hija están encerrados en el sótano, intentamos separarlos, pero su hija no paraba de gritar y decidí que sería mejor que permanecieran juntos para evitar escándalos.

—Me parece bien —contestó el secretario al mismo tiempo que se rascaba la cabeza.

—Señor, ¿cuándo recibiremos el dinero? Si tenemos que salir del país, cuanto antes mejor —comentó algo nervioso Emilio.

—No te preocupes por el dinero, lo recibiréis esta tarde sobre las ocho. Vendrá un coche con un chófer que os llevará a la frontera con Francia.

José Antonio y Gutiérrez bajaron al sótano para visitar al general y a su hija. Se aseguraron de que tuviesen los ojos tapados para que no pudiesen reconocerlos.

Eva, con el vestido roto por varios sitios, dejaba su pierna larga desnuda hasta la ingle y medio pecho visible. El general se encontraba atado de manos y con el uniforme de gala hecho ciscos.

José Antonio se acercó sin apenas hacer ruido. Pudo observar de cerca al general, al mismo tiempo que le hacía un reproche despreciativo. Con Eva su actitud fue diferente, se le acercó y se puso a su altura. Con la mano derecha le acarició el pelo y con la mano izquierda le tapó la pierna que tenía al descubierto.

José Antonio y Gutiérrez salieron del sótano. Los tres secuestradores se encontraban bebiendo unas copas de vino. José Antonio se dirigió a Emilio.

—Emilio, saquen a la mujer y llévenla a la habitación de arriba.

Emilio, sin rechistar y con la ayuda de su compañero, bajó y entre los dos subieron a Eva a la habitación. José Antonio les indicó que salieran fuera y que no entraran hasta que él lo dijese.

Eva estaba en la habitación sentada sobre la cama, José Antonio entró y cerró la puerta tras él. Se acercó sigilosamente y empezó a acariciarle el pelo. Eva se mantenía inmóvil.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó José Antonio.

La mujer permanecía en silencio, en una actitud pasiva.

—Si te encuentras en esta situación es por culpa de tu querido esposo.

—¿Ángel te ha ordenado que nos secuestres? —preguntó Eva con rabia.

—No directamente, pero me ha forzado hacerlo. Tiene en su poder unos documentos que me pertenece y quiero recuperarlos.

—Cómo se nota que no lo conoces. —Una sonrisa se dibujó en su cara.

—Me sorprende que estés de buen humor estando en la situación en que te encuentras. —El gesto de Eva provocó en José Antonio que le saliese su verdadera personalidad—. Escucha bien, zorra. Yo sé cómo tratar a las mujeres como tú. Como grites primero mataré a tu padre y luego dejaré que te violen todos los hombres.

José Antonio se puso delante de Eva; con su pierna derecha separó las de ella. Sacó una pequeña navaja y con ella le acarició las piernas. Le arrancó el resto de vestido de un tirón dejando al aire su ropa interior.

Con la navaja le cortó el sujetador dejando sus pechos al descubierto. Las lágrimas de Eva empezaron a correr por sus mejillas. Su cuerpo se estremecía como una hoja seca en invierno. No podía hacer nada para evitarlo, la vida de su padre estaba en juego.

José Antonio acariciaba sus pechos al mismo tiempo que le susurraba en el oído. En un acto reflejo de defensa, Eva lo golpeó con la rodilla en sus testículos, el dolor hizo que José Antonio retrocediera. La rabia que sentía por sentirse golpeado por una mujer hizo que se volviera más agresivo.

Cogió un trozo de su vestido y se lo metió la mujer en la boca. Con un movimiento brusco la puso bocabajo, y le puso la navaja en la yugular.

—Como te muevas te corto el cuello —la amenazó.

Le arrancó las bragas, se puso encima de ella y la penetró sin compasión. Eva gemía de dolor, lo que conseguía que José Antonio se excitara más y siguió penetrándola con fuerza hasta el final.

Una vez terminada su hazaña se vistió como si nada hubiese ocurrido mientras Eva permanecía encogida del dolor. El secretario salió al exterior donde se encontraba Gutiérrez y el resto de los

hombres.

—Emilio, manteneos alerta. Esta tarde recibiréis el dinero.

—Gracias, señor —contestó Emilio con una sonrisa.

El secretario se subió en el coche con Gutiérrez y regresaron a Madrid. Los otros tres entraron en la masía. A José le llamó la atención el llanto que se escuchaba en la habitación, y su curiosidad hizo que pasara a ver qué ocurría. Vio a Eva tumbada sobre la cama desnuda y con sangre entre las piernas. Cogió una sábana y la tapó.

—¡Este hijo de puta ha violado a la mujer! —exclamó José.

—Ese no es nuestro problema, una vez que tengamos el dinero desapareceremos de aquí y nadie nos podrá relacionar con el secuestro —comentó Emilio.

Pasaron las horas y los secuestradores estaban ansiosos y nerviosos por recibir el dinero prometido. Apenas faltaban unos minutos para la hora señalada.

El ruido de un coche hizo que se levantaran y saliesen al exterior. Vieron como el vehículo se acercaba hasta detenerse en la misma puerta, y dos hombres salieron de él con el dinero. La mirada de los tres asesinos transmitía felicidad.

—¿Quién es Emilio? —Quiso saber uno de ellos.

—Soy yo.

—Aquí tenéis el dinero, pero hay nuevas órdenes. El general y su hija tienen que ser ejecutados.

Emilio y sus cómplices se miraron.

—Esto no estaba planeado así —protestó Jesús.

—Si queréis el dinero, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Terminemos con esto y vayámonos de aquí —pidió Emilio.

Emilio y José entraron dentro de la masía.

—José encargarte del general y yo lo haré con la mujer.

A los pocos segundos, se oyeron las detonaciones. Los cuerpos del general y su hija permanecían inertes sobre un charco de sangre.

Jesús recogía las cosas para que nadie pudiera relacionarlos con los asesinatos cuando se vio sorprendido por un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente. Emilio y José no corrieron mejor suerte. Les dispararon varias veces. Sus cuerpos agonizaban entre un charco de sangre. Jesús que estaba recuperándose del golpe en la cabeza, intentó levantarse. No pudo hacerlo; lo ejecutaron con un tiro en la cabeza.

Los mercenarios enviados por José Antonio no dejaron ningún cabo suelto. Cerraron las puertas y abandonaron el lugar.

Dos horas más tarde, se recibió una llamada a la comisaría de Buenavista informando que habían visto una furgoneta por los alrededores de una masía en las afueras de Madrid.

En pocos minutos se organizó un operativo donde con el capitán Gutiérrez al mando. Antes de salir de la comisaría tuvo tiempo de realizar una llamada y asegurarse de que todo seguía como estaba previsto. Cerró la puerta de su despacho y se aseguró de que nadie escuchase la conversación.

—José Antonio, hemos recibido la llamada. ¿Hay alguna novedad que tenga que saber?

—Ha salido todo bien, encontrarás los cuerpos de los secuestradores, del general y de su hija en la masía. Avisaré a los reporteros de la Vanguardia para que hagan unas fotos de los secuestradores y que se hagan eco de la noticia. Asegúrate de que los cuerpos del general y de su hija se encuentren tapados y que nadie se acerque a ellos.

Era notorio que el régimen dominaba toda clase de información. Los periódicos publicaban las

noticias previo paso por la censura. Al secretario le interesaba que el suceso se repitiese varias veces por la radio. El propio José Antonio se encargó de que en los periódicos apareciese la información que él mismo escribió. Los asesinos del general y de su hija Eva no podían aparecer en primera página de la prensa con sus verdaderos nombres. No estaría bien visto que fuesen miembros de la falange.

El noticiario de la radio de la Vanguardia no paraba de repetir la noticia, a la misma vez que ensalzaba la actuación de la policía.

En primera plana estaban las fotografías de los secuestradores y asesinos del general y de su hija. Los nombres que aparecieron debajo de las fotografías correspondían a los miembros de un comando de los maquis que murieron en un enfrentamiento con la Guardia Civil.

La noticia cayó como una bomba en el Gobierno dirigido por Francisco Franco. El propio Nicolás Franco felicitó al capitán Gutiérrez por la rápida actuación de la policía y la resolución del caso.

José Antonio y el capitán Gutiérrez sabían que tarde o temprano la noticia de la muerte del general y de su hija haría salir de su madriguera a Navarro.

Todo Madrid se encontraba en estado de alerta por lo sucedido, lo que haría muy difícil la movilidad del teniente.

Navarro llevó a Charlotte al domicilio de Saturnino, situado en la calle de la Batalla de Belchite. Era una noche fría y con algo de niebla; la poca iluminación que había en las calles conseguía que pasara desapercibido. El teniente esperaba a que Charlotte bajase con las llaves de los juzgados.

Satur se encontraba preparando la cena, no quería que nada saliese mal. Charlotte sabía cuál era la intención del hombre, pero ella tenía claro que eso, por nada del mundo, sucedería. Usaría todo su encanto para seducir al anfitrión sin llegar a propasarse. Subió al segundo piso donde la esperaba con una rosa. El olor de la colonia de Satur mezclado con el del aceite frito aseguraban que ningún mosquito les molestase.

—Pase, por favor. No se quede en la puerta. Esta rosa es para usted.

—Gracias, Satur, es usted muy amable. Ya no quedan hombres así. Me he permitido traer una botella de champán.

Satur se acercó para saludarla con dos besos. La mezcla de olores hizo que Charlotte hiciese un gran esfuerzo para no vomitar.

La mano del hombre no tenía rumbo fijo y en solo unos segundos le había palpado la espalda, el culo y la cintura; un pulpo no podía compararse con él.

Satur no perdió tiempo en enseñarle la habitación en la que pensaba cobrarse tantos favores. Por lo que lo primero que hizo fue llevarla a ese cuarto. Charlotte observó con atención y se dio cuenta de que las llaves de los juzgados se encontraban encima de la mesita. «Objetivo localizado» pensó.

El hombre había preparado la mesa. En ella, dos velas encendidas acompañaban unas copas que hacía tiempo que no habían visto la luz. Un mantel hacía juego con algunas telarañas que había por los rincones completaba la decoración.

Satur no quería perder el tiempo. Invitó a Charlotte a sentarse en la mesa y le sirvió una copa de vino de Ribera del Duero. A continuación, le ofreció un plato de queso con jamón, acompañado por una fritura de pescado.

La situación transcurría demasiado rápida. Charlotte tenía la sensación de que Satur estaba pensando en el postre más que en la cenar. Aun así, tuvo que reconocer que no era un mal anfitrión. Le sirvió una cena al alcance de pocas personas.

Una vez terminada la cena, llegó la hora del champán. Charlotte se levantó de la mesa, cogió la botella y la dejó sobre la mesa. Satur la abrió y llenó las copas.

Charlotte se desabrochó unos botones del vestido dejando al aire parte de su escote. Lo que provocó que los ojos se le abrieran de tal forma que parecía que se le iban salir de sus órbitas.

La espía había se había convertido en una máquina de seducción. Le pidió un paño mojado para refrescarse. Satur se levantó de la mesa sin perder tiempo, su sueño estaba a punto de producirse. Charlotte aprovechó ese momento para echar unas gotas de un somnífero muy potente en su bebida que lo dejaría fuera de combate.

Satur regresó con el paño húmedo. Charlotte se lo pasaba por el cuello y por el canalillo. Satur no perdía detalle y no podía evitar babear. De un trago se bebió la copa de champán. Ella sabía

que el somnífero no tardaría en hacer efecto y no podía perder tiempo.

Se levantó y se soltó el pelo. Cogió de la mano a Satur y le llevó a la habitación. El somnífero empezaba hacer efecto, la dificultad de andar era uno de los primeros síntomas.

Charlotte se giró y le pidió que le bajara la cremallera del vestido. Cuando se disponía a hacerlo se desplomó sobre la cama. Sin perder tiempo, la chica cogió las llaves de los juzgados y de la vivienda. Salió del piso y bajó los escalones de dos en dos.

Navarro la esperaba nervioso por la tardanza. Le preocupaba que algo hubiera salido mal. La primera virtud del espía era la paciencia y eso no iba con él.

Charlotte se montó en el coche y pusieron rumbo a los juzgados. El escaso tráfico facilitó que en unos pocos minutos estuviesen allí.

Aparcaron el coche en una calle colindante y continuaron su camino andando. Localizaron la puerta lateral y en pocos segundos estaban dentro del recinto. En el interior, se encontraron con dos vigilantes que no contaban, los tuvieron que noquear para tener el camino libre.

Subieron al primer piso. Charlotte sacó el plano que había dibujado en su anterior visita, y anduvieron por unos pasillos hasta llegar al despacho que buscaban. Una vez dentro, ambos se miraron.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Navarro.

—El despacho está totalmente revuelto. No perdamos el tiempo en mirar por los cajones y centrémonos en las estanterías donde están los libros. —Charlotte sabía por dónde empezar a buscar.

—¿Y qué libros buscamos?

—Los que están encima de tu cabeza, los que están ordenados por su numeración. Cógelos según están colocados y me los das. Charlotte miraba los libros según se los entregaba el teniente hasta que encontró lo que estaban buscando.

—Ángel, ya lo tenemos. Mira estas hojas solapadas a las páginas del libro.

—En qué idioma están escritas. —preguntó Navarro.

—En inglés. Coloca los libros tal cual y salgamos de aquí.

Al salir del despacho se encontraron con los dos vigilantes que habían reducido antes y que pensaban estarían fuera de combate. Ese problema inesperado se complicó más cuando llegaron otros dos guardias.

Navarro y Charlotte se miraron, uno de los dos debía escapar con los documentos.

Ángel se abalanzó sobre los vigilantes mientras Charlotte huía. El teniente mantenía a raya a los vigilantes. En un arrebato pudo noquear a dos de ellos y estaba a punto de hacerlo con el tercero cuando recibió un golpe en la cabeza que le hizo perder el conocimiento.

Charlotte debía volver al piso de Saturnino para dejar las llaves donde estaban. Cuando llegó, el hombre se encontraba sumido en un profundo sueño. La mujer lo desnudó; deshizo la cama como si se hubiera montado una orgía y roció su perfume sobre las sábanas para dar la sensación de haber disfrutado de una buena fiesta.

No podía volver a los juzgados, aunque estaba preocupada por lo que le podía haber pasado a Navarro.

Regresó al piso franco, y pensó que en el peor de los casos el teniente estaría detenido en los calabozos. Solo tendría una oportunidad y tenía que contar con Satur.

Navarro, cuando recobró el conocimiento se dio cuenta de que estaba metido en un grave problema. De momento, no podía hacer nada. Se encontraba en la celda con dos detenidos. La única esperanza que tenía era aliarse con ellos para tener una oportunidad de escapar, y que a Charlotte se ocurriese alguna idea para liberarlo.

Satur despertó por la mañana. Comprobó que se encontraba desnudo y que las sábanas olían a perfume de mujer.

Por mucho que se esforzó, fue incapaz de recordar nada de lo que había ocurrido la noche anterior. Tenía un leve dolor de cabeza que achacó al alcohol que bebió en compañía de Verónica.

Al regresar a los juzgados se encontró con una sorpresa, Charlotte lo estaba esperando. Saturnino, al verla, se olvidó de su dolor de cabeza. La joven lucía una sus mejores sonrisas, cuando lo tenía a escasos metros de distancia se adelantó y le dio un abrazo y un beso en la cara.

Satur se quedó sorprendido por su reacción, pero ella lo cogió del brazo y entraron juntos al edificio. Se aseguró de que nadie se pusiera en contacto con él para que no tuviese noticias de lo que había pasado la noche anterior allí.

—Hacía tiempo que no me hacían disfrutar tanto como tú. —comentó Charlotte.

Satur, lucía una pequeña sonrisa. No se acordaba de nada, pero viendo el recibimiento que le había hecho se sintió satisfecho.

—Tengo que volver al periódico para terminar el artículo, pero me falta visitar los calabozos para tener una idea de su funcionamiento. —Acompañó su argumento con un beso en los labios.

Saturino no se pudo negar y la guio hasta allí.

El vigilante que custodiaba a los detenidos quiso informarle de lo sucedido por la noche, pero Satur, con un gesto, lo apartó. Para él era más importante la compañía de Verónica.

Charlotte se acercó a la celda donde se encontraba Navarro y, sin que nadie se diera cuenta, dejó caer una ganzúa en su interior para que pudiese escapar.

Charlotte cogió del brazo a Satur y subieron la escalera, se las ingenió para llevarlo a una cafetería a tomar un café. Tenía que conseguir el tiempo suficiente para que Navarro pudiese escapar.

—Satur, esta noche deberíamos repetir lo de anoche. —Charlotte lo acariciaba con coquetería, y el hombre, encantado, temblaba como un flan.

—Aunque esta noche será diferente, la cena la dejaremos para después. —Charlotte lució una pequeña sonrisa.

Navarro cogió la ganzúa y con la ayuda de los detenidos abrieron la celda. Aprovecharon un descuido del vigilante para salir y noquearlo. Le quitaron la llaves, le taparon la boca y lo metieron en la celda. Al subir por las escaleras, vieron una puerta que daba al exterior. La abrieron y escaparon por ella.

Satur llegó a los juzgados después de despedirse de Charlotte. Cuando entró en sala de vigilancia Sus compañeros le informaron de lo que había sucedido en la noche anterior. Salieron de la sala y se dirigieron al despacho del magistrado asesinado. Se dieron cuenta de que alguien había estado buscando algo porque las cosas se encontraban más desordenadas de lo que ya estaban en un principio.

Bajaron a los calabozos y hallaron al vigilante metido en una celda con la boca tapada y sin rastro de los detenidos.

Satur, al comprobar la gravedad de lo sucedido, se sentó en una silla y fue consciente de que el

pequeño romance con la periodista había sido un engaño.

No podía notificarlo a la policía si no quería dar con sus huesos en una cárcel. Habló con los vigilantes del turno de noche y los amenazó con denunciarlos si comentaban algo de lo sucedido. Ellos eran los responsables de lo sucedido por su incompetencia y nadie más. Satur echaba espuma por la boca de la rabia que sentía.

Cuando Navarro llegó al piso franco se encontró con Charlotte. A pesar de que su prioridad era revelar de una vez el contenido de los informes, se besaron y abrazaron.

«*Top Secret*» ponía en la primera hoja.

Charlotte, aparte de su lengua materna, dominaba dos idiomas más, el español y el inglés; por lo cual no tendría problema para leer el contenido del informe.

—Ángel, estos informes son los originales, tienen el sello de la Embajada inglesa. Hace referencia a una reunión que tuvo el embajador inglés con un banquero llamado Juan Marc.

»Es un informe antiguo. En él se solicita con urgencia mantener una reunión con el general Nicolás Franco. Se le solicita su colaboración y la de otros generales para reunirse con Francisco Franco y convencerlo de que no debe aliarse con Alemania durante la Segunda Guerra Mundial ni ceder territorio español a los alemanes para que estos puedan invadir el continente africano. En contrapartida, recibirían una compensación económica que les sería ingresada en un banco suizo.

»En este documento están los nombres de los generales y los justificantes de la transferencia del dinero ingresado en dólares americanos —dijo, y le mostró una tabla con las cantidades que estaban reflejadas en los documentos.

|  |                    |
|--|--------------------|
| <b>General Nicolás Franco.....</b>             | <b>2 000 000\$</b> |
| <b>General Varela.....</b>                     | <b>2 000 000\$</b> |
| <b>General Aranda.....</b>                     | <b>2 000 000\$</b> |
| <b>Sr. Gallanza.....</b>                       | <b>1 000 000\$</b> |
| <b>General Alfredo Kindelan.....</b>           | <b>500 000\$</b>   |
| <b>General Moreno.....</b>                     | <b>500 000\$</b>   |
| <b>General Alonso.....</b>                     | <b>500 000\$</b>   |
| <b>General Solchaga.....</b>                   | <b>500 000\$</b>   |
| <b>General Asensio.....</b>                    | <b>500 000\$</b>   |
| <b>Sr. Muñoz Grande</b>                        |                    |
| <b>(Secretario General de la Falange).....</b> | <b>500 000\$</b>   |

—¡Cómo en todas las guerras! Mientras unos cuantos hacen grandes fortunas, al pueblo lo matan de hambre —comentó Navarro muy enojado.

Charlotte seguía leyendo los informes, según leía más deprimida se sentía. No podía evitar que el recuerdo de la muerte de sus padres por los alemanes acudiera a su mente. El sufrimiento por el que pasó; entregó su cuerpo a las personas que más odiaba por conseguir información vital para vencerlos y terminar con la guerra lo antes posible.

—Uno lee estos informes y piensa en lo que estamos haciendo. Miles de españoles dieron sus vidas por defender unos ideales y los generales pensando en hacer fortuna gracias a sus soldados.

¡Malditos bastardos corruptos!, ¡hijos de puta! —exclamó Charlotte al mismo tiempo que escupía sobre una foto de Franco.

—Por esto mataron al magistrado Santiago López. Lo querían silenciar a toda costa, y lo consiguieron. ¿Y ahora qué? —preguntó Navarro apagando un cigarro en el cenicero.

Siguieron mirando los informes. En la última hoja apareció el nombre de Francisco Franco Bahamonde, titular de varias cuentas en un banco suizo con el saldo de varios centenares de miles de millones de pesetas.

El espolio continuado del dictador le valió para hacer su gran fortuna a escondidas de los españoles. Mientras unos no tenían ni un trozo de pan para echarse a la boca, el dictador aseguraba el futuro de su familia. El villano no tenía bastante con lo que robaba a los españoles, sino que también se apropió de las donaciones que hacían otros países para aliviar la necesidad de los españoles. Como las seiscientas toneladas de café que donó el Gobierno de Brasil, y se encargó de revenderlas.

Era tanta la información que disponía de la corrupción del Gobierno de Franco que Navarro se sentía avergonzado de haber participado en la contienda de la Guerra Civil en su lado.

Llegó la noche y el cansancio hizo mella en ellos. Dejaron toda la documentación sobre la mesa sin darle más importancia. Charlotte se durmió en la cama y Navarro se quedó traspuesto en el sillón, aunque no fue capaz de conciliar el sueño. Se sentía inquieto y se levantó varias veces. En su interior sentía que algo grave había pasado o que podía pasar.

Necesitaba andar y respirar el aire fresco, por lo que se puso el abrigo, cogió la bufanda y el sombrero y salió a la calle.

A las seis de la mañana los camiones de reparto se pusieron en marcha, y los repartidores de los paquetes de periódicos los dejaban al lado del quiosco para su venta.

La inquietud de Navarro lo condujo hasta el fardo de los periódicos; sin pensarlo dos veces, cortó el precinto y cogió uno para leerlo.

Su reacción fue aterradora. Dio un paso hacia atrás, la sensación de ahogo hizo que se arrancara la bufanda del cuello.

Movido por una ansiedad y por una rabia que nunca había sentido deshizo sus pasos hasta regresar al piso franco.

Jamás una distancia tan corta le había resultado tan larga. Entró como una exhalación dejando caer en el suelo la bufanda, el abrigo y aquel trozo de papel, cuyo recuerdo lo perseguiría el resto de su vida. Miró sus pies sintiendo el corazón en su garganta. Entonces, se dio cuenta de que había dejado la puerta abierta. Cerró con sumo cuidado y se dejó caer al suelo mientras sentía cómo aquella pared rugosa arañaba su espalda. Necesitaba sentir algo, necesitaba ese dolor físico para hacerle olvidar aquel otro dolor profundo que había nacido dentro de su pecho. Necesitaba ese sufrimiento para aliviar la tormenta que estaba a punto de salir; no debía perder los nervios. Nadie podía saber que estaban allí, pero llevado por algo más fuerte que él mismo, dio un alarido capaz de encoger el alma a aquellas personas que pudieran escucharle.

El sudor le caía por la frente y se mezclaba con sus lágrimas saladas. Juntó las manos en un puño y las mordió hasta que sintió el sabor de su propia sangre.

No se había dado cuenta de que Charlotte estaba sentada delante de él con los brazos alrededor de su cintura, mirando la portada de periódico. En ella, tal y como había advertido el secretario de Gobernación, la noticia de la muerte del capitán Guzmán y su hija Eva a manos de unos maquis abatidos por la policía, iba acompañada por la foto de los asesinos.

—¿Quiénes son?

—Mi exmujer y su padre —contestó Navarro con la voz entrecortada.

—En el periódico pone que los autores pertenecían a grupo terrorista perteneciente a los maquis. —comentó Charlotte.

—Mienten como bellacos. Son los mismos que mataron al magistrado Santiago López. De los tres, el de medio se llama Jesús; era hijo de un teniente de la Guardia Civil. Lo detuve a los pocos días del asesinato del magistrado y cuando estaba a punto de declarar, me obligaron a soltarlo.

—¿Quién te obligó a hacerlo?

—El coronel Cifuentes, por recomendación del secretario de Gobernación. Según el coronel, se vio obligado a acatar aquellas órdenes. ¡Esto no lo puedo dejar pasar! Si lo que quieren son los informes, se los entregaré y si quieren arrestarme, me entregaré. Pero no como ellos quieren.

Navarro pasó unos de los peores días de su vida. La muerte de Eva y de su padre caían sobre su conciencia. El detonante que provocó sus muertes fueron esos informes. La corrupción de los generales y el espolio que estaba sufriendo España debía silenciarse.

El teniente, ahora más que nunca, estaba dispuesto a hacer de todo para vengarse de los verdaderos asesinos que no eran los que aseguraban en las noticias de la radio y ponían en los periódicos.

Necesitaba tener la mente muy fría. No podía pensar en caliente, tenía que tomar decisiones que le podían costar la vida, aunque eso era en lo último que pensaba.

Decidió que lo primero que haría sería ponerse en contacto con el secretario de Gobernación y ofrecerle un trueque: los informes a cambio de del capitán Gutiérrez. No le valía verlo muerto. Lo quería vivo. Deseaba ver sus ojos mientras le arrebataba su vida.

Días más tarde, cuando se había tranquilizado un poco, a Charlotte se ocurrió una idea que imaginó que a Navarro no le iba a gustar nada.

La espía, a través de la Inteligencia francesa, obtuvo un informe sobre la persona de José Antonio, el secretario de Gobernación de España.

Entre otras cosas, en dicho informe se argumentaba la clase de persona que era y su gusto por las mujeres. Era un hombre agresivo con ellas, ya que pensaba que eran seres inferiores y que si vivían era para ser prostitutas y por su gusto a ser maltratadas.

Charlotte pensó que lo mejor que podían hacer era un seguimiento de todos sus movimientos. Los restaurantes donde solía comer y cenar y, sobre todo, los prostíbulos que solía frecuentar.

Con todo preparado se lo expuso a Navarro. Tal y como supuso, su primera reacción fue de denegación; sin embargo, ante la insistencia de ella cambió de idea. Era la única manera de acercarse a él sin llamar la atención.

El teniente puso una condición, él la acompañaría a todos los sitios a los que fuera. La respuesta de Charlotte fue rotunda:

—Te conozco muy bien y no puedes acompañarme. Podrás venir como chófer. Eso es lo más cerca que podrás estar.

—¿No pensarás ir sola?

—No, me acompañará François.

En unos pocos días conocían todos los movimientos de José Antonio; los restaurantes donde solía comer y cenar. Seguía siempre la misma rutina. Cuando llegaba al restaurante, el guardaespaldas entraba y daba instrucciones. A los pocos minutos el camarero les avisaba de que su reservado estaba a punto. El escolta pasaba, comprobaba que todo estaba correcto. Una vez realizadas todas las comprobaciones, entraba José Antonio. Actuaban como unos mafiosos.

Los jueves eran diferentes. Después de cenar solía ir a un prostíbulo de lujo en las afueras de Madrid.

La *madame* que lo regentaba sabía que los jueves, a partir de las diez de la noche, no podía

haber otros clientes. El local se cerraba exclusivamente para el secretario de Gobernación. José Antonio llegaba al burdel y directamente subía por una escalera que solo él conocía.

Las chicas lo esperaban preparadas para pasar revista. El hombre las miraba de una en una y escogía a dos de ellas. A continuación, entraba en la habitación y mientras él se quitaba la ropa ellas empezaban el ritual.

A los pocos minutos, se les unía para formar un trío. Las mujeres tenían que aguantar toda clase de vejaciones sin poder quejarse, de lo contrario sabían muy bien las represalias que sufrirían. Su encuentro solía tardar una hora. Después, salía del lugar tal y como entró.

Charlotte y Navarro, tenían claro dónde debían actuar; el prostíbulo era el lugar adecuado. Al estar situado en las afueras de Madrid, y aprovechando que se cerraba en exclusiva para el secretario, ese sería el sitio y el momento para pasar a la acción.

Esperaron al jueves para poder actuar. La noche era perfecta, al encontrarse la luna oculta, la oscuridad era más intensa. Una hora antes de la llegada de José Antonio, Charlotte, Navarro y François lo aguardaban escondidos detrás de unos matorrales. Estaban preparados para actuar, solo tenía que esperar.

A lo lejos, vieron acercarse un coche. Por la hora, sabían que se trataba de su objetivo.

El coche se detuvo en la parte de atrás del edificio. El guardaespaldas salió del coche y golpeó la puerta. La *madame* abrió y, con una sonrisa, recibió a José Antonio. De nuevo, se repitió el ritual de siempre, mientras el secretario montaba su numerito los demás esperan en el coche.

Cuando se aseguraron de que José Antonio estaba en su interior, Charlotte apareció de la nada ligera de ropa, se pasó cerca del coche y se aseguró de que la viesan. Los ocupantes del vehículo no tardaron en salir como lobos en busca de su presa.

La mujer, se apoyó en el coche de manera que el escolta y el chófer dieron la espalda a Navarro y a François. Cuando los lobos pensaban en comerse a su víctima, ambos recibieron un fuerte golpe en la cabeza que los dejó inconscientes.

Rápidamente los ataron, los amordazaron y los arrastraron junto a unos matorrales para esconderlos.

Navarro y François ocuparon su lugar en el coche, donde esperaron hasta que la puerta se abrió. El teniente salió del coche y se bajó el sombrero para que el secretario no pudiese reconocerlo.

En el rostro de José Antonio se dibujaba una pequeña sonrisa. Sin duda, había dejado el listón muy alto. Al disponerse a subir en el coche, intentó girar, pero Navarro no lo dejó. De un empujón lo introdujo dentro.

José Antonio se percató de que algo no iba bien. Debido a la oscuridad de la noche, no conseguía ver bien a la persona que lo había introducido en el coche tan bruscamente.

El teniente apoyó la pistola en su cabeza, una Astra 300 de 9 mm, más conocida como «Purito» debido a la forma de su cañón. Fue un arma muy utilizada por los miembros de la falange.

Navarro encendió la luz del interior de coche, lo que propició que José Antonio se diera cuenta de quiénes eran sus captores.

—¿Tú? —Fue la expresión de José Antonio.

—Debería matarte y acabar con todo esto en este momento. Sé muy bien que tú y Gutiérrez estáis implicado en la muerte de Eva y de su padre. ¿Estos son los documentos que tanto deseas? ¿Los que dejan al descubierto la corrupción de los principales generales y del hijo de puta de Franco?

—Espera un momento, por favor. Esto lo podemos solucionar de otra manera. Me entregas los documentos a cambio de diez millones de pesetas. ¿Quién se va a atrever a publicarlo si Franco

controla todos los periódicos? —pidió el secretario con la voz entrecortada.

La cara de odio de Navarro lo decía todo. Lo único que impedía que no lo matara era que tenía parte de razón. Nadie se atrevería a publicarlo. ¿Quién sería el valiente que levantara un brazo en contra del régimen? Este sería amputado en pocos segundos.

Charlotte se acercó al teniente y le hizo un gesto para que saliese del coche.

—¿Qué te ha ofrecido? ¿Dinero? —Quiso saber.

—Sí, diez millones de pesetas a cambio de los documentos.

—Tú sabes muy bien que esto no va de dinero.

—Lo sé, Charlotte. ¿A dónde lo podíamos llevar y tenerlo encerrado unos días?

—Cerca de la lonja hay un almacén que la agencia francesa suele utilizar en algunos casos. Lo podemos llevar allí, e interrogarlo para que diga todo lo que sabe.

—Me parece perfecto —comentó Navarro.

Charlotte cogió su fular y tapó con él los ojos del secretario. Se quitó una media y la usó para taparle la boca. Navarro y François se aseguraron de que el chófer y el escolta seguían inconscientes. Los arrastraron hasta el coche y los metieron en el maletero.

Charlotte arrancó el coche de François y se puso en marcha. Navarro la seguía a poca distancia, conduciendo el del secretario.

Eran cerca de la tres de la noche y apenas había circulación por las calles de Madrid, a excepción de la zona mercantil, incluyendo la lonja que empezaba a despertar y a preparar el pescado para su reparto.

Charlotte apagó los faros del coche. Era señal de que estaban a pocos metros del almacén. François salió del coche y se apresuró a abrir el almacén para que entraran los coches.

La nave estaba dividida en cuatro secciones; una zona para los coches; una pequeña oficina, una sala de interrogación acolchada para que no se pudieran escuchar los gritos y los aseos, que se encontraban al principio del almacén.

Al chófer y al guardaespaldas los metieron en los aseos y los esposaron con dos cadenas lo suficientemente largas para que pudieran hacer sus necesidades.

A José Antonio lo llevaron directamente a la sala de interrogación. En ese cuarto había un sillón reclinable y una camilla. Le destaparon los ojos y le sacaron la media de la boca.

—Espero que te encuentres lo suficiente cómodo en tu nueva habitación. Depende de ti, si es de corta o larga duración, tu estancia aquí. —explicó Charlotte. —José Antonio comprendió que no podía hacer nada, solo podía resignarse y afrontar la realidad.

Charlotte y Navarro permanecieron en la oficina donde había unas literas para pasar la noche. François salió del almacén para regresar horas más tarde con suministros de comida y bebidas.

—Ángel, sabes que ya no hay marcha atrás y que tenemos que llegar hasta el final.

—Soy consciente de ello. Lo único que deseo es saber quién ordenó su muerte—comentó Navarro mientras daba las últimas caladas a un cigarro.

—Nunca me has hablado de tu exmujer —dijo Charlotte mientras se dejaba caer sobre la litera.

—No te puedes imaginar lo duro que es ver a la mujer que quieres caer a un pozo sin fondo y no poder hacer nada para ayudarla. —La tristeza se le dibujó en el rostro—. Cuando pensábamos que la felicidad estaba a punto de completarse con la llegada de nuestro primer hijo, el mundo se derrumbó en nuestros pies. Pasábamos horas enteras pensando cuál nombre sería el idóneo para nuestro hijo. Un día, Eva se levantó y se dio cuenta de que estaba sangrando, síntoma que algo no iba bien. Salimos corriendo hacia el hospital. Cogí el coche y conduje lo más rápido que pude sin respetar ninguna señal, pero cuando llegamos ya no se podía hacer nada.

»Nuestro hijo había fallecido en sus entrañas. Su pérdida la sumió en una depresión. De la depresión pasó a la bebida y de la bebida a la agresión. Después de visitar al mejor psiquiatra de España se determinó que lo mejor para su seguridad era que ingresara en un centro psiquiátrico para su recuperación.

Después de varias visitas, nos dimos cuenta de que mi presencia la volvía más agresiva. Nunca supe por qué. Lo único que me dijo el doctor es que mi presencia la alteraba mucho, y me aconsejó, que si quería a Eva, lo mejor que podía hacer era alejarme de ella. No entendía nada, ni el porqué de esa agresividad. La contestación del médico fue tajante: «Ángel, te culpa de la pérdida de vuestro hijo». En ese momento me quedé bloqueado. No podía entender cómo me podía culpar de eso, si era lo que más deseaba en el mundo. Le dije al médico que si mi presencia la perjudicaba me alejaría de ella y eso fue lo que hice, alejarme de Eva para siempre.

Navarro le hizo un pequeño resumen de su vida con Eva. Charlotte se levantó y lo abrazó. Fueron momentos duros para él. Aunque llevaban años separados siempre tuvo a Eva en un lugar de su corazón. A pesar de que la espía quiso consolarlo dándole un beso, él no tenía el cuerpo para nada. En esos momentos, simplemente, le debía un poco de respeto a su exmujer.

Charlotte lo entendió rápidamente y le dejó el espacio que necesitaba.

Apenas faltaban unas horas para que los primeros rayos de sol anunciaran la entrada del día.

El teniente apenas consiguió pegar ojo, quería que el tiempo pasase rápido y poder empezar con el interrogatorio. La ansiedad de averiguar quién dio la orden de asesinar a Eva y a su padre le hacía estar inquieto. Andar por el almacén lo relajaba. Contaba los pasos que había de un lado al otro del lugar y de un extremo al contrario.

François regresó con los suministros y lo vio andando por el almacén. Enseguida comprendió que los nervios no lo dejaban estar tranquilo. Lo saludó con un gesto con la cabeza al cual Navarro respondió de la misma forma. François dejó la bolsa con la comida encima de la mesa y preparó una cafetera cargada de café bien fuerte.

La primera taza fue para su invitado de honor. Se aseguró de que estuviese bastante caliente, lo necesitaba lo más despejado posible.

El aroma de la bebida consiguió que Charlotte abriese los ojos. Su amigo François le había preparado el desayuno; un buen café y dos cruasanes recién hechos.

—Buenos días, te traigo un café bien cargadito.

—Navarro, estamos a tiempo de solucionar esta equivocación. —José Antonio se acurrucaba sobre la camilla mirándolo con ojos de santo.

—No te pongas nervioso. Tómate el café que te he traído y verás lo bien que te vas a encontrar después. Tenemos todo el día o toda la semana para hablar —comentó Navarro con las cejas fruncidas.

El teniente salió de sala de interrogación. Charlotte lo estaba esperando en la puerta de la oficina.

La mirada de ella lo decía todo. El teniente captó sus intenciones y, al momento, la dejó a cargo del interrogatorio. Cogió una pequeña cajita que tenía estampadas unas letras chinas en su tapa.

Ángel estaba acostumbrado en los interrogatorios a aplicar la fuerza y a los golpes para hacer hablar a los detenidos.

Charlotte, al contrario, decía que la mejor manera de hacer hablar al preso era con la técnica de la relajación.

Charlotte, Navarro y François entraron a la sala de interrogación, José Antonio estaba sentado en el sillón. Navarro y François lo ataron con una correa a la altura del pecho. Sujetaron sus

brazos con las manos abiertas y los dedos separados. Una vez que se aseguraron de que estaba inmovilizado, dieron un paso atrás y dejaron espacio a Charlotte.

La mujer se puso frente a él con una pequeña sonrisa. José Antonio no podía permitir que una mujer, a la cual consideraba un ser inferior y que utilizaba para sus juegos, fuese la directora del interrogatorio.

—Buenos días, espero su colaboración para terminar pronto con esto —pidió Charlotte con su acento francés.

—¡Putra francesa! No te atreverás a tocarme —amenazó José Antonio al mismo tiempo que escupía saliva por la boca.

Navarro, al escuchar la respuesta, hizo un intento de acercarse y darle un puñetazo. Charlotte lo detuvo con el brazo y no le dejó hacerlo.

—Primer error, a las mujeres siempre se las trata con respeto, que para eso somos mujeres. Veo que estás bastante tenso y necesitas relajarte. Esta cajita contiene unas finas agujas que sirven para que las personas se relajen. Te voy a poner algunas en las puntas de los dedos entre las uñas.

Charlotte, con mucho cuidado, fue poniendo las agujas entre sus uñas. Navarro, al que no se le escapaba ningún detalle, estaba desconcertado, pensó: «¡Qué mierda es esto! Si con dos puñetazos canta por soleares».

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Charlotte sin perder la sonrisa—. Te explicaré que esta técnica tiene dos funciones; sirven para relajar o para activar los nervios de los dedos, cosa que no te aconsejo. No me obligues a hacerlo. Primera pregunta: ¿quién es tú superior directo?

—La puta de tu madre —contestó José Antonio.

Charlotte dio un pequeño golpe en la cabeza de la aguja que llegó a tocar el nervio, lo cual produjo un dolor tan amargo al secretario que dio un grito y se le cayeron las primeras gotas de sudor.

—Piensa bien tus respuestas. Cada dedo produce un sufrimiento diferente y he empezado por el que menos duele —explicó Charlotte sin perder la sonrisa—. Te repito la pregunta: ¿quién es tú superior directo?

—El general Nicolás Franco. Fue él quien dio la orden de recuperar los documentos —contestó José Antonio con los ojos lagrimosos.

—¿Nicolás Franco es conocedor del contenido de los documentos? —interrogó Charlotte.

—No lo sé, puta francesa. —José Antonio se dio cuenta en pocos segundos de su respuesta y pidió disculpas.

Las disculpas del secretario de poco le sirvieron. Charlotte pegó un golpecito a la siguiente aguja. El dolor se multiplicó por dos y provocó las primeras lágrimas en el rostro de José Antonio. Navarro estaba atónito por lo que estaba viendo. Tenía claro que Charlotte sabía muy bien lo que estaba haciendo y, lo mejor de todo, no dejaba rastro de su tortura.

—Dejémosle descansar unos minutos —pidió Navarro—. Necesito que esté relajado y sin dolor, tiene que realizar dos llamadas. Una, al capitán Gutiérrez y otra, a Nicolás Franco. —Después de avisar a su compañera, se dirigió al secretario—: Escúchame bien, escoria humana. Tú serás el responsable de tu propia seguridad. Vas a llamar por teléfono al capitán Gutiérrez y le vas a decir que quieres reunirte con él en la cafetería Iruña. Que lo estarás esperando en el interior dentro de tres horas.

—François, ve a la cafetería Iruña. El dueño se llama Fulgencio, dile que vas de mi parte y que necesitas su ayuda. En tres horas se presentará el capitán Gutiérrez preguntando por José Antonio. En cualquier bebida que tome, que le eche estas gotas. Conseguirá que esté fuera de combate en pocos segundos. Cuando esté totalmente inconsciente, lo sacáis por la parte posterior y lo traéis

aquí.

—¿Estás completamente seguro de que el tal Fulgencio colaborará sin problemas? —  
Cuestionó François. al mismo tiempo que se ponía el sombrero.

—No te preocupes, colaborará contigo —aseguró el teniente arqueando las cejas.

Navarro y Charlotte vieron conveniente parar el interrogatorio. Necesitaban que el secretario estuviese lo más centrado posible en las llamadas que debía realizar.

François salió del almacén. Disponía de dos horas y media para desplazarse a la cafetería Iruña y hablar con Fulgencio.

A su llegada al local, se presentó al camarero y hablaron durante unos minutos. Tal y como predijo Navarro, el hombre no puso ningún reparo. Todo lo contrario, su disposición fue absoluta.

François se sentó en una silla situada en la misma entrada de la cafetería, desde donde podía vigilar en todas las direcciones. Estaba todo preparado, solo quedaba esperar la llegada de Gutiérrez.

A los pocos minutos, se presentó un hombre con gabardina y sombrero oscuro, que se identificó como el capitán de policía al que estaban esperando. Fulgencio le confirmó que así era. Un caballero lo aguardaba, pero tuvo que salir un momento.

—Capitán, el señor José Antonio ha tenido que salir un momento. Me pidió que, cuando llegara usted, le sirviese una café. Me aseguró que no tardaría en regresar.

—Me tomaré ese café —aceptó Gutiérrez, al tiempo que se quitaba el sombrero.

François continuaba sentado y escuchó la conversación. Su siguiente movimiento consistió en levantarse de la silla y colocarse en la barra junto al capitán si llamar su atención. Tenía que estar preparado, las gotas en el café harían efecto en pocos segundos. No podía dejar que el capitán se desplomase y llamara la atención del resto de los clientes.

Los hechos se desarrollaron como si se tratara de una escena de teatro; la ingesta del café con somníferos capaz de dormir a un caballo, y el desplome del capitán, sin llegar a caerse al suelo.

Lo llevaron a la trastienda y lo ataron de pies y manos. Le taparon la boca por seguridad. Luego, lo metieron en el coche y lo taparon con una manta.

Dos horas más tarde, el capitán Gutiérrez se encontraba sentado y atado de pies y manos. Seguía inconsciente y el teniente tuvo que echarle un poco de agua bien fría por la cabeza. Lo necesitaba lo más despejado posible.

Minutos más tarde, abrió los ojos. Aún se encontraba aturdido y no sabía dónde estaba. Tan solo un metro y medio lo separaba de su superior, el secretario de Gobernación.

Al ser consciente de lo que ocurría, hizo intención de levantarse de la silla. Sin embargo, unas fuertes correas se lo impidieron.

El teniente, ni en sus mejores sueños se imaginaba que podía tener a las dos personas que habían atentado contra su vida frente a él.

—Charlotte, son todos tuyos. —comentó Navarro, al mismo tiempo que se desabrochaba la camisa.

—Depende de vosotros si lo hacemos a las buenas o lo hacemos a las malas —explicó Charlotte con las agujas en las manos. Vamos a empezar con el capitán Gutiérrez.

Gutiérrez y José Antonio se encontraban frente a frente. El secretario, sabía que si Gutiérrez empezaba hablar, toda la responsabilidad recaería sobre su persona. Le hacía gestos con la cabeza de negación a Gutiérrez para que callara. La espía le puso las agujas entre las uñas con mucho cuidado.

—Como ya le dije a José Antonio, las agujas tienen dos efectos, uno de relajación y otro de dolor, ya que están en contacto directo con los nervios. Tenemos claro que el secretario le dio las órdenes para que nos detuviesen. Primera pregunta: ¿conoces a los asesinos de Eva y del general?

—No.

—Cómo sois los hombres, os gusta sentir el dolor. —comentó la mujer.

Charlotte dio un golpecito en la aguja del dedo meñique. El dolor que sintió Gutiérrez hizo que su cuerpo se estirarse.

—El dolor que has notado no es nada comparable a lo que se te viene encima. Sabemos que uno de los asesinos formó parte en la ejecución del magistrado Santiago López. Y que tú directamente te encargaste de sacarlo de la comisaría donde se encontraba Navarro. No entiendo por qué esa manía de sentir dolor y luego hablar si lo podéis hacer al revés. Te repito la pregunta: ¿conoces a los asesinos de Eva y del general?

La espía, viendo la negativa a contestar a su pregunta, se disponía a golpear la aguja; no obstante, Gutiérrez no le dio tiempo y contestó:

—Sí que los conocía. El secretario me los presentó antes de asesinar al magistrado. Me explicó que era una orden que procedía directamente del general Nicolás Franco.

—¿Te das cuenta de que si colaboras no pasa nada y nos ahorramos el sufrimiento? —Charlotte miró a Navarro y le guiñó el ojo.

José Antonio se dio cuenta de que, con las declaraciones de Gutiérrez, toda la mierda le caería encima. Solo era el principio, sabía que tenía las horas contadas y no podría hacer nada por evitarlo. Temía la reacción del teniente si Gutiérrez seguía hablando.

La mujer viendo el cariz que estaba cogiendo el interrogatorio y que se adentraba en un terreno

de tierras movedizas, permitió que Ángel siguiese con las preguntas.

—Navarro, deberías continuar tú con el interrogatorio. Estamos entrando en un terreno que tú dominas mejor. —Charlotte miró a Navarro animándole a tomar su relevo.

—Tengo que reconocer que esto de las agujas es nuevo para mí. No tengo el tacto que posee mi compañera y no puedo precisar con cuánta fuerza debo golpearlas. Os daré un consejo, no me pongáis en esa tesitura. Gutiérrez, nosotros empezamos con mal pie. Por eso quiero ser muy claro. ¿Siempre has estado bajo el mando del secretario?

—Sí, siempre he actuado bajo sus órdenes —afirmó Gutiérrez con el rostro de resignación.

—¿Quién ordenó el secuestro de Eva y de su padre? —preguntó Navarro con voz intimidatoria.

—José Antonio —contestó Gutiérrez con la voz temblorosa.

—Se encontraron sus cuerpos en una masía a las afueras de Madrid, estoy convencido de que sabes lo que ocurrió. —La mirada penetrante del teniente hizo su efecto en el capitán—. ¿Qué fue lo que pasó esa noche?

—Estábamos dentro de la masía. Todo se desarrollaba tal y como había planeado el secretario. Todo estaba preparado para que los secuestradores recibiesen el dinero que les había prometido. Un millón de pesetas para cada uno.

»El general y su hija se encontraban en una habitación del sótano. Llevaban dos días encerrados sin apenas ver la luz del día. El secretario ordenó a Jesús que fuese a por Eva y que la llevase a la habitación que hay en la entrada de la masía. Nos ordenó que saliésemos fuera y que no entráramos hasta nuevo aviso.

»A los pocos minutos, se oyeron unos gritos seguidos de golpes. Me imaginé lo que estaba sucediendo. No pude hacer nada por impedirlo, me encontraba vigilado por los secuestradores. Los gritos continuaron durante varios minutos hasta que de repente cesaron. José Antonio salió y nos dijo que ya podíamos entrar. Observé que tenía arañazos en la cara y la camisa manchada de sangre.

»Nos subimos al coche y nos vinimos a Madrid. Cuando le pregunté por lo sucedido, me amenazó con encerrarme en la cárcel si no dejaba de hacer preguntas. Cuando yo salí de la masía, el general y su hija estaban vivos. De lo que ocurrió después, yo no sé nada. Al día siguiente, me llamó y me informó de lo que había sucedido y cómo debía de actuar. Al llegar y verlos sin vida, no daba crédito; el general tenía un tiro en la cabeza. Su hija estaba prácticamente desnuda, atada por las manos. También tenía un tiro en la cabeza y daba la sensación de que había sido violada.

»Me puedes llamar de todo, pero no soy un asesino de mujeres y menos indefensas.

El estado de Navarro iba cambiando por segundos, su cuerpo se tensó, las venas del cuello se le hincharon dando la sensación de que, en cualquier momento, podían explotar. Tenía los ojos enrojecidos. Le brotaron algunas lágrimas y corrieron por su cara. Tenía los puños apretados. Se quedó mirando a José Antonio. Podía escucharse el crujido de los huesos de la mano a causa de la presión que ejercía en ella. Pensó en sacar la pistola y descargarle el cargador en la cabeza. Sería una muerte muy rápida y sin apenas dolor. El inconveniente era que no se había ganado ese honor. Su muerte tenía que ser pausada y dolorosa. Ángel levantó el brazo con el puño cerrado, golpeó la pared con tanta furia que los tabiques vibraron.

—No te mereces tener una muerte rápida, te has ganado con creces sentir el dolor que has infligido. Durante estos años de dictadura te has parapetado en un Gobierno corrupto y podrido, sin tener en cuenta la vida del prójimo, siempre buscado vuestros intereses. Vais a pagar por todo el mal que habéis ocasionado.

Navarro levantó la cabeza de José Antonio mientras golpeaba las agujas que tenía insertada

entre las uñas de los dedos.

El dolor que sintió el hombre fue atroz, empezó a gritar sin descanso. El sudor comenzó a correr por su cuerpo como un río desbocado. El teniente lo miraba sin piedad, quería verle retorcerse por el dolor. José Antonio pedía clemencia, le rogaba que lo matara para dejar de sufrir, pero su llanto fue inútil.

Permaneció con las agujas puestas una hora. El dolor aumentó a tal extremo que parecía que los ojos se le saldrían de las órbitas. Su cuerpo no pudo soportar el dolor por más tiempo y se desmayó.

Charlotte le quitó las agujas y le curó los dedos, no quería que se le infectaran para poder continuar con la tortura.

Gutiérrez no paraba de llorar, sabía que pronto le llegaría su turno y estaba aterrizado viendo lo que le había sucedido al secretario.

—Ha llegado tu turno Gutiérrez. Te voy a dar la oportunidad de elegir la forma de morir. Las agujas o la pistola —ofreció Navarro con las cejas arcadas.

—Prefiero la pistola —contestó Gutiérrez llorando.

El teniente cogió el revólver y quitó las balas del cargador, dejando una. Estaba dispuesto a jugar con él a la ruleta rusa.

—Gutiérrez, vas a tener la oportunidad que otros no han tenido. El revólver solo tiene una bala, si realizo tres disparos y no mueres, te dejaré libre.

Gutiérrez tenía solo una oportunidad. Navarro le puso el revólver en la sien. Realizó el primer disparo y no pasó nada. El temblor que tenía el capitán conseguía que los dientes le rechinasen. Realizó el segundo disparo con el mismo resultado. Sonrió nervioso; pensaba que la suerte estaba de su parte y ese día no moriría.

El teniente tenía una mirada desafiante; sin pronunciar palabra, esperaba el desenlace final.

Gutiérrez estaba convencido de que no moriría y que lo tendrían que dejar en libertad. Ahora sonreía abiertamente. Miró a Navarro, antes de que un ruido parecido a un rayo se expandiera por la habitación. El revólver se disparó y la bala atravesó su cráneo dejando parte de sus sesos en la pared.

—Se ha hecho justicia —comentó Charlotte.

Navarro y François desataron a José Antonio, que aún permanecía inconsciente. Lo introdujeron en interior del coche y esperaron a que recobrase el conocimiento.

Charlotte había preparado un documento para que José Antonio lo firmara. En el documento daba instrucciones a su secretaria para que hiciese entrega de unos sobres a los generales que no habían participado en el reparto. Cada sobre contenía copias del informe en el que aparecían los nombres de los generales que fueron sobornados por el Gobierno inglés, y el espolio que había realizado Franco desde su mandato junto al informe del dinero del que disponía en un banco suizo.

Poco a poco, José Antonio fue recobrando el conocimiento. Se encontraba medio aturdido cuando Charlotte le dio el escrito para que lo firmara. Sin ser consciente de lo que hacía, firmó sin poner objeción alguna.

El secretario, ajeno a lo que se le venía encima, intentó en varias ocasiones chantajear a Navarro. Le ofreció varios millones de pesetas; sin embargo, viendo que no conseguía su objetivo, se ofreció para ayudarles a desenmascarar a Nicolás Franco. Informó al teniente que disponía de documentación en la que se detallaba cómo el Gobierno ayudó a algunos altos mandos alemanes buscados por crímenes de guerra, a los que se les facilitó documentación falsa, una residencia y dinero. Ese fue el pago de Nicolás Franco por la ayuda que les brindaron durante la Guerra Civil.

El secretario intentaba por todos los medios librarse de una muerte anunciada. Navarro tenía claro su objetivo y no habría nada que se lo pudiese impedir. La documentación que le ofreció José Antonio era muy valiosa, aunque no cambiaría su destino.

José Antonio intentaba convencer a Navarro de que podían pasar por su residencia para coger la documentación; incluso, le dio la llave de su vivienda y le indicó dónde guardaba los documentos. Navarro no quería correr más riesgos de los necesarios, ni facilitarle una oportunidad para escapar.

El reloj marcaba las ocho de la mañana. Navarro y Charlotte tenían diferentes destinos.

El teniente y François se dirigieron a la masía mientras Charlotte se encaminó hacia el Ministerio de Gobernación. Su objetivo era entregar a la secretaria de José Antonio un paquete cuyo contenido eran los sobres para su reparto.

La espía entró en el Ministerio. Después de pasar por varios controles de seguridad, por fin llegó hasta la secretaria del secretario. Charlotte hizo mucho hincapié para que siguiese a rajatabla lo que ponía en el escrito firmado por su superior.

Mercedes sabía muy bien cómo se las gastaba su jefe, por lo que, sin perder tiempo, llamó a unos ordenanzas y les pidió que repartirán los sobres inmediatamente.

Los dos hombres, por su parte, llegaron a la masía. Era una mañana bastante fría y con algo de niebla. Estaban delante del caserón que guardaba muchas lágrimas derramadas. La huella de la Guerra Civil estaba muy patente todavía. Sacaron al secretario del vehículo y lo esposaron. José Antonio, con la cabeza baja, entró en el interior de la vivienda. A la derecha se encontraba la habitación donde habían violado y asesinado a Eva. El olor a sangre era patente. Sobre la cama había una gran mancha de sangre. La rabia contenida se reflejó en el rostro de Navarro. Después, bajaron al sótano donde asesinaron al general. La sangre derramada había dejado dibujada en el suelo la silueta del cuerpo tras su muerte.

José Antonio supo que había llegado su final y que no podría hacer nada por remediarlo. La única esperanza que le quedaba era que fuese lo más rápido posible. No obstante, Navarro le tenía la última sorpresa guardada.

Lo llevaron hasta la cama donde violó a Eva y lo ataron de pies y manos. Le bajaron los pantalones y le separaron las piernas. Sin mediar palabra, Navarro cogió una cuchilla oxidada y le cortó el pene. José Antonio gritaba de dolor mientras su cuerpo botaba sobre la cama.

—Ya no violarás a ninguna mujer más. —se jactó el teniente mirándole a los ojos.

—En menos de una hora te habrás desangrado, hijo de puta —dijo François.

Salieron de la masía abandonando a José Antonio a su suerte. Su muerte estaba asegurada. Se cercioraron de cerrar bien las ventanas y la puerta para que su agonía fuese más lenta.

De vuelta a Madrid, François sugirió aprovechar que tenía las llaves de la vivienda de José Antonio y coger los documentos que ayudarían a desenmascarar al Gobierno corrupto de la dictadura.

Después de dar varias vueltas por la residencia de José Antonio y teniendo la certeza de que no había nadie custodiando la vivienda, Navarro aparcó el coche. François salió con el cuello de abrigo subido y con el sombrero bajo tapándole los ojos.

El francés entró en la vivienda y fue directo al lugar en el que el secretario había indicado dónde se encontraban los documentos. No tardó en localizarlos y abandonó la casa lo más rápido posible.

Horas más tarde, se reunieron en el piso franco. Charlotte había preparado una botella de vino para celebrar que aún seguían vivos.

La mujer entregó a Navarro un pasaporte francés con su nueva identidad.

—Patrice Saint-Clair. A partir de hoy, ese será tu nombre.

Las cartas que Charlotte llevó al Ministerio de Gobernación para su reparto, en pocas horas llegaron a sus destinatarios. Su reacción no se hizo de esperar.

Dos días más tarde hubo una crisis de Gobierno. Varios generales fueron sustituidos, mientras otros ocuparon nuevos cargos.

A los generales que no participaron en el reparto, los obsequiaron con grandes mansiones.

No había nada en España que pudiese retener a Navarro. Tomó una decisión; abandonaría España en compañía de Charlotte con rumbo a Francia. Su nueva identificación le valió para pasar los controles policiales que controlaba España de norte a sur.

Los documentos secretos que demostraban la corrupción del Gobierno de Franco y el espolio que él mismo se encargó de hacer, sirvieron para realizar cambios en su Gobierno, y aquellos que no se llenaron los bolsillos en la posguerra podrían hacerlo ahora.

Un mes más tarde, Navarro se reunió con Felipe. Su amigo leal hasta las últimas consecuencias. Fue el primero en saber que Navarro había contraído matrimonio con Charlotte, la mujer que le salvó la vida tiempo atrás.

El teniente no abandonó su lucha contra los corruptos gobernantes de España. Continuó su causa desde Francia, donde pudo publicar los documentos secretos que descubrían toda la trama del Gobierno de Franco.

Hicieron llegar la documentación nazi que se encontraba en suelo español, protegida por el Gobierno de Franco, a la Embajada de Estados Unidos en París.

Muchos fueron los intentos por asesinar a Navarro y a Charlotte a manos de los partidarios del régimen franquista; no obstante, se toparon con un inconveniente: el servicio secreto francés los protegía.

Navarro colaboró con el Gobierno francés y puso nombres y caras a varios mandos alemanes, torturadores y asesinos en los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, que disfrutaban de la salvaguarda del Gobierno franquista.

Navarro y Charlotte tuvieron un hijo que años más tarde se convertiría en abogado. Fue el primer letrado en defender la lucha para que los bienes robados por Franco fueran devueltos a sus verdaderos dueños.

## Fin

# Agradecimientos

Nunca imaginé que dar un cambio drástico en mi vida, me llevaría a conocer este maravilloso mundo que es la escritura. Se dice que hay que sacar lo bueno de cada experiencia... y lo bueno ha sido esto, poder viajar por distintos escenarios sin moverme del sofá.

Gracias a mi familia por estar siempre ahí. Muy especialmente a mi mujer y a mis dos hijos.

M<sup>a</sup> Angeles, envejecer contigo está siendo uno de los mejores regalos del mundo, nunca se llega a conocer a nadie del todo, cierto es, y pasan los años y para mí sigues siendo un descubrimiento continuo.

Miriam y Emilio, sin vosotros nada sería igual, habéis llenado mi vida de alegrías y gracias a vosotros conservo parte de esa juventud intacta.

Gracias a mis tres gatos, que aunque yo era un rancio al que no le gustaban los animales... aquí estoy, rodeado de gatos y la mar de feliz.

Gracias a toda mi familia muy especialmente a mi hermana Juani. Estoy seguro que sigues aquí a mi lado aunque no pueda verte, te echo mucho de menos.

Gracias a ti que estás leyendo esto.

Felipe Ojeda.